

El susurro del mármol



ALBERT SANZ FERNANDEZ


Círculo Rojo
EDITORIAL

El Susurro del Mármol

ALBERT SANZ FERNANDEZ



Primera edición: agosto 2026

ISBN: 979-13-7060-624-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Albert Sanz Fernandez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularrojo.com

info@editorialcircularrojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, M.^a Ángeles, por sostenerme siempre, darme ánimos y por desear ver esta obra terminada incluso más que yo mismo.

A mi pareja, Cristina, por devolverme al mundo de la literatura — primero como lector, ahora como escritor— y, sobre todo, por escucharme durante tantas horas mientras le daba forma a esta novela.

A mi amigo de la infancia, Marc, por ser mi primer lector, mi primer crítico y una voz honesta.

PRÓLOGO

Clara Riera era un faro en el océano del arte, una escultora cuya fama resonaba en los confines del mundo, como si los dioses mismos guiaran sus manos al tallar el mármol.

Sus obras, esculpidas con una precisión que rozaba lo divino, evocaban los ecos de maestros como Miguel Ángel o Bernini, de quienes parecía heredera indiscutible.

Formada en la Academia De las Bellas Artes de Roma, había forjado su leyenda entre colosales bloques de mármol de carrara, piedras inertes que, bajo sus cinceladas casi mágicas, cobraban vida con una intensidad que desafiaba el paso del tiempo.

Allí, en las aulas bañadas por la luz dorada de Roma, había sentido por primera vez el peso de la rivalidad, una sombra que desde entonces la acompañaba como una compañera fiel.

Fuera donde fuera, Clara era alabada por su genio, pero también envidiada por aquellos que veían en su arte un reflejo de su propia insuficiencia.

En los últimos años, combinaba el refugio de su estudio en el casco antiguo de Girona, con colaboraciones como asesora externa de la policía, donde su mirada, capaz de descifrar los secretos que el arte oculta, se había convertido en un arma insustituible para desentrañar crímenes envueltos en sombras y lienzos.

Capítulo 1

El martes 26 de noviembre de 2024, la lluvia golpeaba contra los cristales de la Casa Salvetti, como si los espíritus de Girona, escondidos en la niebla, susurraran secretos que nadie quería escuchar. Era una noche de invierno, de esas que cortan la piel y hacen temblar el alma. Clara Riera, con el pelo recogido en un moño descuidado y los dedos aún manchados de polvo, observaba la escultura a medio tallar sobre la mesa. El estudio, situado en un antiguo piso del casco antiguo, donde a la vez residía, era un caos ordenado de mármol, piedras, pinceles, lienzos y libros de arte apilados como torres a punto de caer. Pero aquella noche, alguna cosa en el aire hacía que, hasta sus propias obras, con sus vivos y apasionados tallos, pareciesen observarla con recelo.

El teléfono de Clara vibró sobre la mesa, rompiendo el silencio. La joven tomó el teléfono, mientras la voz del policía, que algunos decían «poseía ese extraño talento de atraer siempre los casos más inquietantes», resonaba en su cabeza.

«Clara, necesito tu ayuda. Es urgente, debes venir a la Catedral, ahora. No hagas preguntas».

Clara frunció el ceño. Carles siempre la arrastraba a situaciones que, en teoría, debería evitar. Pero la curiosidad, esa vieja compañera que la había hecho destacar como escultora y la había metido en más de un lío, venció. Cogió su abrigo negro, se puso el gorro de lana y salió a la calle, donde la niebla se pegaba a las farolas como un sudario.

La Catedral de Girona recortada en el cielo nocturno se alzaba majestuosa bajo la lluvia. Sus escaleras, brillantes y resbaladizas, conducían a una escena que Clara no olvidaría jamás. Al pie del

portal gótico, iluminada por los focos de la policía, había un cuerpo. Una mujer joven, identificada como Laia Martí, con el pelo extendido, que habían dispuesto con una precisión casi ritual. Los brazos abiertos, la cabeza ligeramente inclinada, las piernas dobladas en una posición que parecía...estudiada. Como una figura escultórica, pero lo que hizo que a Clara se le encogiera el estómago fue el detalle que nadie más parecía entender: la posición del cuerpo recordaba *El éxtasis de Santa Teresa*, del gran artista del Barroco, Gian Lorenzo Bernini, con esa mezcla de dolor y trascendencia inmortalizada en mármol.

—¿Qué piensas, Riera? —dijo una voz conocida a su espalda. Era el inspector Carles Pons, un amigo de la infancia, con su gabardina empapada y una sonrisa que no terminaba de ser divertida. Sus ojos castaños brillaban bajo la tenue luz de las farolas, pero se adivinaba una sombra de preocupación en ellos, que no podía esconder.

—Esto no es un simple asesinato —respondió Clara, con la voz firme pero los pensamientos dispersos. Se acercó al cuerpo, ignorando las miradas de los policías. Había una marca en el cuello de la víctima, como una incisión fina, casi quirúrgica, y a su lado, medio escondido entre las sombras, un pequeño objeto: un fragmento de mármol blanco, tallado con una precisión exquisita, con la forma de un ángel minúsculo. Una pieza que cualquier escultor habría reconocido como una obra de arte... o, en este caso, ¿una firma del asesino?

Se puso los guantes de látex y guardó la pieza de mármol en una pequeña bolsa de pruebas que le había facilitado el inspector Pons, mientras se apartaba un mechón de pelo mojado de la frente, absorta en sus pensamientos.

La lluvia seguía cayendo, como si Girona se hubiera convertido en un cuadro a la acuarela, con los contornos difuminados y los colores desvaídos por la niebla. Clara Riera se apartó del cuerpo, con el fragmento de mármol en forma de ángel, guardado dentro de aquella bolsa de plástico, por donde las gotas resbalaban

indiferentes hasta el suelo, y miró a Carles Pons, que hablaba con un agente con su habitual mezcla de sarcasmo y autoridad.

—Venga, Martí, asegúrate de que nadie toque nada hasta que lleguen los forenses. Y si alguien de la prensa se acerca, diles que se vayan a escribir novela rosa —dijo, con un gesto impaciente hacia los periodistas que se amontonaban más allá del cordón policial.

Clara reprimió una sonrisa. Carles tenía esa habilidad para hacer que incluso un escenario macabro pareciera un poco menos aterrador. Pero sus pensamientos volvían al mármol, a aquella incisión fina en el cuello de la víctima, a la postura que parecía invocar a Bernini desde siglos atrás.

—Pons, este ángel no ha aparecido en la escena del crimen por casualidad —dijo, con la voz baja pero firme, mientras le alargaba el fragmento—. Es mármol de carrara. No lo encuentras en el mercado negro o en cualquier mercadillo. Quien ha hecho esto, ha tenido acceso a materiales de primera y conocimientos técnicos.

Carles tomó el fragmento y lo examinó bajo la luz temblorosa de un farol.

—Vale, Riera, supongamos que tienes razón. Un escultor asesino. Pero ¿por qué esta puesta en escena? ¿Por qué no esconder el cuerpo y ya está?

Clara se encogió de hombros, pero sus ojos no se apartaron del mármol.

—Porque no quiere esconderse. Quiere que lo veamos.

Carles dejó escapar un suspiro bajo.

—Una obra macabra. Fantástico. Esto hará las delicias de la prensa, si alguien se va de la lengua...

No podían hacer nada más, subieron al coche patrulla de Pons y dejaron la escena del crimen.

Mientras Pons conducía, Clara tenía la mirada perdida en la oscuridad de la noche, solo iluminada por la luz amarilla de los

faroles colocados a intervalos precisos, acompañados por su parpadeo rítmico.

Clara se despertó con el sol iluminando su rostro; parecía que sería un día radiante, si no fuera porque su cabeza seguía inmersa en la escena macabra presenciada la noche anterior.

Antes de que Clara pudiera salir de la densa niebla de sus pensamientos, el teléfono vibró en su bolsillo. Era un mensaje de Alba, su amiga, excompañera de la Universidad de Girona y propietaria de un pequeño taller en el casco antiguo, donde Clara trabajaba esporádicamente cuando no estaba inmersa en sus propias creaciones o en alguno de los casos en los que la policía reclamaba su presencia.

«Clara, ¿cenamos hoy en la Plaza de la Independencia? Necesito desconectar».

Clara sonrió a pesar de la situación. Alba, con sus treinta años y su energía incansable, era la única persona capaz de sacarla de su mundo de piedra y barro. Pero hoy no estaba segura de tener ánimos para cenas y charlas.

Aun así, contestó el mensaje con un escueto «sí, nos vemos a las 19:00» y salió de casa.

Cuando llegó a la comisaría, se la encontró sumida en un caos organizado, con teléfonos sonando y policías entrando y saliendo como hormigas bajo la lluvia, buscó a Carles y se dirigieron a la puerta del despacho de su superior, el comisario Martorell, un hombre de cincuenta años con cara de pocos amigos y un bigote que parecía sacado de una película de los años setenta.

—Pons, explícame qué tenemos —dijo el comisario, sin levantar la vista de los papeles.

Clara tomó asiento y Carles se repantigó en la silla de al lado, con esa calma que exasperaba a todos menos a él mismo.

—Un asesino con gusto por el arte, comisario. La víctima, Laia Martí, era restauradora del Museo de Arte de Barcelona, tenía una

incisión precisa y limpia en el cuello, la dejaron dispuesta en una postura que parecía una copia de una escultura barroca junto con un fragmento de mármol al lado del cuerpo, como si se tratara de una carta presentación.

—¿Y crees que tu amiga escultora puede ayudarnos en todo este asunto? —dijo sin apenas reparar en que ambos estaban sentados frente a él.

—Es la mejor para entender este crimen.

Clara intervino.

—El mármol encontrado es de carrara, algo que no es precisamente barato ni fácil de encontrar. Y la postura del cuerpo se basa en la representación de una obra de Bernini.

—Mmm...Bernini, el comisario murmuró, como solicitando una explicación más detallada.

—Clara, siempre atenta y perspicaz, captó la sutileza, y procedió a ilustrar al comisario.

Gian Lorenzo Bernini, fue un escultor, arquitecto y pintor del barroco italiano, nacido en Nápoles y forjado en la Roma papal.

Sus esculturas, talladas con una precisión divina en mármol de carrara, juegan con la luz y la sombra para evocar pasión, dolor y trascendencia, convirtiéndolo en el heredero espiritual de Miguel Ángel y un visionario que elevó el arte a la categoría de milagro.

El comisario gruñó.

—Bernini, carrara, ángeles... ¿Qué es esto, un caso policial o una clase de historia del arte? Pons, quiero huellas, ADN, algo concreto, y habla con los forenses, quiero la causa de la muerte antes de que la prensa empiece a hacer especulaciones.

Carles asintió. Salieron del despacho y se encontraron con Sandra, una agente joven que siempre parecía estar a punto de hacer una pregunta.

—Jefe, hemos enviado el mármol al laboratorio. No hay huellas claras, pero han encontrado restos de polvo fino, como si hubiera sido trabajado recientemente. Y el corte en el cuello... los forenses dicen que es quirúrgico, hecho con una herramienta muy afilada, posiblemente un bisturí de escultor.

—Bisturí de escultor —repitió Carles, con una sonrisa amarga—. Vale, Sandra, averigua dónde venden bisturíes de escultor en Girona o quién podría fabricar uno y cualquier lugar que venda herramientas como esta. Y si encuentras a alguien que importe mármol de carrara, avísame.

Clara observó cómo Sandra se alejaba por el pasillo y, por un instante, sintió que la comisaría entera vibraba con una energía inquieta. Carles hojeó unos papeles, murmuró algo ininteligible y luego se giró hacia ella.

—Ve a despejarte un rato, Riera. Esto va para largo —dijo, sin levantar demasiado la voz.

Clara asintió. Sabía que, aunque Carles pareciera tranquilo, su mente ya estaba trabajando a toda velocidad. Y ella ahora mismo no podía ayudar.

Salió de la comisaría y se encontró con una Girona soleada y ajetreada. Caminó sin rumbo fijo, dejando que sus pasos la llevaran por las calles estrechas, donde los charcos de lluvia de la noche anterior reflejaban fragmentos de cielo y farolas apagadas.

Mientras avanzaba, repasaba mentalmente cada detalle del caso. La postura del cuerpo. El ángel de mármol. El corte preciso. Bernini...

Pasó por delante de la Catedral, donde la policía ya había retirado el cordón. El lugar parecía distinto a plena luz del día, menos amenazante, pero no por ello menos perturbador. Clara se detuvo un momento, observando los escalones aún mojados, imaginando la escena de la noche anterior. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Decidió seguir caminando, hasta que entró en una pequeña cafetería que conocía bien, pidió un café solo y se sentó junto a la ventana. Sacó el móvil y revisó el mensaje de Alba. Las 19:00. Aún quedaba mucho para eso.

Mientras bebía el café, vio cómo un grupo de turistas pasaba bajo la lluvia ligera, ajenos a la tensión que se respiraba en la ciudad. Por un momento, envidió esa ignorancia.

Al salir, Clara caminó hacia el río, donde el Onyar discurría oscuro y silencioso. Se apoyó en la barandilla del puente y dejó que el murmullo del agua la acompañara. Necesitaba ordenar sus pensamientos, pero cada vez que intentaba hacerlo, la imagen del ángel de mármol volvía a su mente, insistente.

Mientras tanto, en la comisaría, Carles y Sandra no habían parado. Revisaban informes, llamaban a proveedores de herramientas de escultor, consultaban registros de importación de mármol de los talleres. Cada pista parecía abrir una puerta nueva, pero ninguna llevaba aún a un nombre concreto. Carles, frustrado, golpeó suavemente la mesa con los nudillos.

Sandra, con su libreta siempre en la mano, anotaba cada detalle, cada posibilidad, cada sospecha. Era meticulosa, casi obsesiva, y Carles lo agradecía en silencio.

Clara, ajena a ese torbellino, siguió su paseo. Recorrió la Rambla, entró en una librería antigua donde hojeó un par de volúmenes de arte sin realmente leerlos, y luego caminó hasta el taller de Alba. Estaba cerrado, como era de esperar, pero se quedó un momento frente a la puerta.

Cuando el reloj marcó las cuatro de la tarde, Clara decidió volver a casa. Subió las escaleras de su edificio con el cansancio acumulado pesándole en los hombros. Una vez dentro, dejó el abrigo en el perchero y se tumbó en el sofá. Cerró los ojos solo un instante, pero el instante se convirtió en una breve siesta inquieta, llena de imágenes difusas.

Se despertó algo sobresaltada y con el corazón palpitante.

Miró el reloj. Faltaban un par de horas para su cena con Alba, y decidió que era buen momento para empezar a prepararse.

La Plaza de la Independencia estaba llena de vida, envuelta por el murmullo de las conversaciones que se filtraban por los bares. Clara encontró a Alba sentada en una mesa al fondo de un restaurante pequeño, con una botella de vino tinto y una sonrisa que se desvaneció cuando vio la cara de su amiga.

—Clara, ¿qué te pasa? Pareces salida de un cuadro de Goya, toda oscura y dramática —dijo Alba, mientras le acercaba una copa.

Clara se dejó caer en la silla, tomando la copa sin muchas ganas.

—Es una larga historia, Alba. Dime que tienes un día mejor que el mío.

Alba rio, pero sus ojos se entristecieron de repente, como si notara que algo no iba bien.

—Venga, cuenta. ¿Es el taller? ¿Algún cliente quisquilloso que no sabe lo que quiere? ¿O es... —bajó la voz, con una sonrisa pícar— ese inspector guapo con el que te ves más de lo que deberías?

Clara puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar una sonrisa.

—No todo gira alrededor de Carles, ¿sabes? Pero... vale, es un caso. Un asesinato. Y hay algo que me tiene obsesionada. Un trozo de mármol, con forma de ángel. Es como los que hacíamos en la Academia, hace años que no veía uno.

Alba frunció el ceño.

—¿Un ángel? Mira, en el taller recibimos un encargo raro hace un par de semanas. Alguien pidió una sospechosa pequeña cantidad de mármol de carrara, pero no dio detalles. Pagó en efectivo y desapareció.

Joan, mi compañero que se ocupa del almacén, todavía habla de ello, dice que le dio mala espina ese hombre, escondido bajo un sombrero marrón que le tapaba completamente la cara.

Clara sintió un escalofrío. Tomó el teléfono y escribió un mensaje rápido a Carles: «Debemos investigar el taller de escultura de Alba. Alguien compró mármol de carrara recientemente, seguro que no es casualidad».

Mientras Alba seguía hablando del taller y de sus propias esculturas, Clara no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquel ángel. Era como si alguien, desde la sombra, le estuviera hablando directamente a ella.

El segundo día después del crimen, la lluvia había vuelto a Girona como un viejo amigo que no sabe cuándo marcharse. Las calles del casco antiguo eran un mosaico de charcos y reflejos rotos, y los faroles amarillos parpadeaban como si intentaran mantener viva una ciudad ahogada por la niebla.

El teléfono vibró con un mensaje de Carles Pons: «Riera, tenemos nuevas pistas. Ven a la comisaría, por favor».

Clara Riera caminaba hacia la comisaría, con un libro de Bernini bajo el brazo y el corazón apesadumbrado. La noche anterior, la cena con Alba en la Plaza de la Independencia había sido un intento de normalidad, pero las palabras de su amiga sobre aquel encargo sospechoso de mármol de carrara la habían inquietado. El ángel de mármol, guardado en la bolsa de pruebas en la comisaría, parecía susurrarle un secreto que aún no podía comprender.

En la comisaría, el ambiente era un torbellino de voces y papeles esparcidos. Carles la esperaba en su despacho, con la gabardina mojada colgada en el respaldo de una silla y un café caliente en la mano. Sus ojos castaños se iluminaron al verla, pero había una tensión nueva en su expresión.

—Riera, justo a tiempo —dijo, con una sonrisa que era mitad bienvenida, mitad desafío—. Espero que hayas dormido más que yo, porque esto se complica.

Clara se quitó la chaqueta mojada y se dejó caer en una silla mientras dejaba el libro de Bernini sobre la mesa.

—No me hagas hablar de dormir, Pons. El ángel de mármol aún me ronda la cabeza. ¿Qué tienes de nuevo?

Carles empujó una bolsa de pruebas hacia ella, con un billete de tren y un trozo de pergamino en su interior. El billete era de la estación de Sants, en Barcelona, a la estación de Renfe de Girona, con la fecha de la noche del crimen. En el pergamino aparecían los números «17.6» escritos con una caligrafía precisa, parecía una pieza de un rompecabezas que aún no encajaba.

—Hemos encontrado esto en la chaqueta de Laia Martí —explicó Carles, apoyándose en la mesa—. El billete confirma que vino de Barcelona esa noche. Trabajaba en el Museo Nacional de Arte de Catalunya, en el departamento de Historia del Arte, como restauradora y profesora adjunta. Y esto —señaló el pergamino— es lo que me tiene intrigado. ¿Alguna idea, experta?

Clara tomó el pergamino y lo estudió bajo la tenue luz del despacho. Los números «17.6» parecían un acertijo, pero no sabía descifrarlo. Miró a Carles, que la observaba con una mezcla de curiosidad e impaciencia.

—Podría ser un código —dijo, en voz baja—. Una fecha, un lugar, un nombre... Pero no es casual. Y el billete... Quizás el asesino la seguía desde Barcelona.

Carles asintió, frunciendo las cejas.

—O quizás sabía exactamente cuándo llegaría. Sandra ha descubierto algo más: Laia Martí tenía una taquilla alquilada en la estación de Renfe. Guardaba allí pertenencias que no quería llevar a casa después del trabajo. Hemos pedido un permiso para abrirla, podría haber algo útil dentro.

Clara dejó el pergamino y abrió el libro de Bernini, buscando la página de *El éxtasis de Santa Teresa*. Giró el libro hacia Carles, señalando la imagen de la escultura.

—Mira esto, Pons. Gian Lorenzo Bernini, el maestro del barroco italiano. Sus obras son como... —dudó, buscando las palabras—

como si hubiera capturado el alma en movimiento. Esta escultura, *El éxtasis de Santa Teresa*, es idéntica a la postura de la víctima. Los brazos abiertos, la cabeza inclinada, la tensión del cuerpo. No es una copia aproximada; es exacta. Y el ángel de mármol... —señaló la bolsa de pruebas en la mesa— no es solo una pieza. Es su firma.

Carles inclinó la cabeza, con una sonrisa que mezclaba escepticismo y admiración.

—Así que tenemos un asesino con un doctorado en arte y una obsesión por las estatuas. Fantástico. Pero ¿por qué hacerlo tan... teatral? ¿Por qué no esconder el cuerpo y punto?

Clara se encogió de hombros, pero sus pensamientos ya volaban hacia la Academia de las Bellas Artes de Roma. Había algo en el ángel, en el mármol de carrara, que le resultaba familiar, como un recuerdo enterrado bajo años de polvo.

—Porque no quiere esconderse, Pons —parece como si nos estuviera retando dijo, con la voz llena de convicción—. Quiere que veamos su obra.

Antes de que Carles pudiera responder, Sandra entró en el despacho, con una libreta en la mano y una expresión de nerviosismo contenido.

—Jefe, el forense ha enviado un informe preliminar —dijo, pasándole una hoja—. Tal como se preveía inicialmente, el corte en el cuello de Laia Martí fue hecho con un bisturí de escultor. No hay huellas claras en el mármol, pero han encontrado restos de polvo fino, confirmando que la pieza fue tallada recientemente. Y hemos localizado la taquilla de la estación registrada a su nombre. El permiso para abrirla llegará hoy.

Carles tomó el informe, con un gesto pensativo.

—Un bisturí de escultor. Esto cada vez se parece más a tu terreno, Riera —dijo, mirando a Clara.

—Haré lo que pueda, Pons. Pero primero veamos qué encontramos en esa taquilla. Quizá allí haya algo que empiece a

darle forma a todo esto.

Mientras salían de la comisaría, con la lluvia golpeando contra los paraguas y las calles de Girona convertidas en un laberinto de reflejos, Clara no podía quitarse de la cabeza la sensación de que el ángel de mármol era una voz del pasado, susurrándole un secreto que aún no atisbaba a desvelar.

Carles caminaba a su lado, con el paso firme pero la mente revuelta, lanzándole miradas de reojo que mezclaban preocupación y esa complicidad que se había forjado en casos anteriores.

—Riera, si esta taquilla no nos da nada, vamos a tener que empezar a interrogar a todos los escultores de Girona —dijo Carles, con su tono sarcástico habitual, aunque Clara detectó un matiz de frustración—. Incluida a ti, por si acaso.

Clara soltó una risa breve, sacudiendo el agua de su paraguas.

—No seas ridículo, Pons. Si fuera yo la asesina, mis esculturas serían mucho más... sutiles. Pero algo me dice que esta taquilla va a ser clave.

Llegaron a la estación de Renfe, acompañados por el eco constante de los trenes que llegaban y partían como fantasmas en la niebla. Un agente de la estación les guio hasta la zona de taquillas, un pasillo estrecho y mal iluminado donde el aire olía a metal oxidado y a olvido. La taquilla número 47 estaba sellada con cinta policial, y Carles, con guantes puestos, introdujo la llave que les habían proporcionado. El clic del cerrojo rompió el silencio resonando en la sala.

Dentro, no había grandes tesoros: un bolso de cuero, unos documentos sueltos, un par de zapatos de repuesto y, en el fondo, una pequeña agenda encuadernada en piel: la agenda de Laia Martí.

Clara sintió un escalofrío al verla, como si el objeto mismo guardara el eco de la vida truncada de su propietaria.

Carles abrió la agenda con cuidado, pasando las páginas llenas de anotaciones: reuniones en la Universidad de Barcelona, citas con

proveedores de arte en el Museo Nacional de Arte de Cataluña, recordatorios para exposiciones. Pero en la fecha del día del asesinato, destacaba una entrada a las 10:00 horas: «Reunión con Matteo. Oval Café. Importante».

Clara se inclinó sobre la página, con el corazón acelerado.

—Matteo... —murmuró, sintiendo una sombra fantasmal de su propio pasado cerniéndose sobre ella—. ¿Matteo d'Alessandro? ¿Mi antiguo profesor en la Academia? ¿Podría ser él? Y si es así, ¿qué hacía Laia reuniéndose con él el mismo día que fue asesinada?

Carles levantó la vista, con una expresión que mezclaba sorpresa y determinación.

—Buena pregunta, Riera. Parece que tu mundo del arte se está cruzando con este caso de forma demasiado conveniente. Vamos a tener que encontrar a este Matteo y averiguar quién es y qué era ese asunto «tan importante» que debía tratar con la víctima.

Si es el mismo que tú conoces, esto podría ser el hilo del que tiremos para desentrañar todo.

Mientras guardaban la agenda como prueba, Clara no podía evitar pensar que el ángel de mármol había empezado a revelar sus secretos, y que el pasado, como el mármol bajo el cincel, estaba a punto de cobrar forma.

Carles cerró la taquilla con un gesto seco y se volvió hacia Clara, con la agenda en una bolsa de pruebas y una chispa de urgencia en los ojos.

—Vamos a necesitar más que un nombre, Riera —dijo, mientras se encaminaban hacia la salida de la estación, donde el eco de los trenes se desvanecía en la penumbra—. Si este Matteo es tu antiguo profesor, podrías darnos una ventaja. ¿Qué sabes de él?

Clara se ajustó el sombrero, sintiendo el peso de la pregunta. Matteo d'Alessandro, con su voz grave y su habilidad para convertir el mármol en poesía, había sido su mentor en Roma, pero también un inesperado enemigo. Sus clases eran un torbellino de pasión y

exigencia, y aunque había visto en Clara un talento único, también había sembrado en ella la semilla de la duda, con críticas que cortaban más profundo que cualquier cincel. ¿Era posible que aquel hombre, cuya sombra aún la perseguía, estuviera vinculado a un asesinato?

—No lo sé, Pons —respondió, con la voz baja, casi perdida en el murmullo de la estación—. Matteo era... complicado. Un genio, pero también alguien que guardaba secretos. Si es él, y estaba en el Oval Café con Laia, no creo que fuera solo para hablar de arte. Pero necesitamos confirmar si es el mismo Matteo. Podría ser una coincidencia.

Carles arqueó una ceja, con un atisbo de sonrisa.

—¿Coincidencia? En este caso, no creo en ellas. Vamos a hacer una visita al MNAC. Si Laia trabajaba allí, alguien en el museo debe saber algo sobre esa reunión. Y tal vez encontremos a tu misterioso profesor.

—Suficiente por hoy, Riera —dijo Carles, con un suspiro que denotaba el cansancio acumulado—. Vamos a descansar. Mañana, a primera hora, nos encontramos en la comisaría.

Capítulo 2

El cielo de Barcelona había amanecido despejado, con un sol pálido que apenas lograba calentar las calles, como si la ciudad misma contuviera el aliento, expectante ante los secretos que estaban a punto de desvelarse.

El MNAC, encaramado en la colina de Montjuïc, se alzaba como un palacio de piedra que custodiaba siglos de arte, un lugar donde Laia Martí había pasado sus días restaurando lienzos y esculturas.

Al llegar, el edificio parecía observarles con la solemnidad de un guardián antiguo, sus cúpulas recortadas contra un cielo plomizo.

En el interior, el aire olía a historia, y el murmullo de los visitantes se mezclaba con el eco de sus pasos en los suelos de mármol. Clara y Carles se dirigieron al departamento de restauración, donde los compañeros de Laia trabajaban en un taller lleno de pinceles, barnices y lienzos a medio salvar. La noticia de su muerte ya había llegado, y el ambiente estaba cargado de un silencio apesadumbrado, roto solo por el roce de las herramientas.

Carles mostró su placa, mientras Clara observaba los rostros de los restauradores, buscando alguna pista en sus expresiones. Preguntaron por la reunión de Laia y, tras un silencio incómodo, una de las restauradoras mencionó que la había visto en la cafetería del museo, el Oval Café, reunida con alguien.

Una restauradora joven, con las manos manchadas de pigmento, dijo que Laia solía reunirse con colegas en el café, pero no recordaba a nadie llamado Matteo. Un conservador mayor afirmó que Laia era reservada, y que sus citas en el Oval Café solían ser discretas, como si temiera ser observada.

Un técnico de restauración, un hombre de unos cuarenta años con gafas de montura fina y un aire nervioso, se acercó.

—Creo que vi a alguien con Laia aquel día —dijo, bajando la voz como si temiera ser oído—. Un hombre alto de metro ochenta y de unos sesenta años, con el pelo canoso y una bufanda oscura. No sé quién era, pero Laia parecía nerviosa. Él tenía... no sé, un aire distinguido.

Clara sintió un nudo en el estómago. La descripción podría encajar con Matteo d'Alessandro: el porte elegante, el cabello plateado, la presencia que llenaba una sala sin esfuerzo.

—Podría ser él —murmuró a Carles, con la voz tensa—. La edad, el aspecto... suena a Matteo. Pero necesitamos estar seguros.

Carles asintió, con la mirada fija en el técnico.

—¿Vio algo más? ¿Algo que nos ayude a identificarlo?

El hombre se encogió de hombros, incómodo.

—No mucho. Solo que se fue rápido y Laia se quedó sola en la mesa, mirando por la ventana, como si sus pensamientos estuvieran a kilómetros de allí.

La pista era frágil, pero suficiente para que decidieran ir un paso más allá. Fueron en busca del encargado del museo, un hombre corpulento con aire de burócrata hastiado, y Carles desplegó todo su encanto, mezclado con una sutil presión policial.

—Necesitamos ver las cámaras de seguridad del Oval Café—dijo Carles, con un tono que no admitía réplicas—. Podemos esperar una orden judicial, pero eso solo retrasará las cosas, y no creo que a ninguno de los dos nos convenga la atención de la prensa en un caso como este.

El encargado gruñó, pero tras unos minutos de deliberación, accedió a regañadientes. Los llevó a una sala de control, donde un monitor parpadeante mostraba grabaciones granuladas del Oval Café. Clara y Carles revisaron las imágenes de la mañana del asesinato, pasando fotogramas hasta que una figura, que encajaba con la descripción, apareció en la entrada del museo. Un hombre alto, con el pelo canoso, una bufanda oscura y un abrigo largo,

cruzaba la puerta con pasos seguros, mirando brevemente a su alrededor antes de dirigirse al café.

Clara contuvo el aliento. No había duda.

—Es él —dijo, con la voz temblorosa pero firme—. Es Matteo d'Alessandro. Lo reconocería en cualquier parte. Ese hombre que entró por la puerta del MNAC es mi antiguo profesor.

Carles la miró, con una mezcla de satisfacción y cautela.

—Bien, Riera. Ahora tenemos un rostro y un nombre. Pero si tu profesor está relacionado con esto de algún modo, necesitaremos algo más que una grabación para entender qué papel juega en todo esto.

Dieron por finalizada su investigación en el museo, llevándose consigo una pregunta martilleando sus cabezas ¿Qué asuntos podrían llevar a Matteo a cruzarse con Laia... y con su asesinato?

Mientras salían del museo, con la ciudad de Barcelona extendiéndose bajo un cielo que se oscurecía, Clara sintió que el pasado y el presente se entrelazaban como las vetas de un bloque de mármol. Matteo d'Alessandro no era solo un recuerdo; empezaba a formar parte de un presente cada vez más real, y Clara estaba decidida a descubrir qué papel jugaba en la muerte de Laia Martí.

La imagen de su antiguo profesor, capturada en las grabaciones granuladas del MNAC, se mezclaba con los recuerdos de Roma: aulas bañadas por la luz dorada, el sonido de los cincelos contra el mármol, y las palabras de Matteo, afiladas como bisturíes, que la habían elevado y herido a partes iguales.

El peso de aquellos recuerdos la arrastró de nuevo a esos días en la academia de las Bellas Artes de Roma, donde el aire siempre olía a polvo de piedra y a ambición.

Era una tarde de otoño, con el sol filtrándose a través de las altas ventanas de la academia, proyectando sombras alargadas sobre los bloques de mármol que aguardaban ser transformados. Clara,

entonces una estudiante llena de pasión, dudas y ambición, trabajaba en una escultura que representaba un ángel, sus alas a medio tallar, emergiendo de la roca, como si luchara por liberarse de la materia inerte.

Matteo d'Alessandro paseaba entre sus alumnos, con su presencia imponente. Se detuvo frente a la obra de Clara, cruzando los brazos y observando el ángel con una expresión que mezclaba curiosidad y desdén. El silencio se hizo espeso, roto solo por el leve roce de los cinceles de los otros estudiantes.

—Clara —dijo finalmente, con esa voz grave que resonaba como un eco en las salas antiguas—, tu ángel tiene forma, pero le falta alma. Has tallado las alas con precisión, pero ¿dónde está el dolor de la liberación? ¿Dónde está el conflicto entre la piedra y el espíritu? Esto no es arte; es mera técnica. Si quieres ser como Bernini, debes aprender a infundir vida, no solo a imitarla. De lo contrario, tus obras serán como este ángel: Piezas de mármol inertes sin alma.

Las palabras cayeron sobre Clara como golpes de martillo, dejando una grieta invisible en su confianza. Sintió el calor subir a sus mejillas, una mezcla de rabia y vergüenza que la hizo apretar los puños alrededor del cincel. Los otros estudiantes miraban de reojo, pero uno de ellos, su compañero más cercano —un joven italiano de ojos intensos y manos hábiles, con quien compartía una rivalidad feroz por ser el mejor de la clase—, se acercó discretamente una vez que Matteo se alejó.

—No le hagas caso —murmuró su compañero, con una sonrisa cómplice que suavizaba la tensión—. Matteo siempre ataca donde duele para sacar lo mejor de nosotros. Tu ángel es magnífico; solo necesita un toque más. ¿Quieres que te ayude con las sombras? Yo te presto mis conocimientos sobre cómo tratar las luces y las sombras en el mármol, y tú me aconsejas sobre el equilibrio y la composición.

Clara lo miró, agradecida. A pesar de la rivalidad que los empujaba a superarse mutuamente —compitiendo por los elogios de Matteo o por el primer lugar en los proyectos—, su relación era un lazo sólido, tejido de respeto y apoyo. Se ayudaban en las noches largas en el taller, compartiendo secretos y risas en las pausas, como dos fuerzas opuestas que se equilibraban. Aquel día, trabajaron juntos hasta el anochecer, y el ángel de Clara cobró una nueva vida, con sombras y detalles que la elevaban a un nivel superior tal como Matteo había exigido.

Pero ahora, de regreso al presente, Clara se preguntaba si aquella crítica de Matteo no había sido solo una lección de arte, sino algo más profundo, un presagio de las sombras que ahora se cernían sobre su vida. ¿Qué había llevado a su antiguo profesor a reunirse con Laia Martí en el Oval Café la mañana del asesinato? Y más importante, ¿podía ser el fragmento de mármol con forma de ángel, hallado en el crimen de Laia Martí, una alusión a la representación de su ángel de la Academia?

Carles, ajeno a los torbellinos internos de Clara, rompió el silencio mientras conducía de vuelta a Girona.

—Riera, estás demasiado callada.

Clara sacudió la cabeza, volviendo al presente.

— Sí, estoy pensando cómo encaja Matteo en este puzle y si esto guarda alguna relación personal con mi pasado en Roma.

—Si el profesor está involucrado, vamos a necesitar más pruebas, dijo Carles con determinación

—Entonces, encontremos a Matteo. Mañana, contactamos con la Academia. Quizás alguien sepa dónde está y porqué ha venido a Barcelona.

Mientras el coche patrulla se adentraba en la noche, con las luces de la capital condal desvaneciéndose en el retrovisor, Clara sintió que el peso del día se asentaba sobre ella como un bloque de mármol sin pulir. Carles conducía en silencio, pero su presencia era un ancla en medio de la tormenta de pensamientos que azotaba su mente.

El coche se detuvo, sacando a Clara de sus pensamientos, Descansa, dijo Carles, Clara asintió, aunque sabía que el descanso sería un lujo fugaz y ambos se despidieron mirándose con rostros cansados.

Al llegar a su piso, el silencio de la noche la envolvió, se dejó caer en la cama, con el libro de Bernini aún sobre la mesa, y cerró los ojos, Clara sucumbió al cansancio y se asomó al abismo de su pasado.

En el sueño, Clara se encontraba en un taller infinito, rodeada de bloques de mármol que se elevaban como torres en la penumbra. De uno de ellos emergía un ángel cincelándose a sí mismo como si quisiera escapar de la piedra, pero cuando el rostro cobraba forma, no era el de un ser celestial, sino el de Matteo d'Alessandro.

Sus ojos, fríos y penetrantes, la miraban con una sonrisa que no llegaba a los labios. El ángel extendía una mano de piedra, y su voz resonaba como el eco de un cincel contra la roca: «El pasado siempre regresa, Clara. No puedes huir de él».

Clara se despertó sobresaltada, con el corazón latiendo como un martillo en el pecho. La luz del amanecer se filtraba por las ventanas del estudio, tiñendo el mármol a medio tallar de un tono rosado. El sueño la había dejado inquieta, pero también decidida. No podía esperar más; debía confrontar a Matteo personalmente, desenterrar los secretos que Roma había sepultado bajo capas de polvo y tiempo.

A primera hora, Clara y Carles se reunieron en la comisaría. El inspector, con ojeras que delataban una noche tan agitada como la de ella, la miraba.

«—Carles —dijo Clara de repente—, mi intuición me dice que Matteo está en Roma. Debo ir».

Te acompaño, aunque me hubiera gustado ir contigo en otras circunstancias, le dijo el inspector con su mirada pícara.

Clara se ruborizó y se le escapó una pequeña sonrisa, aunque finalmente eludió el comentario y siguieron la conversación como si ese comentario se hubiera perdido en el infinito.

—Si Matteo está en la Academia, lo encontraremos allí —. Pero si no, tendremos que improvisar. Tu conexión con él podría ser nuestra mejor pista, Riera.

Entonces ambos deciden coger el primer vuelo hacia la ciudad eterna, pero para Clara era un regreso al origen de su arte y de sus miedos, los cuales parecía sepultar bajo un bloque de mármol.

Al llegar a Roma, la ciudad los recibió con su eterna mezcla de caos y belleza, las calles empedradas resonando bajo sus pasos mientras se dirigían a la Academia. Sin embargo, al aproximarse al edificio, con sus fachadas renacentistas que evocaban siglos de creación, encontraron las puertas cerradas a cal y canto. Era sábado, y la academia, como muchas instituciones académicas, permanecía inaccesible al público y a los visitantes inesperados, aunque mantenían la esperanza de encontrar a algún futuro Miguel Ángel trabajando en alguno de sus infinitos proyectos.

— Cerrada —gruñó Carles, golpeando la puerta con frustración—. Deberíamos haberlo previsto. ¿Y ahora qué? ¿Esperamos hasta el lunes?

Clara sacudió la cabeza, con una determinación que brotaba de lo más profundo de su ser.

—No. Conozco su casa. Está en el Trastevere, un apartamento pequeño que usaba como refugio cuando no estaba en la academia. Si Matteo está en Roma, es probable que esté allí. Vamos.

El Trastevere, con sus callejuelas empedradas y sus fachadas cubiertas de hiedra, parecía un laberinto sacado de un cuadro barroco.

La casa de Matteo se hallaba en un eficio modesto, con ventanas que daban a un patio interior donde el sol filtrado jugaba con las sombras. Llamaron a la puerta varias veces, pero solo el silencio respondió, un silencio pesado que hacía eco en el pasillo.

Carles frunció el ceño, mirando a Clara.

—Nadie responde. Podríamos esperar, o... —Hizo una pausa, evaluando las opciones.

Clara lo miró, con el pulso acelerado.

—Hazlo, Pons. Si Matteo está relacionado con el crimen, no podemos perder tiempo.

Carles forzó la cerradura con una herramienta que sacó de su bolsillo, y la puerta cedió con un crujido. Dentro, la casa era un caos: papeles esparcidos por el suelo, cajones abiertos, libros de arte volcados como si alguien hubiera buscado algo con desesperación. El aire olía a polvo y a abandono, y en el centro del salón, sobre el parquet rayado, yacía un fragmento de mármol similar al del crimen: un ala de ángel tallada con precisión exquisita. Junto a ella, una nota garabateada en un trozo de papel: «Una vida por otra vida» y al pie de la nota, un detalle hizo a ambos estremecerse, como si de una pesadilla se tratara, los números 17.6 aparecían de nuevo.

Clara se agachó para recogerla, con las manos temblorosas.

—Esto no es casualidad —murmuró, sintiendo un frío que le calaba hasta los huesos—. Alguien ha estado aquí antes que nosotros. Y esa nota... parece una advertencia.

—O un señuelo. Matteo podría haber huido, o peor. Vamos a registrar lo que podamos y nos vamos de aquí rápido y sin dejar huellas

El descubrimiento en la casa de Matteo dejó a Clara con el corazón en un puño, como si sintiera el peso de un bloque de mármol oprimiendo su pecho, sostenía la nota —«Una vida por otra vida»— con dedos temblorosos, como si las palabras pudieran desmoronarse como polvo de piedra. El ala de ángel, idéntica en su precisión al fragmento encontrado junto al cuerpo de Laia Martí, era una provocación, pero ahora, en el silencio del taller de sus recuerdos, Clara empezaba a entender por qué le resultaba tan familiar.

De repente, como un cincel que golpea la piedra en el punto exacto, Clara recordó. El ángel de mármol del crimen no era solo una firma del asesino; era un eco directo de su propia escultura en la academia, aquella de la que Matteo se había burlado y criticado delante de sus compañeros .

En el sueño que la había visitado la noche anterior, el ángel cobraba vida con el rostro de su exprofesor, pero ahora, en la vigilia, la conexión se hacía dolorosamente clara. Aquel ángel inacabado que ella había tallado en Roma, con alas luchando por liberarse de la roca, había sido objeto de crítica por parte de Matteo: «Tu ángel tiene forma, pero le falta alma», había dicho, con una sonrisa burlona que ocultaba un desprecio profundo. ¿Era posible que Matteo, obsesionado con la perfección del mármol, estuviera

recreando aquel fracaso y mandando un mensaje a Clara? ¿O era Matteo otra víctima en este rompecabezas?

Las sospechas sobre su exprofesor se hicieron más fuertes, como una grieta que se expande en la piedra bajo el calor del sol. Matteo no era solo un mentor; en Roma, había sido un rival encubierto, envidiando el talento que él mismo había ayudado a forjar.

Clara sintió un escalofrío: si Matteo estaba detrás de todo, el asesinato de Laia Martí no era aleatorio; era un mensaje dirigido a ella, un desafío tallado en sangre y mármol.

Carles, notando su expresión distante, la sacó de sus pensamientos.

—Riera, ¿qué pasa? Pareces haber visto un fantasma.

Clara levantó la mirada, con la voz temblorosa pero decidida.

—El ángel del crimen... es como el que yo tallé en la academia. Si él está involucrado, esto es personal. Más de lo que imaginaba.

Carles frunció el ceño, comprendiendo la gravedad.

—Entonces, vamos a por él. Pero si tus sospechas son ciertas, necesitamos ser cautelosos. Un hombre como Matteo no deja cabos sueltos.

El peso de la revelación acompañó a Clara durante el viaje de regreso, grabando nuevas preguntas en su mente. El pasado no solo regresaba; lo hacía con la fuerza de una tormenta, y Matteo d'Alessandro era el centro de ella.

El domingo amaneció en Girona con un cielo despejado, un lienzo azul pálido que ofrecía una tregua al torbellino de los días previos. Clara Riera, agotada tras el viaje a Roma y el hallazgo inquietante en la casa de Matteo d'Alessandro, aceptó la propuesta de Carles Pons de tomarse un respiro, un paréntesis para dejar atrás, aunque fuera por unas horas, las sombras del caso. La nota —«Una vida por otra

vida»— y los números «17.6» junto al ala de ángel aún resonaban en su mente, pero necesitaba este momento, esta pausa que Carles, con su sonrisa cómplice, le ofrecía como un lienzo en blanco.

Se encontraron en la Rambla de la Llibertat, donde el río Onyar reflejaba las casas de colores como un cuadro impresionista. Carles, con su chaqueta de cuero gastada y una chispa en los ojos que disimulaba el cansancio, señaló un pequeño café con mesas al aire libre.

—Vamos, Riera, un vermut y un paseo por las murallas —dijo, con un guiño que suavizaba la tensión acumulada—. No todo puede ser mármol y asesinos.

Clara sonrió, sintiendo un calor inesperado en el pecho, no de amor, sino de una complicidad que la anclaba en medio de la tormenta. Caminaron juntos por las calles empedradas, sus pasos acompasados con ritmo tranquilo, sus manos rozándose fugazmente al girar una esquina. El sol calentaba tímidamente sus rostros, y Clara, por un instante, dejó que Girona la envolviera, sus aromas a pan recién horneado y cruasanes recién hechos mezclándose con la risa de Carles, que narraba una anécdota absurda sobre su primera detención como novato.

Subieron a las murallas medievales, donde la ciudad se desplegaba como un mosaico de tejados y torres, con la catedral alzándose en la distancia como un guardián de piedra. Se detuvieron en un parapeto, y un silencio agradable se instaló entre ellos, roto solo por el murmullo del viento. Carles se apoyó a su lado, tan cerca que sus hombros casi se tocaban, y Clara sintió el roce de su mano.

—Mira eso, Riera —dijo, con una voz más suave de lo habitual—. Girona respira, vive... Nosotros también tenemos que hacerlo, aunque sea por un día.

Clara lo miró, sus ojos encontrándose por un instante más largo de lo necesario. Había una química en ese momento, un entendimiento tácito que no necesitaba palabras. Pensó en lo mucho que necesitaba esto: un respiro, un instante para ser solo Clara, no

la escultora perseguida por los ecos del pasado. Carles, con su sarcasmo y su lealtad inquebrantable, era el compañero que no había esperado encontrar en este caso, y ese pensamiento la hizo sonreír.

—Tienes razón, Pons —dijo, rompiendo el silencio con una voz ligera—. Necesitaba esto. Un día sin mármol, sin ángeles, sin sangre.

Disfrutaron de un vermut en el Café, sus risas mezclándose con el rumor del río. Carles bromeaba sobre su torpeza con las herramientas de arte, y Clara respondió con una carcajada. Sus manos se rozaron de nuevo, y aunque ninguno lo reconoció, el gesto trajo una calidez que ambos agradecieron en silencio.

Por unas horas, el peso del caso —el ángel, Matteo, los números «17.6», la nota— todo se desvaneció, como si Girona misma los protegiera de las sombras que los esperaban.

El lunes por la mañana, Clara despertó con una claridad renovada, como si el respiro del domingo le hubiera pulido los bordes de su determinación. El sueño del ángel con el rostro de Matteo había regresado en la noche, pero esta vez, la figura parecía más difusa, como si otro rostro intentara emerger de la piedra.

Decidió visitar el taller de Alba y Joan sola, sin Carles, confiando en que la amistad forjada en sus años en la Universidad de Girona y el taller le permitiría obtener respuestas más sinceras. Carles se quedó en la comisaría, intentando buscar rastros de Matteo, mientras Clara se adentraba en el casco antiguo.

Alba y Joan eran más que colegas; eran los compañeros que la habían acompañado en sus primeros pasos en el arte, antes de que Roma y sus promesas de grandeza la llevaran al otro lado del Mediterráneo.

Alba, de estatura baja, con el cabello negro cayendo en ondas sobre los hombros, era la seriedad personificada cuando trabajaba, sus manos moviéndose con precisión quirúrgica sobre lienzos y

esculturas. Pero fuera del taller, su risa era como un trazo de luz, capaz de disipar las sombras de un mal día.

Joan, de estatura media, con el pelo castaño revuelto y una sonrisa que desafiaba la gravedad, era su opuesto complementario. Extrovertido, amante del deporte, llegaba al taller con historias de sus carreras matutinas, por el Castillo de Sant Miquel o cualquier montaña que tuviera cerca, o bromas que hacían rodar los ojos a Alba, aunque no podía evitar sonreír.

Entre ellos había una chispa intermitente, un vaivén de momentos amorosos que nunca cuajaban en algo definitivo, como si la vida los mantuviera en una danza inacabada.

Clara los había conocido en las aulas de la universidad, donde los tres compartían sueños de inmortalidad a través del lienzo y la piedra.

Mientras Clara soñaba con el mármol y la piedra, Alba se perdía en la restauración de colores antiguos, y Joan esculpía con una energía inagotable. Sus noches de estudio, llenas de risas y debates sobre Bernini o Gaudí, habían forjado un lazo que ni la distancia ni los años habían roto.

Ahora, en el taller, Clara buscaba respuestas, pero también un refugio frente a la tormenta que el caso de Laia Martí había desatado.

El taller, escondido en una callejuela del casco antiguo, era un santuario de caos creativo: bloques de mármol y lienzos apilados contra las paredes, herramientas esparcidas como notas de una sinfonía rota, y el olor penetrante a barniz y a polvo de piedra que impregnaba el aire.

La luz del sol se filtraba por las ventanas, proyectando sombras que danzaban sobre los lienzos a medio restaurar. Alba estaba inclinada sobre una pintura, su pincel trazando líneas precisas, mientras Joan organizaba bloques en el almacén, tarareando una melodía inventada que resonaba en el espacio.

—Clara, ¿qué haces aquí tan temprano? —dijo Alba, dejando el pincel y limpiándose las manos en un delantal manchado de pintura. Su voz era cálida, pero sus ojos oscuros reflejaban preocupación—. ¿Es por lo de Laia? Joan me contó lo del encargo sospechoso, pero no hemos recordado nada nuevo.

Joan salió del almacén, con las manos polvorientas y una sonrisa cautivadora.

—Clarita, ¿sin el inspector? ¡Esto sí que es una sorpresa! —bromeó, guiñando un ojo a Alba para arrancarle una risa—. ¿Vienes a resolver el caso o solo a vernos trabajar?

Clara sonrió, agradecida por la familiaridad de sus amigos, pero fue directa al grano.

—Necesito vuestra ayuda. Es sobre el cliente misterioso que compró el mármol de carrara. Joan, necesito que recuerdes cada detalle de ese hombre: su voz, su forma de moverse, cualquier cosa.

—Se aclaró la voz, el tipo... tenía un acento italiano, de estatura media, no mediría más de 170 cm o 175cm, eso seguro. Hablaba poco, pero pidió un bloque pequeño de mármol de carrara, puro, sin venas. Pagó en efectivo y se fue rápido, con un sombrero marrón que le tapaba media cara. Pero había algo... no sé, como si conociera el taller. Su forma de mirar los bloques, como si supiera exactamente lo que buscaba. Y el papel que dejó caer... lo guardé. Ven, te lo enseño.

Mientras seguían a Joan, Clara dijo, Alba, hay otra pista: los números «17.6», aparecieron en la escena del crimen y en un piso en Roma, Alba arqueó las cejas, interrogando a Clara con la mirada, mejor no preguntes respondió ella, pero ¿te dicen algo? ¿Un código, una referencia artística?

—No me suenan a nada concreto. En restauración, a veces usamos códigos para catalogar piezas, pero esto parece otra cosa. ¿Una proporción artística? ¿Una referencia a una obra? Podría ser un número de catálogo de una galería, o incluso algo simbólico, como

un versículo bíblico. Pero sin más contexto, es solo una suposición. ¿Dónde los encontraste exactamente?

Clara, mientras Joan revolvía en un cajón del almacén, respondió con cuidado.

—Junto al cuerpo de Laia y en la casa de un sospechoso en Roma. Creo que están conectados. Y con mi pasado en la academia.

Joan sacó un trozo de papel arrugado y se lo tendió a Clara. Era un boceto a lápiz, trazado con una precisión que la hizo contener el aliento: un ángel, idéntico al que ella había esculpido. En la esquina, una inicial apenas legible, una «P», parecía susurrar un secreto que Clara no estaba lista para descifrar.

—Es mi ángel —murmuró, sosteniendo el boceto con manos temblorosas—. El mismo que yo tallé hace ya unos años. Pero esta inicial, esta letra... no es de Matteo, ni la estatura coincide, Matteo medirá 180 o 185 cm. Quizás haya alguien más detrás de todo esto, ¿un cómplice quizás?

Alba, examinando el dibujo por encima del hombro de Clara, frunció el ceño.

—Es increíble, Clara. Este ángel es idéntico al tuyo, como si alguien hubiera estudiado tu técnica hasta el último detalle. Y esa «P»... ¿era un mensaje dejado con intención? ¿Un desafío susurrado desde las sombras de su pasado? ¿O apenas una casualidad, un trazo fortuito en un papel arrugado donde el boceto del ángel había cobrado vida?

—No lo sé, Alba —dijo, con una determinación que ocultaba su miedo—. Pero tengo que encontrar a Matteo. Todo esto empieza a inquietarme demasiado.

Joan, intentando aligerar el ambiente con su habitual humor, puso una mano en el hombro de Alba, mientras se dirigía a Clara.

—Si necesitas que corra detrás de ese tipo del sombrero, solo dilo. Con mis carreras matutinas, lo atraparía en un santiamén. —

Guiñó un ojo a Alba, que rodó los ojos pero sonrió, disipando por un instante la tensión del taller.

Alba, volviendo a la seriedad, tomó el boceto.

—Si «17.6» es un código, podría ser una medida en un boceto como este, recuerda nuestras clases en la universidad: siempre usábamos números para las proporciones. ¿Podría ser algo por el estilo?

Clara asintió, sintiendo que las piezas del rompecabezas se acercaban, pero aún no encajaban, sabía que la verdad, como una obra de arte, tardaría su tiempo en ser revelada.

Capítulo 3

Matteo d'Alessandro caminaba por las calles estrechas del Barrio Gótico, su figura alta y erguida destacando entre la multitud, el cabello canoso agitado por una brisa que parecía un susurro. Su rostro, surcado por líneas que contaban años de disciplina y severidad, mantenía una máscara de control, pero sus ojos oscuros traicionaban una inquietud que no podía ocultar.

Era un hombre serio, de carácter inflexible, un escultor y profesor cuya voz había resonado en las aulas de la academia de bellas artes de Roma como un martillo sobre el mármol. Estricto hasta la crueldad, exigía perfección, pero detrás de esa fachada había un hombre que, en sus momentos más íntimos, se preguntaba si el arte que enseñaba había perdido su alma.

Llevaba consigo un maletín de cuero gastado, su contenido un secreto que pesaba más que las esculturas que había tallado en su juventud. Había venido a Barcelona para reunirse con Laia Martí, una restauradora prometedora del MNAC cuya habilidad con los pinceles y las esculturas había llamado su atención.

Matteo, al borde de la jubilación, veía en ella una futura profesora de arte y digna sucesora de su legado, alguien que pudiera devolverle el alma a sus clases y a su amada academia. Pero esa decisión, tomada en la quietud de su apartamento en Roma, había desatado algo oscuro, una sombra que trascendía fronteras y ahora lo seguía como un eco en las callejuelas barcelonesas.

Mientras cruzaba la Plaza Real, algo lo hizo detenerse. Le pareció ver una figura vagamente conocida, un fantasma de su pasado, volvió a mirar, pero allí no había nadie.

Des de hacía tiempo tenía la sensación de que alguien lo observaba y lo perseguía como una presencia silenciosa, alguien de

su pasado, a quien no lograba recordar.

¿Se estaría volviendo loco? ¿Tantos años de trabajo estarían haciendo mella en su cabeza, como un cincel hace mella en la piedra?

Matteo apretó el maletín contra su pecho y aceleró el paso.

Era una tarde de otoño en Roma, años atrás, cuando el aire de su pequeño apartamento olía a cera y a recuerdos desvaneciéndose. Matteo estaba sentado junto a la cama de su esposa, Elena, cuyo rostro, otrora lleno de vida, se había reducido a una sombra bajo las sábanas.

La enfermedad la había consumido lentamente, un cáncer que talló su cuerpo como un cincel implacable, dejando solo huesos y miradas que pedían paz. Matteo, siempre fuerte, siempre controlado, se había quebrado en esas noches, sus manos temblorosas sosteniendo las de ella mientras el silencio del cuarto se llenaba de un dolor que no podía esculpir. La pérdida de Elena lo endureció, transformando su carácter en una armadura de severidad que imponía a sus alumnos, como si la perfección pudiera redimirlo de la imperfección y fragilidad humana que había presenciado.

En la Academia de Bellas Artes de Roma, Matteo canalizó esa dureza, exigiendo de sus estudiantes —Clara y otros— un arte que trascendiera la mera técnica. Pero el vacío dejado por Elena lo perseguía, un eco que resonaba en cada bloque de mármol que tallaba. Con los años, su prestigio creció, pero también su soledad. Decidió que su jubilación sería diferente, que entregaría su legado a alguien digno, alguien como Laia, cuya pasión le recordaba los días en que él mismo había soñado con esculpir el alma en la piedra.

Sin embargo, algo se había torcido. Las notas con «17.6» comenzaron a aparecer, primero como un susurro, luego como una amenaza que no comprendía.

Matteo no sabía quién lo acosaba ni por qué, tal vez era un antiguo alumno resentido, o quizás un rival celoso de su legado.

Fuera quien fuera, lo notaba como una presencia omnipresente de la que no podía escapar.

De vuelta en Barcelona, Matteo llegó al Oval Café, un lugar discreto donde había citado a Laia. La joven lo recibió con una sonrisa nerviosa, sus manos inquietas sobre una taza de café. Matteo habló con su tono grave y mesurado, dejando entrever un futuro que aún no nombraba del todo, una posibilidad que flotaba como un susurro en el aire.

—Eres talentosa, Laia —dijo, con un matiz de nostalgia en la voz—. He pasado décadas moldeando piedra y alumnos, pero mi tiempo se agota. Tal vez haya algo más que pueda ofrecerte, algo que trascienda mi propia historia.

Laia lo miró, sus ojos buscando entre las líneas de su rostro una certeza que no encontraba. Sospechaba que Matteo albergaba un ofrecimiento, quizás el puesto en la academia, pero no estaba segura. Había algo en su tono, una mezcla de cansancio y anhelo, que la inquietaba. Matteo continuó, su mirada perdida en la taza que sostenía.

—Mi vida ha sido gris, Laia, un lienzo desvaído desde que perdí a mi esposa. Ella se fue lentamente, y mi alma se fue con ella, he sido demasiado duro con quienes intentaban acercarse a mí y crear bajo mi mirada.

Tú eres luz, un contraste vivo contra mi oscuridad. Creo que mis alumnos merecen un guía que les dé lo que yo no supe ofrecer: amabilidad, inspiración, no solo exigencia.

—Hizo una pausa, removiendo el café, y al coger el azucarillo, un estremecimiento lo recorrió, el número «17.6» estaba garabateado en el papel.

Laia frunció el ceño, confundida por el gesto de Matteo y por el silencio que siguió. Matteo dejó la taza sobre la mesa, su mano temblando ligeramente, mientras el eco de su pasado resonaba en su mente. No dijo más, pero la sombra que lo seguía parecía haberse colado en su café, una sombra que aún no lograba identificar.

Mientras salía del MNAC, con el corazón latiendo como un cincel contra la piedra, Matteo se preguntó si alguna vez escaparía de las sombras que lo perseguían.

El pasado, con sus pérdidas, sus silencios y su oscuridad, le pesaba enormemente, y veía en Laia a alguien a quien cederle su legado —un acto de esperanza y altruismo tras años de oscuridad y egoísmo.

Tras la reunión, Matteo decidió alejarse de Barcelona por unos días. La ciudad, con sus ecos y sus sombras, lo ahogaba, y la cercanía de Girona —con sus museos y su calma— le ofrecía un refugio temporal.

Tomó un tren esa misma tarde, buscando la paz de las calles empedradas y las galerías de arte, sin saber que su presencia atraería nuevas miradas.

El miércoles 4 de diciembre de 2024, Girona amaneció envuelta en una niebla espesa que parecía envolver los secretos de sus calles, con la lluvia tamborileando sobre los tejados.

Clara Riera y Carles Pons hacía días que no hallaban ningún hilo del que tirar, como un artista esperando que la inspiración lo sacuda y lo saque de su letargo, no lograban dar con el paradero de Matteo, pero de repente reciben una pista inesperada de uno de los compañeros de Laia Martí en el MNAC el cual afirma haber recordado que el hombre con quien se había reunido Laia, había mencionado en voz alta su deseo de visitar Girona, había dicho el

compañero, recordando las palabras de una conversación casual que Laia había compartido con él antes de su muerte.

Clara, con el pulso acelerado y Carles, con su habitual mezcla de sarcasmo y resolución, decidieron seguir la pista. Si Matteo estaba en Girona, podría ser el momento de confrontarlo, de desentrañar qué lo había llevado a reunirse con Laia y si su presencia en la ciudad ocultaba algo más. Mientras conducían hacia el casco antiguo, la lluvia golpeaba los cristales del coche, y Clara no podía dejar de pensar en que había motivado el viaje de Laia a Girona, según el compañero, Laia había planeado encontrarse con Matteo allí para acabar de tratar unos asuntos.

Pero su muerte en la Catedral lo había truncado todo.

—Riera, si tu profesor está aquí saboreando el ambiente de la ciudad mientras Laia yace en una tumba fría, esto huele a más que casualidad —dijo Carles, mientras aparcaban cerca de las murallas. Vamos a por él antes de que se esfume entre las sombras, no creo que ande lejos del casco antiguo, de algún museo de la zona o de alguna obra de arte, empecemos por ahí.

Clara asintió, su mente dividida entre la curiosidad y la inquietud. Matteo había sido un mentor implacable, también alguien cercano, por así decirlo, pero también un enigma, y su llegada a Girona justo después de la reunión con Laia no podía ser un accidente. Mientras avanzaban por el casco antiguo, como de una casualidad divina, allí se encontraba, de pie, caminando sin rumbo, mirando fachadas antiguas y escaparates y Clara se preguntó qué lo había traído de Roma a esta ciudad.

Matteo d'Alessandro, ajeno a que lo seguían, deambulaba por el casco antiguo con la esperanza de que Laia aceptara el cargo y tomara su relevo en la Academia de Roma. Había elegido Girona como refugio temporal, atraído por su casco antiguo misterioso, sus

museos cargados de historia, su gastronomía que evocaba sabores tradicionales, y los olores y sentimientos de una ciudad que parecía susurrar promesas de paz.

Mientras visitaba el Museu d'Art, sus pensamientos vagaban hacia Laia, imaginando su voz aceptando el puesto, que le permitiría cerrar su capítulo en la academia y dejar su legado en buenas manos. Pero al encender su teléfono para consultar un mapa, un mensaje anónimo irrumpió en su pantalla: «Laia Martí está muerta». El mundo se tambaleó. Matteo sintió un frío que le calaba los huesos ¿Cómo era posible? ¿Quién le enviaba esto? La noticia lo dejó paralizado, y en ese instante, cuando salía del museo, una sensación inquietante lo recorrió: una presencia, un peso en la nuca, como si ojos invisibles lo observaran desde las sombras.

Instintivamente, se adentró en un callejón estrecho, donde la lluvia repiqueteaba contra las paredes y no había alma viva. El eco de sus pasos resonaba en la penumbra, pero pronto otro sonido se unió: pasos a su espalda, suaves pero firmes, como un latido que aceleraba su pulso. Matteo apretó el maletín contra su pecho y apresuró el paso, el corazón latiéndole con fuerza. Las calles se retorcían como un laberinto, y él callejeó sin rumbo, perdiéndose entre los jardines posteriores de la Catedral, donde las sombras de los árboles se alzaban como guardianes silenciosos. La lluvia empapaba su rostro, y el miedo lo impulsó a correr, sus pies resbalaban sobre el empedrado húmedo mientras el sonido de la persecución se intensificaba tras él.

Clara y Carles, alertados por el movimiento repentino de Matteo, sintieron un escalofrío recorrerles la espalda mientras arrancaban a correr tras él, sus botas golpeando el suelo empapado con una urgencia casi desesperada. Las murallas medievales se alzaban a su alrededor como centinelas imponentes, sus siluetas difuminadas por la niebla densa que parecía cerrarse sobre ellos, mientras el eco de

sus pasos resonaba con un ritmo frenético, mezclándose con el rumor constante de la lluvia que caía como un lamento interminable. Matteo, guiado por un pánico visceral que le nublabla la mente, giró bruscamente por un sendero oculto entre los jardines posteriores de la Catedral, su figura encorvada, desvaneciéndose entre la bruma como un espectro huyendo de su propia sombra. El corazón de Clara latía con fuerza, sus pulmones ardiendo por el esfuerzo, mientras Carles, a su lado, jadeaba con una mezcla de furia y determinación, maldiciendo entre dientes la visibilidad casi nula.

La persecución se adentraba en un laberinto de arbustos y senderos resbaladizos, donde cada paso era una lucha contra el barro y la incertidumbre. Matteo tropezó, y su cuerpo se precipitó violentamente contra el suelo antes de recuperar el equilibrio, un instante que Clara y Carles aprovecharon para ganar terreno, sus siluetas apenas visibles a través de la cortina de agua. Pero la oscuridad, como una mano invisible, se cerró sobre ellos; las raíces expuestas y las piedras cubiertas de musgo los hicieron resbalar, retrasando su avance mientras el sonido de los pasos de Matteo se desvanecía en la distancia, un eco que se perdía en la niebla. La angustia apretaba el pecho de Clara, temiendo que su presa escapara, mientras Carles, con el rostro tenso, gritaba su nombre sin respuesta, su voz ahogada por el ulular del viento entre los árboles.

Finalmente, al llegar a un cruce de caminos donde el sendero se bifurcaba, Matteo había desaparecido por completo, como si la tierra misma lo hubiera tragado. Solo quedaba el silencio roto por el goteo del agua y el rumor persistente de la lluvia, un vacío que amplificaba la sensación de fracaso. Clara se detuvo, respirando entrecortadamente, sus ojos escudriñando la niebla en busca de cualquier señal, mientras Carles, con las manos en las rodillas, maldecía en voz baja, consciente de que la persecución había terminado... al menos por ahora.

—Se nos ha escapado, Pons —murmuró Clara, jadeando, con la mirada perdida en la niebla—. Pero no irá lejos, se le ha caído el maletín.

Carles, limpiándose la lluvia del rostro, gruñó.

—¡Lo atraparemos! Y si vuelve a correr, estaremos listos.

Mientras la tarde caía sobre Girona, Matteo, estaba atrapado entre su pasado y su paranoia, no sabía que había sido la policía quien lo había perseguido, en su mente sus sospechas y sus temores se dirigían a la sombra que lo acechaba desde hacía tiempo con el mensaje «17.6».

Clara Riera y Carles Pons, aún jadeantes tras la persecución fallida, se detuvieron, el eco de los pasos de Matteo d'Alessandro se había desvanecido totalmente, dejando solo el peso de una oportunidad perdida.

La ciudad, con sus murallas medievales, parecía contener el aliento, como si guardara el secreto de su huida.

Clara ajustó su chaqueta empapada, su mirada perdida en la niebla.

—Se nos ha escapado, Pons —murmuró, con una mezcla de frustración y rabia—. Pero ese pánico, esa manera de correr... no era solo miedo, era terror. Algo lo tiene perturbado.

Carles, limpiándose la lluvia del rostro con una mueca, gruñó en aprobación.

—Ese tipo corre como si llevara el diablo en los talones, Riera. Pero debemos ser pacientes y tendremos otra oportunidad. Volvamos a la comisaría y pongamos en orden lo que sabemos.

Mientras regresaban al coche, el aire frío les mordía la piel, y el aroma a tierra húmeda se mezclaba con el lejano eco de campanas que anunciaban la hora. Las calles del casco antiguo, con sus adoquines resbaladizos y los primeros adornos navideños asomando

en las vitrinas, ofrecían un contraste extraño entre la festividad incipiente y la tensión del caso.

Clara sintió un nudo en el pecho, no solo por la huida de Matteo, sino por la conexión que intuía con su pasado en la academia de bellas artes de Roma. Carles, mirando a Clara empapada a su lado, mantenía un silencio raro, como si la persecución hubiera encendido en él una chispa que aún no se atrevía a nombrar.

De vuelta en la comisaría, la luz mortecina de las lámparas iluminaba las paredes, de una sala pequeña, donde había un mapa y unas fotos del caso colgadas en la pared. Clara extendió un cuaderno donde garabateaba notas, mientras Carles se recostaba en la silla, frotándose las manos para calentarse.

—Entonces, Riera, resumamos —comenzó Carles, con su tono suavizado por el cansancio—. Seguimos a tu profesor misterioso hasta Barcelona, allí sabemos que se reunió con Laia, justo la mañana antes de su asesinato, luego descubrimos que viajó a Girona, no sabemos el día con certeza, pero es mucha casualidad reunirse con la víctima el mismo día de su muerte y luego aparecer en la misma ciudad donde se ha perpetrado el crimen, luego está la persecución de hoy por el casco antiguo y los jardines de la Catedral, lo vimos correr como si lo persiguiera un fantasma, y luego... puff, se esfumó en la niebla. ¿Qué opinas? ¿Culpable o solo un viejo asustado?

Clara frunció el ceño, revisando sus apuntes.

—No lo sé, Pons. Su reacción fue visceral e inmediata, como si supiera que está en peligro. La pista del MNAC lo sitúa con Laia antes del crimen, y ahora en Girona esto no puede ser ninguna casualidad... Tal vez no sea el asesino, pero cada vez se me hace más difícil pensar en su inocencia.

Carles asintió, tamborileando los dedos sobre la mesa.

—Podría ser una trampa, o alguien está jugando con él o es que realmente es culpable, un inocente no huye como alma que lleva el

diablo como hizo él.

Clara asintió débilmente, sintiendo el peso del día. La lluvia seguía cayendo, y por un instante, mientras Carles le ofrecía una taza de té, sus miradas se cruzaron con una calidez que ninguno nombró, pero que ambos sintieron, un hilo tenue que se tejía entre la niebla de la investigación y unos sentimientos a flor de piel.

Mientras tanto, Matteo d'Alessandro regresó al Hotel Ultonia, en el centro de Girona, con el corazón aún acelerado y la ropa empapada pegada a la piel. El vestíbulo, con su calidez acogedora y el murmullo de los huéspedes, contrastaba con el torbellino en su mente. Subió a su habitación y se dejó caer en una silla junto a la ventana, desde donde la lluvia trazaba ríos sobre el cristal, reflejando las luces navideñas que iluminaban la ciudad.

La noticia de la muerte de Laia Martí en la Catedral de Girona lo golpeaba como un cincel contra mármol. Había venido a Girona para desconectar, para impregnarse de sus misterios, su historia, sus museos y su gastronomía, esperando con todo su corazón que Laia aceptara el cargo en la academia. Los días habían transcurrido en un intento de silencio, apenas usando su portátil o móvil, pero ahora el mensaje anónimo lo obligaba a indagar.

Encendió el ordenador con manos temblorosas y buscó en internet, confirmando con horror que las noticias locales reportaban el asesinato de una restauradora en la Catedral, el cuerpo encontrado el martes 26 de noviembre. La realidad lo aplastó: Laia estaba muerta.

Su mente divagó hacia las dos sombras que lo habían perseguido. ¿Quiénes eran? ¿Eran los mismos que le enviaban las notas con «17.6»? Sentía sus miradas clavadas en su nuca, sus pasos resonando en el callejón vacío. ¿Eran cazadores enviados por un enemigo del pasado, tal vez un alumno resentido o un rival de la academia? O quizás, pensó con un escalofrío, estaban relacionados con la muerte de Laia, y él, sin saberlo, era su próximo objetivo. Se

levantó, cerró las cortinas con un gesto nervioso y se sumió en un sueño inquieto.

Capítulo 4

El casco antiguo de Girona estaba envuelto en una lluvia fina que tamborileaba contra las ventanas como una melodía relajante que adormecía los sentidos. Clara Riera había invitado a Carles Pons a su piso, un espacio lleno de bloques de mármol a medio tallar y lienzos que parecía un santuario de creación interrumpida.

Fuera, las luces navideñas parpadeaban en las calles, un contraste festivo con la oscuridad del caso que los unía.

Carles entró quitándose la gabardina empapada, con una sonrisa que iluminaba su rostro fatigado. Clara lo recibió con un abrazo cálido, un gesto que duró un instante más de lo necesario, un silencio agradable que ninguno rompió de inmediato.

En el comedor, una mesa pequeña delante del sofá, puesta con simplicidad, un mantel a cuadros blancos y rojos, una botella de vino tinto recién descorchada, platos de embutidos y quesos locales y un aroma a pan recién tostado que provenía de la chimenea que tenían justo delante, tan cerca, que notaban el calor en la piel.

—Gracias por venir, Pons —dijo Clara, sirviendo el vino—.

Carles alzó la copa y brindaron tímidamente, sus dedos se rozaron, un toque casual que envió una chispa sutil a través de ambos. Se sentaron en el sofá, y el fuego crepitante de la chimenea proyectaba sombras danzantes sobre las paredes, creando un ambiente íntimo que contrastaba con la frialdad de la investigación.

—Bien, Riera, empecemos por el principio —dijo Carles, inclinándose hacia Clara, su mirada fija en la de ella—. El martes 26 de noviembre, Laia Martí es asesinada en la Catedral. El cuerpo lo

encontramos dispuesto como una escultura, El éxtasis de Santa Teresa de Bernini, hallamos una incisión hecha con precisión quirúrgica en el cuello de la víctima, en la escena encontramos un fragmento de mármol en forma de ángel, que parece haber sido tallado hace poco, y un pergamino con la numeración «17.6». Tú llegas a la escena y en menos que canta un gallo ves la conexión artística de inmediato.

Clara asintió, tomando un sorbo de vino, sus ojos brillando a la luz del fuego.

—Sigamos. El miércoles, durante la cena con Alba, te explica el encargo del mármol de carrara en el taller, hecho por el hombre sospechoso con el rostro oculto bajo un sombrero marrón, y en la comisaría ese mismo día hablo con Martorell sobre el informe forense.

El jueves, abrimos la taquilla en la estación de tren de Girona y encontramos la agenda de Laia con la cita con Matteo el mismo día de su muerte.

Carles se recostó, su cuerpo casi rozó el de Clara, el acercamiento permitió que ella percibiera su agradable perfume y sus cuerpos se rozaron, pero ninguno se movió, notando ambos el calor corporal que desprendían, que parecían haber estado orbitándose hasta, al fin, colisionar, un silencio agradable instalándose entre ellos mientras sorbían un poco de vino.

La conversación siguió como si nada hubiera pasado —Viernes, nos dirigimos al MNAC e interrogamos a los compañeros de Laia, el técnico nos describe a un hombre que encaja con la descripción de Matteo —alto, canoso, bufanda oscura— y las cámaras lo confirman.

El sábado, hacemos un viaje relámpago a Roma, intentamos entrar en la academia de bellas artes, pero se encuentra cerrada y nos dirigimos a casa de Matteo, a la cual accedemos con una orden

«Clara» —dijo Carles guiñándole un ojo, haciendo referencia a la mirada suplicante de ella para que forzara la entrada del piso, y al entrar nos encontramos las estancias revueltas, aparece una ala de un ángel y una nota escrita a mano, con caligrafía excelente, que ponía «Una vida por otra vida» y la numeración «17.6».

El domingo, nos damos un merecido respiro, después de unos días de locura—Hizo una pausa, sus ojos encontrándose con los de Clara.

El lunes 2 de diciembre, vamos a visitar el taller de Alba y Joan, encontramos el boceto del ángel con la inicial «P» ,que no sabemos si era casualidad o estaba puesta allí con intenciones ocultas, y divagamos sobre las posibles connotaciones de los números «17.6».

El martes, descubrimos cómo fue el encuentro de Laia y Matteo en Barcelona y su marcha a Girona.

Y ayer, miércoles, lo perseguimos por el casco antiguo, pero se nos escapa.

Clara suspiró, sus dedos jugueteando con el borde de la copa, un silencio cómodo extendiéndose mientras el fuego crepitaba.

—Parece que todo gira alrededor de Matteo, él parece ser la clave.

No dejo de pensar en mi ángel de mármol, tengo un mal presentimiento, creo que esto no acaba aquí, Matteo es una pieza, pero tengo la sensación de que quizás no es la única. ¿Y si es una venganza personal? En Roma tuvimos una fuerte discusión que hizo que nos distanciáramos.

¿Qué ocurrió?

Quizás algún día me atreva a contarlo — Clara guardaba el recuerdo de su último año en la academia, bajo un manto espeso de tinieblas, donde ni ella se atrevía a entrar.

Carles se inclinó, y acercó su mano acariciando suavemente la mejilla de Clara, enrojecida por las llamas, ambos se miraron y se quedaron en silencio.

La conversación se fue alejando del terreno profesional y adentrándose, sin ambos darse cuenta, en el ámbito más personal, mientras la lluvia golpeaba las ventanas como un telón de fondo.

Carles habló de su infancia en Girona, de sus sueños y la llamada de la ley, mientras Clara compartía anécdotas de la Universidad de Girona con Alba y Joan, risas que llenaban el estudio. Los silencios eran agradables, cargados de una atracción que flotaba en el aire, pero ambos sabían que eran compañeros, que cualquier paso en falso podría interferir en la investigación. Para Clara el caso era demasiado personal y no estaba dispuesta a arriesgarlo por un sentimiento incipiente.

En el umbral de la puerta, se despidieron bajo las luces amarillentas del rellano que titilaban a causa del frenesí con que caía la lluvia en ese momento. Carles se inclinó ligeramente, se cogieron las manos en un gesto que duró un instante, sus miradas cruzándose con una tensión palpable.

—Buenas noches, Pons —dijo Clara, con el corazón acelerado y sintiendo que el umbral de la puerta había marcado una línea que ninguno estaba listo para cruzar.

—Buenas noches, Riera —dijo Carles, con una sonrisa que ocultaba el deseo de quedarse—. Mañana seguimos.

Se giró y bajó las escaleras, dejando tras de sí únicamente el eco de sus pasos.

La puerta del estudio de Clara Riera se cerró con un clic suave tras la partida de Carles Pons.

Clara se apoyó contra la puerta por un instante, el corazón aún acelerado por la calidez de la noche compartida. Las horas pasadas con Carles —las risas, las miradas que se habían demorado demasiado, el roce accidental de sus manos y sus cuerpos— habían tejido un hilo de complicidad que la envolvía como un manto suave.

Se quitó el jersey húmedo de sudor por la tensión contenida y se puso una camiseta fina y una bata de lana, dejando que sus pensamientos vagaran hacia él: su sonrisa sarcástica, la forma en que su voz se suavizaba al hablar de su infancia, la chispa de atracción que ambos habían sentido pero que ninguno había nombrado. Con un suspiro, se preparó para dormir, apagando las luces del estudio y dejando que la penumbra la envolviera. Al acostarse, el aroma a leña de la chimenea y el perfume de Carles aún flotaba en el aire, y por primera vez en días, su sueño fue profundo y tranquilo, un refugio donde la sombra del caso de Laia Martí se desvanecía, reemplazada por el eco de la presencia de Carles.

A varios kilómetros, en su apartamento en el centro de Girona, Carles Pons entró y cerró la puerta tras de sí con un suspiro cansado pero satisfecho.

La gabardina empapada goteaba sobre el felpudo, se deshizo de los zapatos y se sirvió un vaso de agua, dejando que el recuerdo de la noche con Clara lo envolviera. La cena había sido un interludio inesperado: la forma en que ella había hablado de su pasado, la intensidad de sus ojos al mirarlo, y esos momentos en que sus manos se habían rozado, enviando una corriente que lo había tomado por sorpresa.

Se quitó la camisa y se puso una camiseta, sintiendo el cansancio de la investigación, pero también una rara paz. Al acostarse, el rostro de Clara se dibujó en su mente, y por primera vez en

semanas, su sueño fue un oasis de calma gracias a la compañía que habían compartido.

La madrugada del viernes 6 de diciembre se alzaba sobre Girona como un lienzo oscuro salpicado por la lluvia incesante desde el día anterior, un susurro interminable que parecía no tener fin. Carles Pons, aún inmerso en el eco placentero de la velada con Clara, yacía en su apartamento plácidamente dormido cuando el pitido agudo de su móvil lo arrancó de su sueño a las 4:08, como un martillo golpeando contra mármol.

El mensaje, breve y cortante, iluminó la pantalla: «Otro asesinato. Jardins dels Alemanys. Urgente. Presencia requerida».

Con el corazón latiendo con fuerza, se levantó de la cama, la calma de la noche anterior desvaneciéndose de un plumazo como niebla al amanecer. Decidió acudir solo al principio, sin avisar a Clara, incapaz de determinar si era obra del mismo asesino que había matado a Laia Martí o un caso distinto.

Se vistió con rapidez, la gabardina, aún húmeda, colgando de sus hombros como un peso invisible, y salió al frío cortante de la madrugada, bajo un cielo oscuro como el carbón y el sonido de la lluvia como compañero fiel e inseparable.

Llegó a los Jardins dels Alemanys, un rincón de Girona donde las ruinas medievales y la vegetación frondosa se entrelazaban en un silencio roto ahora por los focos policiales y el murmullo de los agentes.

El cuerpo de una mujer yacía en el centro, iluminado por la luz blanca que cortaba la oscuridad, su silueta inmóvil bajo la lluvia que empapaba la escena.

Carles se acercó con pasos cautelosos, el aliento visible en el aire frío, mientras el forense, un hombre de rostro curtido bajo la

capucha de su impermeable, le ofrecía un informe preliminar.

La víctima, identificada como Paula García, de unos 28 años, estaba dispuesta en una pose antinatural, el cuerpo arqueado, los brazos extendidos como en un gesto de súplica o lucha, las piernas dobladas en un ángulo que sugería movimiento interrumpido, y el rostro congelado en una expresión de terror que helaba la sangre.

Carles sintió un escalofrío al examinarla: la incisión fina y quirúrgica en el cuello era idéntica a la de Laia Martí, y la presencia de un fragmento de mármol junto al cuerpo, yaciendo en la hierba húmeda.

—Una cabeza de ángel tallada con la misma precisión exquisita que las alas encontradas en la casa de Matteo d'Alessandro y el pequeño ángel del primer crimen —reforzaba la sospecha.

En el suelo, un trozo de pergamino empapado mostraba el número «17.6» garabateado con tinta azul que se desvanecía bajo la lluvia.

Las similitudes eran innegables: la disposición ritual del cuerpo, la marca en el cuello, el mármol como firma, y los números que parecían un código recurrente. Carles supo que este crimen estaba conectado con el anterior, un hilo oscuro que los llevaba de vuelta a Matteo.

Mientras examinaba la escena, su mirada se posó en un objeto parcialmente oculto bajo unas hojas: un cuaderno de tapas desgastadas con el borde de sus páginas manchadas por la lluvia.

Lo recogió con guantes, abriéndolo con cuidado para revelar dibujos a carbón que parecían susurrar secretos desde el papel. Los bocetos, trazados con una mano temblorosa pero precisa, mostraban esculturas de Bernini: El éxtasis de Santa Teresa con su mezcla de dolor y trascendencia, El rapto de Proserpina con su lucha inmortalizada, y otras como David en tensión, Apolo y Dafne en

transformación, La verdad desvelada por el tiempo en su quietud eterna, entre otras muchas.

Cada dibujo estaba acompañado de anotaciones en italiano, medidas y ángulos que parecían instrucciones, y lo más inquietante, parecía como si el cuaderno fuera un manual. Carles sintió un nudo en el estómago al comprender que el asesino podía estar planeando más crímenes, ¿quizás, cada uno basado en estas obras maestras del mármol?

Con el pulso acelerado, Carles marcó el número de Clara, su voz tensa cortando la quietud de la madrugada.

Clara, sumida en un sueño tranquilo tras la velada con Carles, despertó con un sobresalto al escuchar su voz al otro lado del teléfono.

—Riera, soy yo. Te necesito en los Jardines de los Alemanes, detrás de la Catedral. Es urgente, el caso se complica. —No dio más detalles.

La noche anterior —las risas compartidas, los roces de sus manos, la calidez que había aliviado el peso del caso— aún resonaba en su mente, pero las palabras de Carles la arrancaron de ese refugio, recordándole que la vida no les permitía tregua.

Se levantó de la cama, las manos temblorosas mientras se vestía, y el crujido leve de la madera bajo sus pasos parecía acompañar el eco inquieto de sus pensamientos.

Agarró las llaves de su coche y salió al frío de la madrugada, la niebla envolviéndola como un sudario mientras conducía hacia los Jardines de los Alemanes. La lluvia caía sin cesar, derramando en su mente como un goteo constante: el ángel de mármol, «17.6», Matteo, la academia de Roma, y ahora otra víctima. Cada pensamiento era una gota que se acumulaba, formando un río de dudas y miedos que la arrastraba hacia la escena del crimen.

¿Era Matteo el cerebro detrás de esto? ¿O alguien más, usaba estas muertes para enviarle un mensaje?

Al llegar, aparcó el coche delante de la Caserna de los Alemanes y bajó del coche, no le costó mucho localizar la escena, las luces se proyectaban al aire rompiendo el cielo oscuro, el agua empapándole el cabello mientras se acercaba a Carles.

Sus miradas se cruzaron, un instante de complicidad y tensión tras la noche anterior, pero el horror de la escena los devolvió a la realidad.

Clara se acercó al cuerpo de Paula García, su expresión endureciéndose al presenciar la escena, el torso de la víctima arqueado en un gesto de resistencia desesperada, los brazos extendidos como si luchara contra un agarre invisible, las piernas dobladas en un movimiento de huida, y el rostro congelado en una expresión de terror eterno, como si la arrastraran al inframundo y cerca de ella, la cabeza del ángel, y el pergamino.

Carles le tendió el cuaderno, sus dedos se rozaron en un gesto que no emitió la calidez de la noche anterior, y que ambos pasaron por alto, duró un segundo de más, pero ninguno de ellos se percató en medio del caos.

Clara abrió las páginas con manos temblorosas, los bocetos a carbón parecían revelar un plan siniestro, ¿estaban ante un catálogo de muerte inspirado en Bernini? ¿Significaba esto que más víctimas estaban por venir?, las preguntas cortaban el aire de una noche helada y oscura como las tinieblas.

La vida, con su cruel ironía, les negaba cualquier respiro para explorar lo que había surgido entre ellos; el caso los reclamaba con una urgencia que no admitía pausas.

—Esto es un manifiesto, Pons —murmuró Clara, su voz quebrada por la intensidad del descubrimiento—. No solo mata... planea. Y nos

está desafiando.

Carles asintió, su mirada fija en el cuaderno, consciente de que el asesino los arrastraba a un juego donde el arte y la muerte se entrelazaban como vetas en un bloque de mármol.

Conforme la luz del sol comenzaba a filtrarse a través de la niebla, el día se levantó con una lentitud perezosa, disipando la lluvia que había marcado la noche como un lamento interminable.

Los Jardines de los Alemanes, aún cargados con el eco del horror, parecieron exhalar un suspiro de alivio bajo los primeros rayos, mientras los agentes forenses recogían sus herramientas.

Carles, con el cuaderno de bocetos aún en las manos, protegido por una bolsa de plástico, con la esperanza de encontrar alguna huella reveladora en él, intercambió una mirada con Clara antes de dirigirse a la comisaría, donde esperaba el informe definitivo del forense y se reuniría con el comisario. Su mente zumbaba con la posibilidad de un asesino en serie suelto en las calles de Girona, una amenaza que se alimentaba de la ciudad como un depredador silencioso, con sed de seguir matando.

En la comisaría, el comisario Martorell lo recibió con una expresión sombría, sus manos tamborileando sobre una mesa cubierta de informes. Carles dejó el cuaderno sobre la superficie y se dejó caer en una silla, el cansancio marcando surcos en su rostro.

—Pons, esto se está saliendo de control —dijo Martorell, ajustándose las gafas—. Dos asesinatos con un patrón claro: incisiones quirúrgicas, ángeles de mármol, los números «17.6» y ahora este cuaderno...que si es lo que dices que es, estamos ante alguien, que planea más asesinatos.

¿Un asesino en serie en Girona? No me lo puedo creer... — sus pensamientos escaparon por su boca como un susurro.

En ese instante, alguien llamó a la puerta del despacho, apareció el forense y sin mediar palabra ni romper el silencio cortante de la sala, dejó el informe sobre la mesa, antes de despedirse con un leve movimiento de cabeza, como asintiendo y confirmando las sospechas, se trataba del mismo asesino.

El informe detallaba que la incisión en el cuello era idéntica, hecha con un bisturí de escultor y el mármol era del mismo tipo, carrara puro.

Martorell miró a Carles, y le dijo, dirigiéndole una mirada punzante —Si no lo detenemos, seguirá matando, y la ciudad entrará en pánico.

Carles, frotándose las sienes, revisaba el informe forense y miró de reojo el cuaderno, aparentemente inofensivo, pero que en su interior se escondía un guion de terror.

—Pons, si no actuamos rápido, tendremos más víctimas. Hay que rastrear a Matteo y cualquier otra pista de la que podamos tirar, por ínfima que sea. Pero seamos discretos; no queremos alertar al asesino.

Mientras tanto, Clara regresó a su piso en el casco antiguo, el silencio del lugar contrastando con el tumulto de su mente. Encendió la calefacción para ahuyentar el frío que se había colado en sus huesos y se sentó en una pequeña butaca, en su pequeña biblioteca rodeada de libros de arte, sus dedos hojeando páginas amarillentas en busca de respuestas.

La pose de Paula García la obsesionaba, un enigma que no encajaba de inmediato. ¿Era de Bernini, como el primero? ¿Tal vez de otro maestro, o simplemente una coincidencia que no significaba nada? Esa era su esperanza: que no fuera parte de un patrón, que el «cuaderno de la muerte» fuera solo una ilusión.

Pasaron horas en un torbellino de imágenes y textos, hasta que, en un volumen desgastado sobre Bernini, encontró lo que buscaba: El rapto de Proserpina, con su pose de lucha desesperada, idénticamente reflejada en la posición del cuerpo de Paula García. El corazón le dio un vuelco. Si la primera víctima había sido dispuesta como El éxtasis de Santa Teresa, y la segunda como El rapto de Proserpina, ¿cuál sería la siguiente? La idea la reconcomía, un peso que se asentaba en su pecho como una piedra, y solo el recuerdo de Carles, su voz sarcástica y sus miradas cálidas, lograba sacarla de ese abismo mental, ofreciéndole un respiro fugaz.

Decidida, Clara tomó el libro y se dirigió a la comisaría, la luz del mediodía iluminando las calles empedradas. Pero al llegar, su despacho estaba vacío, y un agente le informó que Carles no estaba. Una punzada de decepción la atravesó, mezclada con una inquietud que no pudo nombrar. Triste, se dirigió de nuevo a su casa, sus pasos pesados sobre el adoquín, preguntándose por qué Carles no contestaba sus llamadas ni sus mensajes.

Paralelamente, Carles había sido sorprendido esa mañana por una llamada de su hermana mayor, Anna Pons, que había viajado desde Barcelona para verlo. «Necesito verte, hermanito. ¿Te va bien quedar hoy?», había dicho Anna al teléfono, su voz cálida rompiendo la rutina de la comisaría. Carles no se lo pensó: era justo lo que necesitaba, un refugio familiar para evadirse del trabajo, un respiro en medio de la tormenta.

Carles la recogió en la estación de tren, decidieron dar una vuelta por la ciudad, deteniéndose en una cafetería cerca del río Onyar para tomar un café caliente con vistas a las coloridas casas que lo escoltaban.

Hablaron de todo menos de trabajo: Anna contó anécdotas de su hijo Eduard, de 6 años, que no paraba de preguntar por su tío Carles, al que querría ver más a menudo, también hablaron de su

matrimonio con Joan Roig, que no atravesaba su mejor momento. «Joan es bueno, pero el día a día nos está desgastando», confesó Anna, con una sonrisa triste. Carles, a su vez, mencionó que había conocido a alguien, una chica especial que le había despertado algo en su interior, algo que creía aletargado o muerto, pero aclaró que no había nada serio, que no había pasado nada entre ellos. «Empiezo a sentir algo más profundo que amistad, pero no sé si es el momento», admitió, y Anna lo miró con una complicidad fraternal.

Más tarde, con el sol radiante bañando el casco antiguo a pesar del invierno, eligieron una terraza frente al Cul de la Lleona, donde las estufas creaban un oasis de calor. Mientras compartían un plato de patatas bravas y unas hamburguesas, Anna bromeaba sobre la suerte que había tenido de no tener que ver cocinar a su hermanito, y él reía, se le notaba distendido y aliviado.

En ese momento, Clara, cabizbaja tras su infructuosa visita a la comisaría, caminaba de regreso a su casa. La soledad la envolvía, amplificada por la ausencia de Carles, cuyos mensajes ignorados la hacían sentir un vacío creciente.

Al pasar por la terraza, sus ojos se posaron en Carles y una bella mujer, ambos riendo y compartiendo un buen momento, con una complicidad que no se esperó, y que la atravesó como una aguja.

Un sentimiento nuevo y agudo anidó en su interior: celos. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué Carles no contestaba sus llamadas ni sus mensajes? Ignorando de que se trataba de Anna, su hermana, Clara la vio como una intrusa que podía separarle de Carles, justo cuando más lo necesitaba. Hasta ese instante, no había sentido nada tan visceral, y el descubrimiento de ese sentimiento la dejó desconcertada, atrapada entre la investigación y una emoción que no sabía cómo manejar.

La tarde se extendía sobre Girona con un sol que teñía las calles empedradas de un dorado suave, un contraste apacible tras la tormenta matutina. Carles acompañó a su hermana Anna hasta la estación de tren, cargando su mochila mientras charlaban sobre nimiedades, evitando el peso de la despedida.

Anna, con una sonrisa cálida, lo abrazó antes de subir al andén. «Dale un beso a Eduard de mi parte cuando lo veas», dijo Carles, y ella asintió, prometiendo que volvería pronto con su pequeño. Mientras el tren partía hacia Barcelona, Carles revisó su teléfono, advirtiendo varios mensajes sin respuesta, incluidas tres llamadas perdidas de Clara.

Frunció el ceño con extrañeza, había tenido el móvil en «no molestar» y no se percató de su insistencia, aun así, no le dio mayor importancia en ese momento. Decidió caminar hacia la comisaría, marcando su número mientras avanzaba por las calles, pero nadie respondió al otro lado de la línea, probó de nuevo, con idéntico resultado y decidió no insistir más.

Al llegar a la comisaría, Carles se encerró en su despacho, el silencio roto solo por el zumbido de la lámpara y el crujir de los papeles que esparció sobre el escritorio. Intentó recopilar todas las pistas: la incisión quirúrgica en el cuello de las víctimas, el mármol de carrara, el pergamino con «17.6», las alas y la cabeza de ángel, y el cuaderno de bocetos que parecía un guion macabro.

Revisó cada detalle, buscando algo que hubieran pasado por alto, un hilo suelto que los llevara a Matteo o al asesino. Las horas se deslizaron como sombras, y cuando el reloj marcó las 20:00, Carles levantó la vista, consciente de que Clara no había contestado.

Una punzada de preocupación lo atravesó. Intentó llamarla de nuevo, pero esta vez ni siquiera dio señal; el teléfono parecía

apagado o fuera de cobertura. El silencio al otro lado de la línea lo inquietó, y decidió actuar.

Salió de la comisaría, aprovechando el trayecto para comprar pan en una panadería cercana antes de que cerrara, el aroma llenaba el aire mientras pagaba. Con la bolsa en la mano, caminó hacia el apartamento de Clara, el corazón latiéndole con una mezcla de ansiedad y alivio al acercarse. Llamó al timbre, y tras unos instantes de espera, la puerta se abrió.

Clara apareció en el umbral, su rostro pálido y distante, como si la presencia de Carles le generara una incomodidad que no podía ocultar. Vestía una bata sencilla, el cabello desordenado, y sus ojos evitaban los de él, cargados de sentimientos encontrados.

Quería tenerlo cerca, sentir la calidez de su compañía tras la noche anterior, pero el recuerdo de la mujer con la que lo había visto en la terraza —esa risa compartida, esa intimidad— le dolía como una espina clavada, alimentando una mezcla de celos y confusión que no sabía cómo manejar.

—¿Estás bien, Riera? —preguntó Carles, su voz suave pero tensa, notando la frialdad en su postura.

—Sí, Pons... solo cansada —respondió ella, cruzándose de brazos—. ¿Y tú?

—Preocupado, no contestabas. Pensé que algo podía haber pasado —dijo él, ofreciendo una sonrisa tentativa, pero ella apenas la devolvió.

Hablaron unos instantes, un intercambio de palabras vacías forzado que carecía de la chispa de la velada anterior. La tensión flotaba entre ellos, un abismo invisible que ninguno se atrevía a cruzar. Finalmente, se despidieron con un gesto torpe, un adiós que contrastaba con la calidez de la noche pasada. No hubo abrazos ni

miradas prolongadas; solo un silencio frío que los dejó a ambos con un sabor amargo.

Carles bajó las escaleras del edificio, la bolsa de pan balanceándose en su mano, y se alejó, dirección a su casa.

El peso del caso y el desencuentro con Clara lo acompañaban, un eco de dudas y emociones no resueltas que lo sumían en el desconcierto.

Capítulo 5

La mañana del sábado se desplegaba sobre Girona con una luz suave que se filtraba entre las calles estrechas del casco antiguo, mientras el aire fresco traía consigo el murmullo de la ciudad despertando. En la comisaría, Carles Pons y el comisario Martorell analizaban las pistas, pero un informe urgente del forense interrumpió la reunión, convocando a Carles a la morgue para un reexamen del cuerpo de Paula García.

La luz fría de las lámparas fluorescentes bañaba la sala de autopsias, donde el forense, un hombre de rostro afilado y manos firmes, aguardaba junto a la mesa de acero. Carles se acercó, el olor a antiséptico y sangre coagulada llenando sus pulmones, mientras el forense apartaba la sábana que cubría el cuerpo.

Bajo la piel pálida de Paula, ahora revelada tras un análisis más detallado y gracias al tiempo transcurrido, emergieron manchas oscuras: hematomas extensos y profundos, ocultos en la primera inspección debido a la reciente muerte, la ropa empapada de lluvia y el retraso en la coagulación de la sangre. Los morados se extendían por los brazos, el torso y las piernas, como un mapa de ira grabado en su carne, la sangre coagulada formando patrones irregulares que contaban una historia de violencia descontrolada.

—Inspector, esto no era evidente en la escena —dijo el forense, señalando un hematoma particularmente grande en el antebrazo, donde los dedos parecían haberla sujetado con fuerza—. Son golpes múltiples, administrados con dureza antes de la incisión. La sangre coagulada sugiere que luchó, que el asesino descargó una rabia

visceral sobre ella. No fue solo un ritual; esto apunta más bien a un acto pasional.

Carles sintió un nudo en el estómago, sus ojos siguiendo las marcas oscuras.

—¿Podría ser personal? ¿Un novio, tal vez?

—No hay registros iniciales de una pareja —respondió el forense, ajustando sus guantes—. Pero estos hematomas, combinados con la precisión quirúrgica del cuello, sugieren una mezcla de pasión y cálculo. Alguien quería hacerle daño, y no solo escenificar el cadáver.

De vuelta en la comisaría, Carles compartió el hallazgo con Martorell, quien tamborileaba los dedos sobre la mesa como de costumbre, su mirada perdida en las fotos del cuerpo.

—Si es un crimen pasional, un posible novio podría ser un sospechoso. Pero no sabemos si tenía pareja. Investiga su vida, Pons. Averigua con quién se relacionaba.

Carles comenzó revisando las redes sociales de Paula García, desplazándose por publicaciones que mostraban su vida vibrante: fotos de exposiciones, viajes y noches con amigas. En una imagen tomada en un parque meses atrás, apareció un chico de rostro anguloso y mirada esquiva, su brazo rozando el de Paula en un gesto íntimo. No había etiquetas, ningún nombre.

Contactó a la familia, y tras una conversación con el padre de Paula, un hombre de voz quebrada por el dolor no pudo confirmar que tuviera pareja. «Siempre fue reservada con su vida amorosa», dijo el padre, limpiándose una lágrima.

Martorell insistió.

—Ese rostro en las fotos podría ser clave, Pons. Encuentra a ese chico, sea quien sea. Es tu prioridad, ahora mismo.

Carles llamó al padre de Paula de nuevo para concertar una visita, quedando en encontrarse en su casa esa tarde. El hombre lo recibió en un salón modesto, junto a una chimenea que crepitaba tímidamente, el calor contrastando con el frío de su mirada perdida. Carles le preguntó sobre las amistades de su hija, explicando que necesitaba localizarlas para interrogarlas.

—Necesito encontrar a sus amistades, señor García. ¿Sabe dónde podría dar con ellos? —preguntó Carles, manteniendo un tono respetuoso.

El padre negó con la cabeza, pero tras un silencio, su rostro se iluminó con un recuerdo.

—Los fines de semana, Paula solía hablar de un bar de copas, el Alter Ego. Decía que se reunía allí con sus amigas. No sé más.

El padre le mostró una foto que tenía junto a la chimenea, donde se podía ver a Paula y a sus amigas en un viaje.

—Si le sirve de algo esta foto, es todo lo que tengo, dijo el padre

Decidió actuar de inmediato. Marcó el número de Clara, su voz recuperando esa picardía habitual.

—Riera, ¿te apetece un sábado noche de fiesta como en los viejos tiempos? —bromeó, con su voz teñida de humor—. Bueno, en serio, he hablado con el padre de Paula. Debo ir a un bar de copas llamado Alter Ego a buscar a sus amigas. ¿Te apuntas? Motivo estrictamente profesional, te lo prometo.

Clara suspiró, aceptando a regañadientes.

—Está bien, Pons.

El inspector, de nuevo haciendo gala de su típico humor, le deslizó, tranquila, estarás en casa antes de las 00:00 te lo prometo.

Ella, entornando los ojos mientras pensaba: Este hombre es irremediable, siempre con sus bromas inoportunas y que no tienen gracia, y colgó el teléfono.

Esa noche, Carles pasó a recogerla, y juntos se dirigieron al Alter Ego, un bar de copas en el corazón del casco antiguo, con luces tenues y música que llenaba el aire.

Para no desentonar, pidieron una cerveza cada uno y se sentaron en una mesa apartada, charlando con una ligereza fingida que recordaba sus días universitarios. Carles bromeó sobre anécdotas de sus noches de golferías, y por fin logró arrancarle a Clara una sonrisa tímida, un destello de la conexión que habían perdido.

Al cabo de un rato, un grupo de amigos y amigas entró en el bar, sus rostros marcados por la tristeza. Carles reconoció algunos rostros de la foto que el padre de Paula le había mostrado encima de la chimenea.

Tras un tiempo prudencial, se acercaron. Las miradas de las amigas delataban dolor, confirmando que eran las personas que buscaban. Carles y Clara se presentaron con tacto, explicando su propósito, y tras una conversación cargada de emociones, una de las amigas, con voz temblorosa, dejó caer un nombre:

—Pere Fernández... era alguien cercano a ella. No sé más.

Clara y Carles intercambiaron una mirada, el nombre resonando como una nueva pieza en el rompecabezas, un posible vínculo que podría desentrañar el misterio.

La noche en el Alter Ego se desvanecía lentamente, las luces tenues del bar apagándose como estrellas agotadas, mientras Carles y Clara se despedían del grupo de amigas de Paula con un nudo de emociones en el pecho.

El nombre de Pere Fernández resonaba en sus mentes como un eco que prometía respuestas, pero también más preguntas. Sin mediar palabra, abandonaron el bar, el aire frío de la madrugada golpeándoles el rostro mientras caminaban hacia el coche de Carles. El silencio entre ellos era denso, un manto que los envolvía sin necesidad de explicaciones, roto solo por el crujir de sus zapatos con los adoquines bajo sus pies.

Carles abrió la puerta del conductor, el chirrido metálico cortando la quietud, y Clara se acomodó en el asiento del copiloto, ajustándose el abrigo con un movimiento mecánico.

Encendió el motor, pero dejó la radio apagada, un silencio voluntario que llenó el habitáculo con sus propios pensamientos. Carles mantenía las manos firmes en el volante, su mente girando en torno a Pere Fernández, los hematomas en el cuerpo de Paula, y la conexión aún elusiva con el cuaderno de bocetos. A su lado, Clara miraba por la ventana, las luces navideñas difuminándose en un borrón de colores mientras el coche serpenteaba por las calles de la ciudad. Aunque jamás lo admitiría, un resquicio de celos aún ardía en su interior, alimentado por la imagen de Carles riendo con Anna, un recuerdo que se negaba a desvanecerse por completo. Sus dedos nerviosos en el regazo y su respiración acelerada pero apenas audible, un intento de contener las emociones que pugnaban por salir.

El trayecto hasta el estudio de Clara fue breve, pero se sintió eterno. Al detenerse frente a su puerta, Carles apagó el motor, el silencio ahora era absoluto salvo por el leve zumbido del motor enfriándose. Se giró hacia ella, su voz baja rompiendo la quietud.

—Riera, mañana seguimos con esto. Centrémonos en Pere Fernández. ¿Te viene bien a primera hora en la comisaría?

Clara asintió, su mirada esquiva.

—Sí, Pons. A primera hora. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió él, con un leve asentimiento que no logró disimular la tensión entre ellos. Clara salió del coche, el portazo resonando en la noche, y Carles la observó hasta que desapareció tras la puerta del portal, antes de emprender el camino a su propia casa.

El domingo 8 de diciembre amaneció con un sol radiante, las calles del casco antiguo brillando como si el invierno hubiera decidido tomarse un respiro. A pesar de ser festivo, allí estaban ambos en la comisaría, reflejando la determinación de quienes no podían permitirse un día de descanso. Carles y Clara se encontraron en la sala de operaciones a primera hora, el café humeante en sus manos el único indicio de calidez en un ambiente dominado por expedientes y pantallas parpadeantes.

Sin perder tiempo, se sentaron frente a un ordenador, sus dedos danzando sobre los teclados mientras accedían a la base de datos policial. El nombre de Pere Fernández era el eje central de su búsqueda, una pista frágil pero prometedora que podían rastrear.

Carles tecleó con rapidez, buscando antecedentes penales, direcciones registradas, matrículas de vehículos asociadas, cualquier hilo que los llevara a localizarlo para un interrogatorio. La pantalla arrojó resultados parciales: un Pere Fernández de 30 años con un historial limpio, sin condenas, con dirección en las afueras de Girona y un vehículo registrado a su nombre, un Volkswagen Golf blanco con matrícula 4753FYM. Sin embargo, no había datos recientes, y las actualizaciones parecían estancadas.

—Nada serio en su historial —murmuró Carles—. Pero esa dirección es un comienzo. ¿Qué opinas, Riera?

Clara, con la mirada fija en la pantalla, asintió lentamente.

—Podría ser un punto de partida. Si está limpio, tal vez no sea el asesino, pero su cercanía con Paula podría darnos algo. Revisemos las redes otra vez, a ver si encontramos más fotos o menciones.

Juntos, profundizaron en las publicaciones de Paula, ampliando la búsqueda a perfiles de sus amigas del Alter Ego. Una foto en Instagram mostraba a Pere en un parque, con una sonrisa tensa que contrastaba con la calidez de Paula a su lado. Sin etiquetas, sin comentarios, pero suficiente para confirmar que había sido parte de su círculo.

Carles anotó la matrícula y la dirección, su mente trazando un plan para visitarlo más tarde, mientras Clara sentía un leve alivio al estar en ese momento junto al inspector, trabajando codo con codo y sin distracciones. Por fin su cabeza se vació de esos pensamientos negativos que la habían perseguido esos últimos días y volvió a disfrutar de la compañía de Pons.

Frente a la terminal, revisaban una vez más las redes sociales de Paula García, sus dedos deslizándose por pantallas llenas de recuerdos congelados. Las fotos con Pere Fernández seguían siendo escasas, pero cada imagen ofrecía un destello de intimidad que alimentaba sus sospechas. Clara, con el ceño fruncido, levantó la vista hacia Carles, una idea tomando forma en su mente.

—Pons, ¿y si voy sola a la dirección de Pere? —propuso con voz firme, pero con un matiz calculador—. Una presencia femenina podría suavizar la situación. No nos engañemos, una mujer bonita como yo puede hacer hablar a un hombre, aunque no quiera.

Carles arqueó una ceja, una sonrisa torcida asomando en su rostro.

—Vaya, Riera, ¿jugando la carta de la seducción? Ten cuidado, no quiero que me robes el protagonismo. Pero sí, tiene sentido. Ve, pero mantente en contacto.

Clara asintió, recogiendo su abrigo y las llaves del coche, un destello de determinación en sus ojos. Se despidió con un gesto rápido y salió hacia su vehículo, el motor ronroneando mientras se dirigía a las afueras de Girona.

Al llegar, aparcó frente a una casa modesta de fachada desgastada, las persianas entreabiertas dejando entrever una luz tenue. Tocó el timbre, y tras unos instantes de espera, la puerta se abrió con un chirrido. Allí estaba él: un hombre idéntico al de la foto del Instagram de Paula, rostro anguloso, mirada esquiva, sin lugar a duda era Pere Fernández. Llevaba una camiseta arrugada y el cabello despeinado, como si acabara de levantarse, sus ojos somnolientos cargados de una melancolía que no podía ocultar.

—Hola, soy Clara Riera, ayudante de la policía —se presentó con una sonrisa amable—. ¿Puedo pasar un momento? Es sobre la investigación de Paula García.

Pere la observó en silencio, su expresión tensa, pero finalmente asintió y se apartó para dejarla entrar. El interior era sencillo, con muebles desordenados y un olor a café rancio flotando en el aire. Se sentaron en un sofá raído, y Clara notó cómo él cruzaba los brazos, como si quisiera protegerse de algo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Pere, su voz apagada, apenas un murmullo.

Clara se inclinó ligeramente hacia adelante, adoptando un tono cálido pero profesional.

—Empecemos por el principio. ¿Cómo conociste a Paula?

Pere suspiró, pasándose una mano por el rostro.

—Fue por Instagram, hace unos cinco o seis meses. Me escribió un mensaje tras un comentario que hice en una foto de arte, algo sobre una exposición que ella había organizado. Me pareció

interesante, así que seguimos hablando. Al principio, todo fue casual. Quedamos para tomar un café, luego un paseo por la ciudad. Era simpática, siempre con esa energía suya, hablando de esculturas y colores. Pero después... empezó a querer más y yo no estaba seguro, así que iba actuando sobre la marcha.

Clara anotó mentalmente, manteniendo la voz suave.

—¿Qué tipo de cosas planeaba? ¿Algo específico que recuerdes?

Pere dudó, sus dedos tamborileando en el brazo del sofá.

—Una vez sugirió ir a un taller de cerámica en Figueres, dijo que sería divertido aprender juntos. Yo me excusé, dije que estaba ocupado con el trabajo.

—¿Y cómo evolucionó esa relación? —insistió Clara, notando cómo sus hombros se tensaban—. ¿Hubo algún momento de conflicto?

Pere bajó la mirada, su voz tornándose más baja.

—Sí, hubo un par de discusiones. Ella quería que definiera qué éramos, y yo le dije que aún no lo sabía. Se enfadó, me acusó de jugar con ella. La última vez que hablamos, hace unos días, estaba distante, pero no pensé que... sería la última vez que la vería.

Se interrumpió, tragando saliva. Clara inclinó la cabeza, suavizando su tono.

—¿Notaste algo sospechoso o fuera de lo habitual estando con Paula? ¿Algo en su grupo de amigos, en su comportamiento, que pudiera hacer pensar que alguien quisiera hacerle daño?

Pere negó con la cabeza, su voz firme por primera vez.

—No, nada. Todo era normal. Paula tenía el típico grupo de amigos de siempre, gente de exposiciones o de la universidad. Nada

sospechoso, nada fuera de lo común que me hiciera pensar que alguien querría matarla.

Clara asintió, pero antes de que pudiera seguir, Pere frunció el ceño, como si un recuerdo emergiera de las sombras.

—Espere...el día del crimen tuvimos otra discusión, en una exposición de esculturas de mármol, pasó algo raro. Estábamos juntos, y se le acercó un tipo un tanto extraño. Llevaba un sombrero viejo y un cuaderno antiguo bajo el brazo, lo recuerdo porque era el único que vestía así, como de otra época. Estuvieron hablando mucho rato, casi como si se conocieran. Yo no entendía de arte, así que decidí recorrer la exposición solo. Me cansé rápido y me senté en un banco fuera a esperarla. Salió sola después de un buen rato.

Clara se inclinó hacia adelante, su interés creciendo.

—¿Qué pasó cuando salió? ¿Cómo estaba ella?

Pere se removió incómodo.

—Estábamos un poco tensos. Discutimos, no de forma efusiva, pero yo estaba molesto. Ella me había pedido que la acompañara a esa exposición, aunque no entiendo nada de mármol, y luego me dejó de lado con ese tipo. Al final, Paula reconoció que se equivocó, que no debió ignorarme. Me explicó que ese hombre sabía mucho de arte, en especial del mármol de carrara. Decía que era casi obsesivo con el tema, pero que en un momento dado se despidió de prisa y se marchó sin más.

Clara palideció al escuchar lo del mármol de carrara y lo del hombre extraño con sombrero, un escalofrío recorrió su cuerpo. Podría ser la conexión que buscaba.

—¿Recuerdas si Paula te dijo cómo se llamaba?

—No, no lo mencionó, ni yo le pregunté.

—¿Recuerdas el nombre de la galería? —preguntó, su voz tensa.

Pere pensó un momento, rascándose la nuca.

—Sí, era Galerías Ferrer, aquí en Girona. Una de esas galerías pequeñas cerca del río.

Clara tomó nota, su mente acelerándose, aunque quería irse directa a esa galería debía acabar el interrogatorio.

—¿Dónde estabas el día del crimen, Pere? El viernes pasado, por la noche.

El cuerpo de Pere se puso rígido, sus ojos clavándose en los de ella con una mezcla de alarma y desafío.

—¿Soy sospechoso? ¿Por eso estás aquí?

—No, no lo eres —respondió Clara con calma, levantando las manos en un gesto conciliador—. Solo estamos contactando a las personas cercanas a ella. Necesitamos saber qué pasó.

Pere relajó los hombros ligeramente, aunque su mirada seguía esquiva.

—Estaba aquí, durmiendo. Esa tarde había tenido un partido de tenis con unos amigos en el club de las afueras. Llegué agotado, cené algo rápido y me acosté temprano, sobre las nueve. Paula me escribió antes, diciendo que iba a cenar, pero no me dijo con quién. Pensé que estaría con sus amigas, como siempre.

Clara tomó nota, su instinto captando la pausa tras mencionar la cena.

—¿Te pareció extraño que no dijera con quién iba?

Se encogió de hombros, evitando su mirada.

—No, no era raro. A veces salía con gente del trabajo o de sus exposiciones.

—¿Alguna vez te habló de alguien que pudiera haberle querido hacer daño? —preguntó Clara, inclinándose un poco más.

Él frunció el ceño.

—No, nadie, no creo que sea la típica persona a la que alguien quiera hacer daño, era una persona muy amable con todo el mundo.

Tras unos minutos más, decidió acabar el interrogatorio y no forzar la situación. Si era inocente, no quería asustarlo; si era culpable, no quería alertarlo más.

—Gracias por tu tiempo, Pere —dijo Clara, levantándose con una sonrisa educada—. Si recuerdas algo más, no dudes en contactarme.

Pere asintió en silencio, acompañándola a la puerta con pasos pesados. Clara salió al sol de la tarde, el aire fresco golpeándole el rostro mientras procesaba la conversación.

El chico no parecía ser el sospechoso, aunque su sexto sentido le decía que no había contado todo lo que sabía. Sin embargo, Clara sentía la imperiosa necesidad de salir corriendo a las Galeries Ferrer, debía averiguar quién era el hombre misterioso que abordó a Paula en la exposición, sus sospechas de nuevo se precipitaban como una tormenta sobre el nombre de Matteo.

Matteo d'Alessandro se encontraba en su habitación del Hotel Ultònia, el sol filtrándose por las cortinas a medio cerrar, proyectando rayas de luz sobre el maletín que reposaba en la silla.

Su mente haciendo un esfuerzo por mantenerse en el presente, pero esta, sin su permiso regresaba al pasado una y otra vez recreando todos los acontecimientos en un bucle incesante. La muerte de Laia Martí en la Catedral, confirmada por las noticias, era un golpe que lo había dejado tambaleante. ¿Quién era el responsable? ¿Y quiénes eran esas dos figuras que lo habían perseguido aquella tarde?

Desde el día de la persecución, tras el asesinato de Laia, Matteo había navegado por Girona como un fantasma, buscando refugio en sus rincones más íntimos. Tras huir de los jardines de la Catedral, se había refugiado en el Hotel Ultònia, un edificio elegante en el centro de la ciudad, con sus salones de madera oscura y el murmullo de huéspedes que parecían ajenos a su tormenta interna. Había pasado la tarde en su habitación, el maletín abierto sobre la cama, revisando papeles que hablaban de su legado en la academia de bellas artes de Roma, pero su mente volvía una y otra vez a Laia, a su sonrisa nerviosa en el Oval Café, a la promesa de un futuro que ahora se desvanecía como humo. La inquietud lo carcomía: ¿por qué lo seguían? No lo sabía, pero la presencia de esas sombras lo hacía mirar por encima del hombro, el corazón latiéndole con un ritmo irregular.

Matteo decidió salir, necesitando el bálsamo de la ciudad para calmar su mente. Paseó por el casco antiguo, sus calles empedradas resonando bajo sus pasos, el aroma a pan recién horneado mezclándose con el de la lluvia que había cesado por fin y el murmullo de los turistas y transeúntes.

Entró en el Museo de Historia de la Ciudad, donde las vitrinas de artefactos antiguos le recordaban la eternidad del arte, un contraste con la fragilidad de la vida. Se detuvo frente a una escultura medieval, su superficie pulida reflejando su rostro cansado, y por un instante, sintió que Laia estaría allí, discutiendo la técnica con él.

Pero la ilusión se rompió cuando notó una figura al fondo de la sala, un hombre con sombrero marrón, lo observaba desde las sombras.

¿Era él? Parecía una copia de sí mismo, ¿o su paranoia le estaba jugando una mala pasada? Matteo salió apresuradamente del local con el corazón acelerado.

Una vez calmado, decidió visitar el Museo de Arte para ocupar la mente, donde las obras de artistas catalanes le recordaban su juventud, pero ni la belleza de las pinturas logró disipar por completo el temor que ardía en su interior.

Al salir, atisbó en la distancia, entre los peatones, un sombrero que le resultaba familiar, un hombre que se camuflaba entre la multitud, con movimientos felinos.

¿Quién era? ¿Por qué lo seguía? Matteo estaba al borde de un ataque de pánico y de repente se encontró enfrente de las Galeries Ferrer, una pequeña galería cerca del río Onyar que había visto unos días antes y le había parecido interesante, decidió entrar, en un intento de escapar y buscar refugio.

El sol se filtraba a través de las altas vidrieras de Galeries Ferrer, tiñendo de oro el mármol blanco del busto que dominaba el centro de la sala. Era una escultura anónima, un rostro severo de un noble olvidado, con ojos tallados que parecían juzgar a los visitantes desde la eternidad de la piedra.

Matteo d'Alessandro se detuvo delante, quedándose en silencio, su mirada analizando la obra: los trazos sutiles del cincel, el juego de luces y sombras en la superficie pulida, los detalles que hacían cobrar vida a la materia inerte, como si el mármol guardara un susurro del alma del artista.

En ese momento, Paula García y su acompañante, Pere Fernández, entraron en la galería y ambos se detuvieron delante del busto, sus siluetas recortadas contra la luz que se derramaba como miel desde las ventanas.

Matteo se percató de que no estaba solo, y su atención se fijó en la joven.

Paula, con el cabello recogido en un moño desordenado y los ojos brillantes de curiosidad, observaba la escultura con una pasión que le recordó a Laia Martí: esa mezcla de reverencia y hambre por el arte, como si cada línea de mármol contara una historia que solo ella podía descifrar. Sin pensarlo dos veces, Matteo decidió romper el silencio, su voz grave resonando en la sala como un eco parecido al de las aulas de la Academia de Bellas Artes de Roma.

—Un busto como este no es solo piedra —dijo, con un tono que mezclaba autoridad y nostalgia—. Es un retrato del tiempo, de lo que se pierde en cada golpe del cincel. ¿Qué ve usted en él?

Paula se giró, sorprendida pero intrigada, sus ojos encontrándose con los de Matteo.

Pere, a su lado, frunció el ceño ligeramente, pero ella sonrió, ignorando su incomodidad.

—Veo un rostro que guarda secretos —respondió, su voz suave pero firme—. Los ojos parecen acusar, como si el noble supiera que su legado se desvanecería en el olvido. El mármol de Carrara le da esa pureza fría, pero los detalles en la mandíbula, los ojos, esa tensión... es como si estuviera a punto de hablar, de revelar algo que nadie quiere oír.

Matteo inclinó la cabeza, impresionado por su intuición.

—Exacto. El Carrara no perdona errores; es como el arte mismo, implacable. Yo soy Matteo d'Alessandro, profesor en la Academia de Bellas Artes de Roma. ¿Y usted?

—Paula García, estudiante de arte en la ciudad —dijo ella, extendiendo la mano un poco intimidada por el cargo que ostentaba el profesor—. Este es Pere, mi... amigo.

Pere saludó con un gesto seco, su expresión tensa, pero Matteo lo ignoró, centrado en Paula.

Hablaron de la escultura, de las técnicas renacentistas que el busto evocaba, de cómo el mármol de carrara había sido el lienzo de genios como Bernini.

La conversación fluyó con naturalidad, Paula compartiendo anécdotas de sus estudios y preguntas técnicas sobre la escultura, Matteo respondiendo con sus explicaciones y conocimientos sobre el mármol. Pere, incómodo por su falta de conocimiento en arte, se

excusó para recorrer la galería solo, dejando a Paula y Matteo absortos en su diálogo. La tarde pasó volando, el tiempo diluyéndose entre risas y debates apasionados, hasta que el sol comenzó a declinar y las sombras se alargaron en la sala.

Matteo, sin embargo, sintió un escalofrío. Al girarse para despedirse, vio una figura al fondo de la galería: un hombre alto, con pelo rubio y ondulado con un sombrero en la mano, parecido al suyo, que lo observaba desde la puerta, su presencia intimidante como un eco de un recuerdo borroso, aun así, decidió dirigirse con paso firme hacia él, pero al llegar al otro lado de la sala, no había nadie, solo encontró un sombrero colgado del brazo de una escultura. Lo cogió, y le temblaron las manos al ver bordado en él las siglas, «PF».

La inquietud lo invadió, un peso que le oprimía el pecho y que lo dejó sin aliento, volvió y se despidió apresuradamente de Paula, murmurando algo sobre una cita que no podía cancelar. Ella lo miró con sorpresa, pero él se alejó, se calzó el sombrero, guardó el cuaderno en el maletín y lo apretó contra su costado, dejando la galería con el corazón latiéndole con tanta fuerza que parecía salirse del pecho.

La figura rubia había desaparecido entre la multitud de la rambla, un mal presagio le invadió por dentro, ese hombre le resultaba familiar, su rostro, sus cabellos, pero no podía ubicarlo en sus recuerdos.

Al día siguiente Matteo d'Alessandro descendió al salón del Hotel Ultònia, donde el aroma a café recién molido y pan tostado flotaba en el aire, un bálsamo de tranquilidad contra la inquietud que lo había perseguido durante la noche.

Se sentó en una mesa apartada, junto a una ventana que daba a la calle, donde las primeras luces del día revelaban el ajetreo de la

ciudad. Pidió un desayuno sencillo —café con leche, un croissant y un periódico que apenas miró—, su mente aún atrapada en el laberinto de incertidumbre que lo envolvía, en las sombras que lo habían acorralado como dedos de mármol cerrándose alrededor de su garganta durante la persecución, y el hombre rubio misterioso de las galerías.

La televisión del salón, montada en la pared opuesta, emitía un murmullo bajo, un zumbido de noticias locales que Matteo ignoró al principio. Pero una palabra —«Asesinato»— lo hizo levantar la vista, el tenedor suspendido a medio camino de su boca.

La presentadora, con voz grave y profesional, relataba el hallazgo de una segunda víctima en los Jardines de los Alemanes, detrás de la Catedral. Matteo dejó de dar cuenta de su desayuno, el croissant prácticamente intacto sobre el plato, y le hizo un gesto a la camarera, una mujer de rostro amable y delantal manchado.

—Disculpe, ¿podría subir el volumen? —pidió, su voz ronca por el sueño interrumpido.

La camarera obedeció, y el sonido se amplificó, llenando el salón con el tono urgente de la noticia.

Matteo escuchó con atención, sus ojos fijos en la pantalla, analizando cada imagen: el cordón policial, la lluvia cayendo sobre la hierba, el contorno borroso del cuerpo bajo la sábana en la madrugada.

La presentadora describía la escena con detalles escuetos —una mujer de 28 años, Paula García, encontrada asesinada esta madrugada en los Jardines de los Alemanes—, pero cuando el nombre de la víctima apareció en la pantalla, Matteo sintió que el mundo se detenía.

Paula García. La joven de la galería, la que había debatido con él sobre el busto de mármol, la que había brillado con la misma pasión

que le recordó a Laia. Quedó en estado de shock, el café enfriándose en su taza, el salón girando a su alrededor. Otra víctima. Y ambas —Laia y Paula— habían estado durante las horas previas con él, conversaciones que ahora parecían malditas, ecos de un destino que lo arrastraba al abismo.

No era tonto. Sabía que la policía no tardaría en atar cabos: su reunión con Laia en Barcelona, su presencia en Girona, y ahora la muerte de Paula, una mujer que lo había conocido en una galería local.

¿Lo buscarían como sospechoso principal? El pensamiento lo golpeó como un cincel, pagó la cuenta con manos temblorosas, dejando un billete sobre la mesa sin esperar cambio. Salió del salón a toda prisa, el corazón latiéndole con fuerza, y se dirigió de vuelta a su habitación, el maletín apretado contra su costado como un escudo del que nunca se separaba.

En la privacidad de su habitación, se dejó caer en la cama, la lluvia volviendo a caer contra la ventana como un velo que ocultaba el mundo. ¿Quién era el hombre del pelo rubio? ¿Cómo podía ser que dos chicas con las que había tenido contacto en esos días, horas después, estuvieran muertas, y ambas como parte de unos asesinatos macabros? La coincidencia era demasiado perfecta, demasiado cruel. ¿Era él el hilo común, o solo una pieza en un rompecabezas más grande? Matteo se levantó, paseando por la habitación como un animal enjaulado, su mente un torbellino de dudas y miedos que no podía esculpir en palabras.

Capítulo 6

Clara Riera caminaba junto a Carles Pons por las calles empedradas, rumbo a las Galeries Ferrer bajo un cielo despejado, con el eco de la conversación con Pere Fernández aún resonando en su mente.

La galería, enclavada cerca del río Onyar, se alzaba como un templo silencioso consagrado al arte. Las vidrieras altas filtraban la luz en haces dorados que acariciaban las esculturas expuestas, y el mármol parecía respirar bajo el murmullo de los visitantes. Al entrar, Clara sintió una punzada en el estómago, como si el aire mismo estuviera cargado de presagios.

Fueron recibidos por una mujer de rostro afable y voz suave, la encargada de la galería, quien los condujo a una pequeña sala de seguridad donde se almacenaban las grabaciones de las cámaras. Carles, con su tono firme pero cordial, explicó la situación, y tras unos minutos de gestiones, comenzaron a revisar las imágenes del día en que Paula García había visitado la exposición.

En la pantalla, la figura de Matteo d'Alessandro apareció con nitidez: alto, elegante, con su abrigo largo, su bufanda oscura y su maletín. Caminaba junto a Paula, que irradiaba entusiasmo mientras señalaba esculturas y comentaba detalles con gestos animados. Matteo sonreía, su expresión más relajada que en días recientes, como si por un momento hubiera encontrado paz en medio del caos.

Pero entonces, algo cambió.

En una de las tomas, Matteo se detuvo bruscamente. Su cuerpo se tensó, su mirada se clavó en una figura al fondo de la sala: un hombre rubio, de estatura media, con un sombrero parecido al suyo en la mano. La imagen era borrosa, pero su postura, su forma de

moverse, tenía algo inquietante. Matteo se dirigió hacia él con paso decidido, pero al llegar al lugar donde lo había visto, no había nadie. Solo una escultura donde se hallaba colgado el sombrero del visitante anónimo, momento en el que Matteo inspeccionó el sombrero lo que le provocó un sobresalto, que hizo que volviera con la cara descompuesta como un cuadro de Dalí, y se despidiera apresuradamente de Paula.

Clara se inclinó hacia la pantalla, sus ojos fijos en la figura fugaz. No lo reconocía, pero algo en su fisonomía —la forma de los hombros, el perfil apenas visible de la cara— le provocó un escalofrío. Un recuerdo enterrado, una sombra del pasado que se removía como polvo bajo el cincel afloró y explotó como un volcán en su interior.

—¿Estás bien? —preguntó Carles, notando su expresión.

Clara asintió, pero su voz era apenas un susurro.

—Sí..., solo pudo contestar.

Pasaron el resto de la mañana revisando las grabaciones por si encontraban algo sospechoso, quizás la figura misteriosa hubiera estado antes en la galería, hablaron con el personal, buscaron testigos. Nadie recordaba al hombre rubio. Nadie había notado nada extraño, hasta que en un momento dado mientras Clara y Carles revisaban las grabaciones de seguridad, un joven vigilante de la galería, de rostro anguloso y uniforme impecable, se acercó con cierta timidez.

—Disculpen —dijo, con voz baja—. No sé si será relevante, pero el día que vino esa chica... la que fue asesinada... hubo algo extraño.

Carles se giró, atento.

—¿A qué te refieres?

—Un hombre rubio, de estatura media, que había estado allí, me pareció que había olvidado su sombrero, y justo cuando cruzaba la puerta lo detuve para advertirle de su olvido.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Clara, con el pulso acelerado.

—Que no era suyo. Que lo había encontrado en la galería y que lo había dejado en la escultura. Lo dijo con un acento muy marcado... italiano. Me llamó la atención. Parecía nervioso, pero educado. Se marchó enseguida.

Justo en ese momento, el profesor, ese tal Matteo del que habláis, lo vi con el sombrero en la mano, lo revisó, lo dejó de nuevo donde lo había encontrado y salió de la galería, parecía alterado. Caminaba rápido, como si buscara a alguien.

Clara y Carles intercambiaron una mirada. El acento, el sombrero, la figura que había alterado a Matteo... todo encajaba.

—¿Recuerdas su rostro? —insistió Carles.

El vigilante dudó.

—No del todo. Pero tenía una mirada intensa. Como si estuviera observando algo más allá de las esculturas.

Clara sintió un escalofrío. No lo reconocía, pero algo en la descripción le removía el estómago, una grieta que se abría lentamente en su memoria.

Mientras tanto, en una vieja librería del casco antiguo, Matteo d'Alessandro hojeaba con manos temblorosas un volumen encuadernado en cuero sobre la obra de Gian Lorenzo Bernini. El aire olía a papel viejo y madera encerada, y el silencio era absoluto, roto solo por el aire al pasar las páginas.

En una página marcada con una cinta roja, encontró lo que buscaba: una cronología de las últimas obras de Bernini. Sus ojos se clavaron en una lista:

1. *David.*
2. *Apolo y Dafne.*
3. *La Verdad desvelada por el Tiempo.*
4. *El rapto de Proserpina.*
5. *El éxtasis de Santa Teresa.*

Matteo se quedó helado. Si el asesino seguía esa lista, ya había recreado la 5ª y 4ª. Quedaban tres. Tres cuerpos. Tres posturas. Tres muertes, un asesino en serie en toda regla.

Cerró el libro con un golpe seco, el corazón latiéndole con fuerza. ¿Era todo esto una galería macabra del siglo XXI? ¿Una exposición de muerte inspirada en el arte? ¿Debía acudir a la policía tras este posible hallazgo? ¿Si lo hacía, lo detendrían? Un sinfín de preguntas le arrasaron la mente como un torrente desbordado.

En ese momento, el teléfono de Carles vibró. Era Sandra.

—Inspector, acaban de informar que Matteo ha sido visto en una librería del casco antiguo. El librero lo ha reconocido por una foto en el periódico, dice que ha preguntado por libros sobre Bernini.

Carles se incorporó de inmediato.

—¿Nombre de la librería?

—Librería Antigua Fontana. Calle del Pou Rodó.

—Vamos para allá —dijo Carles, colgando y mirando a Clara.

Llegaron a la librería en menos de treinta minutos, gracias a que ese día la ciudad respiraba sin agobios y el tráfico era fluido. El local

estaba en penumbra, con estanterías que se alzaban como columnas de una catedral de papel. El librero, un hombre mayor con gafas gruesas, los recibió con gesto amable.

—¿Matteo d'Alessandro? Sí, estuvo aquí. Buscaba libros sobre Bernini. Se marchó hará unos 10 minutos. Parecía... inquieto.

Carles maldijo en voz baja — ¿Sabe en qué dirección se fue?

El librero se encogió de hombros negando con la cabeza.

Clara, sin perder tiempo, decidió tomar otro rumbo.

—Voy a la biblioteca de la universidad. Quizás encuentre algo más sobre Bernini. O sobre él.

Carles asintió.

—Yo tengo que ver a Martorell. Nos vemos luego en la comisaría.

La biblioteca de la Universidad de Girona estaba casi vacía. Clara caminó entre los pasillos silenciosos, buscando volúmenes sobre Bernini. Pero fue en una pared lateral, donde colgaban fotos de antiguos alumnos internacionales, donde se detuvo en seco.

Allí, entre los rostros de estudiantes que habían pasado por la universidad, estaba él.

Pietro Fiore.

El nombre estaba escrito en una placa dorada bajo la foto. El rostro, más joven, pero inconfundible: cabello rubio, mirada intensa, sonrisa apenas esbozada.

Clara sintió que el aire se volvía denso. Un flash breve, como una chispa en la oscuridad, la golpeó: Pietro en Roma, en el taller, acercándose demasiado, sus manos, su voz, el miedo.

Se apoyó en la pared, cerrando los ojos. El pasado no solo había regresado. Estaba aquí. En Girona.

En la comisaría, el comisario Martorell tamborileaba los dedos sobre la mesa, su rostro tenso.

—Pons, esto se nos escapa. Dos víctimas, un patrón artístico, y aún no tenemos al sospechoso principal. ¿Dónde está Matteo?

Carles, con el cuaderno de bocetos en la mano, respondió con firmeza.

—Está en Girona. Lo sabemos. Pero hay algo más. Alguien lo está manipulando, siguiendo o intimidando, sus movimientos últimamente están siendo erráticos.

Martorell se levantó, ajustándose las gafas.

—Si hay una tercera víctima, la prensa nos va a devorar y nos van a colgar a nosotros. Encuentra a ese hombre, Pons. Y hazlo ya.

La tarde comenzaba a desvanecerse cuando Clara cruzó las puertas de la comisaría. El aire del vestíbulo, cargado de café recalentado y papeles húmedos por la lluvia, la envolvió como un muro de realidad tras la sacudida emocional vivida en la biblioteca. Caminó con paso firme, aunque por dentro aún sentía el temblor de la imagen que había encontrado: el rostro de Pietro Fiore, congelado en una fotografía de juventud, colgado en la pared como un trofeo olvidado.

Al fondo del pasillo, Carles salía del despacho del comisario Martorell, con el ceño fruncido y los hombros tensos. Al verla, su expresión se suavizó apenas, pero no dijo nada. Clara se acercó, intentando recomponerse.

—¿Alguna novedad? —preguntó ella, con voz más serena de lo que esperaba.

Carles negó con la cabeza.

—Nada útil. Martorell está presionando. Quiere resultados. Quiere a Matteo.

Clara bajó la mirada, asintiendo en silencio. No se atrevió a contarle lo que había visto. No aún. El nombre de Pietro seguía latiendo en su pecho como una herida mal cerrada.

—¿Y tú? —preguntó Carles, con suavidad—. ¿Encontraste algo?

Clara dudó un instante, luego negó.

—No. Solo... recuerdos.

Carles la observó un segundo más, como si intuyera que había algo más detrás de sus palabras. Pero no insistió.

—Vámonos —dijo finalmente, con un suspiro—. Este día ya ha sido bastante largo.

Clara asintió, y juntos salieron de la comisaría, envueltos por el aire frío de la noche que caía sobre Girona como un telón de terciopelo. El murmullo lejano del río Onyar acompañaba sus pasos hasta el coche, donde el silencio se instaló de nuevo, cargado de todo lo que aún no se habían dicho.

El coche avanzaba por las calles silenciosas de Girona, envuelto en la penumbra de una noche que parecía contener el aliento. Las luces navideñas parpadeaban en las fachadas, reflejándose en los cristales del vehículo como estrellas temblorosas. Dentro, el silencio entre Clara y Carles era denso, pero no incómodo. Era el tipo de silencio que se instala cuando las palabras pesan demasiado.

Carles mantenía las manos en el volante, la mirada fija en la carretera, pero de vez en cuando lanzaba una mirada de reojo a Clara, que observaba el paisaje urbano sin realmente verlo.

—¿Estás bien? —preguntó finalmente, con voz suave.

Clara tardó en responder. Su mente seguía atrapada en la imagen del hombre rubio en la Galería Ferrer, en el escalofrío que le recorrió la espalda al ver aquella figura que parecía arrancada de un recuerdo.

—No lo sé —dijo al fin, con un suspiro—. Hoy ha sido... extraño. Ese hombre en la galería... no lo reconocí, pero algo en él... me removió cosas que creía enterradas.

Carles guardó silencio unos segundos, respetando el ritmo de sus pensamientos.

—¿De Roma? —preguntó, sin presionar.

Clara asintió, su voz apenas un susurro.

—Sí. De la academia. Hay... hay personas que marcaron mi paso por allí. No todas de forma positiva.

Carles giró ligeramente el rostro hacia ella, sin perder la atención en la conducción.

—¿Alguien en particular?

Clara dudó. El nombre le pesaba en la lengua como una piedra. Pero algo en la noche, en la calidez de la voz de Carles, le dio el valor para pronunciarlo.

—Pietro Fiore —dijo, y el nombre quedó suspendido en el aire como una nota disonante—. Fue... un compañero. Muy talentoso. Muy ambicioso. Matteo lo admiraba. Todos lo hacían.

Carles no dijo nada, pero su gesto se endureció ligeramente.

—¿Y tú?

Clara bajó la mirada, sus dedos jugando con el borde de su abrigo.

—Yo también. Al principio. Pero... las cosas cambiaron. No quiero hablar de eso ahora. Solo... cuando vi al hombre en la galería, algo en su postura, en sus facciones, aunque borrosas, me recordó a él. Y eso me ha tenido inquieta todo el día.

Carles asintió lentamente, sin insistir.

—Gracias por confiarme eso, Clara. Cuando quieras hablar, aquí estaré. No solo como compañero, sino como alguien que te aprecia mucho.

Clara lo miró, sus ojos brillando a la luz tenue del salpicadero.

—Gracias, Carles.

Hubo una pausa, y entonces Clara, con una mezcla de timidez y necesidad, preguntó:

—Ya que hablamos de figuras misteriosas, la mujer con la que comías el otro día... ¿quién era?

Carles sonrió, como si de repente se le hubiera revelado el motivo por el que Clara parecía haber estado molesta con él.

—Mi hermana, Anna. Vino a verme desde Barcelona. Estábamos poniéndonos al día. Nada más, dijo con una media sonrisa.

Clara te aprecio mucho, no soy el tipo de persona que intima o juega con alguien para hacerle daño.

Clara no respondió, pero su cuerpo se relajó ligeramente, como si una tensión invisible se hubiera disipado. El alivio fue interno, profundo, aunque no lo expresó con palabras.

Al llegar frente al piso de Clara, el coche se detuvo. El silencio se hizo más intenso, cargado de algo que ambos sabían que estaba ahí.

Carles se inclinó ligeramente hacia ella, y sus miradas se encontraron. Fue un gesto lento, sin prisas, como si el tiempo se hubiera detenido. Sus labios se encontraron, y el beso fue suave,

sentido, agarrados con tal delicadeza, como el que sostiene una muñeca de porcelana con miedo a que se rompa si aprieta demasiado.

Al separarse, Carles la miró con ternura.

—¿Quieres que suba? Podemos preparar algo de cenar.

Clara dudó, su mirada perdida en la noche que envolvía el casco antiguo.

—Mejor no —dijo, con voz baja—. Hoy ha sido... un día extraño. Necesito estar sola. Pero gracias.

Carles asintió, sin insistir.

—Lo entiendo. Descansa, Riera.

Ella bajó del coche, y mientras subía las escaleras de su edificio, sintió que el beso había encendido algo en su interior. Pero también que el nombre de Pietro Fiore, pronunciado por primera vez en años, había abierto una grieta que no sabía si estaba lista para enfrentar.

La luz de la mañana se filtraba por las cortinas del estudio de Clara Riera con una suavidad casi líquida, tiñendo el mármol a medio tallar de tonos dorados. El silencio era absoluto, roto solo por el murmullo lejano de la ciudad que despertaba lentamente. Clara se desperezó con lentitud, como si su cuerpo aún estuviera atrapado en el sueño profundo que, por primera vez en días, no había sido interrumpido por pesadillas ni sobresaltos.

Se preparó un café con calma, dejando que el aroma llenara el aire, y colocó sobre una rebanada de pan crujiente un tomate maduro que frotó con delicadeza, como si pintara un lienzo. Añadió unos taquitos de jamón, y se sentó junto a la ventana, observando cómo la ciudad despertaba bajo un cielo grisáceo y un frío glacial, que notó al abrir la ventana para calcular la temperatura exterior, cerró de inmediato con las manos ya heladas, con las que rodeó la taza de café humeante.

El desayuno era sencillo, pero reconfortante. Por unos minutos, se permitió no pensar en asesinatos, en mármol ensangrentado, en rostros borrosos. Solo en el sabor del café, en el crujido del pan y en el calor tenue que empezaban a emitir los radiadores al encenderse la calefacción.

Después, se dirigió al bloque de mármol que tenía en proceso. La figura del rey Salomón empezaba a emerger de la piedra, guiada por un cuadro que reposaba sobre un atril cercano. Clara se colocó los guantes, ajustó la luz, y tomó el cincel con firmeza. Pero apenas dio unos golpes, su mente se desvió. El rostro del hombre en la Galería Ferrer volvía a ella como una sombra persistente. No podía concentrarse. El mármol parecía resistirse, como si supiera que no era el momento.

Suspiró, dejó el cincel sobre la mesa, y se quitó los guantes. No encontraría respuestas allí, encerrada entre sus herramientas. Necesitaba moverse, buscar, hablar. Cogió el móvil y llamó a Carles.

—¿Ya estás en la comisaría? —preguntó, con voz aún somnolienta.

—Todavía no. Me estoy vistiendo. ¿Te paso a buscar?

—Sí, por favor. En menos que canta un gallo estoy lista.

Veinte minutos después, el coche de Carles se detenía frente al portal. Clara subió, y durante el trayecto, la conversación fue ligera, casi banal, como si el día anterior no hubiera existido.

—¿Sabes qué película vi anoche? —dijo Carles, mientras giraba la calle—. *Master and Commander*. Me encantan las batallas históricas y épicas, la estrategia, y las vestimentas de época... Aunque reconozco que me dormí a la mitad.

—¿Otra vez Russell Crowe? —bromeó Clara—. ¿No te cansas de tanta batalla, sangre y muerte? ¿No tienes suficiente con el trabajo?

—Me evade de la realidad, me aleja de nuestra época y de nuestros problemas del siglo XXI. Aunque, si te soy sincero, prefiero

salir a correr por la montaña para olvidarme del mundo, el cine es mi plan B cuando estoy demasiado cansado para salir.

—¿Y cuál es tu montaña favorita?

—El Puigmal. Me gusta porque es exigente, pero accesible, a parte que fue la primera montaña conocida a la que subí y le guardo un aprecio especial. Y las vistas... parecen sacadas de un cuadro de Caspar David Friedrich, me sentí como si fuera el protagonista de su obra, «El caminante sobre el mar de nubes», deleitándome con el esplendoroso paisaje y a la vez empequeñecido ante la inmensidad de la naturaleza.

Clara sonrió. Le gustaba esa faceta de Carles, la que hablaba de montañas, sin mencionar cadáveres ni persecuciones, y verlo con esa pasión desbordante, le hacía recordar que había mucho más dentro de él que un mero inspector de policía.

Llegaron a la comisaría, y tras saludar a Sandra y recoger un par de informes, Clara se dirigió al despacho de Carles. Allí, sobre la mesa, reposaba el cuaderno de bocetos que habían encontrado junto al cuerpo de Paula García.

Clara lo abrió con cuidado, como si temiera que las páginas pudieran romperse. Su intuición le decía que allí había algo más, algo que aún no habían visto. Revisó cada uno de los cinco dibujos, comparándolos con obras que conocía. Tras una hora de analizar los bocetos y buscar esculturas barrocas con idéntica forma, lo vio claro: todas eran esculturas de Gian Lorenzo Bernini. Las cinco que Matteo había descubierto en la librería. Las cinco que parecían formar parte de un patrón.

—Todas son de Bernini —dijo, pensativa.

Carles se acercó, observando los trazos.

—¿Crees que hay un orden?

—No lo sé. Pero si hay un patrón, quizás podamos anticiparnos.

Decidieron encerrarse en el despacho y hacer lo que tantas veces habían visto en películas. Colgaron fotos de las víctimas y el sospechoso en una pizarra, trazaron líneas entre ubicaciones, anotaron las fechas de cada asesinato, en un mapa de Girona marcaron los lugares de los crímenes, buscando una lógica, una geometría oculta. Pero nada encajaba, estaban atascados.

—El único hilo que tenemos ahora mismo —dijo Carles, apoyándose en la mesa— es Matteo. Si lo encontramos, quizás podamos entender qué está pasando.

El tiempo se les había escurrido entre las manos, el reloj marcaba ya las 13:15. Clara se estiró, sintiendo el peso de la mañana en los hombros.

—¿Comemos algo? —propuso Carles—. Hay un sitio cerca que hacen unos canelones con bechamel gratinados al horno para morirse...bien quizá esta no era la mejor expresión dadas las circunstancias, pero me refiero a que son unos canelones que estoy segura te van a hacer llorar de buenos que están.

—Me apunto. Pero yo soy más de sushi.

—¿Sushi? ¿Pescado crudo? —bromeó él—. A mí me gustan las cosas que han pasado por el fuego —dijo con una sonrisa.

—Deberías probarlo, seguro que te encantaría. También soy amante del vino tinto, las películas lentas y los días nublados.

—Entonces eres oficialmente incompatible con mi vida de montaña y cine bélico, aunque nunca digo que no a un buen Ribera del Duero.

Rieron, y durante la comida, hablaron de cosas pequeñas: libros, música, países visitados y otros que habían quedado pendientes.

Pero como siempre, la conversación acabó derivando en el caso.

—¿Y si volvemos a la librería? —dijo Clara, mientras rebañaba el plato de canelones—. Ayer fuimos con prisas, quizás el librero recuerde algo más.

Carles asintió.

—Buena idea.

Regresaron a la Librería Antiga Fontana. El librero, al verlos, los recibió con una sonrisa cansada.

—Ayer vinimos con mucha prisa, ¿podría contarnos algo sobre lo que hizo Matteo en su librería?

—Sí, claro, aunque no creo que les sirva de mucha ayuda, él no pidió nada, solo preguntó por la sección de arte barroco.

—¿Pudo ver qué libro estuvo mirando? —preguntó Clara.

— Por supuesto, no me tengan por un cotilla, simplemente al marcharse dejó el libro sobre la mesa donde había estado. Por lo que fui y lo guardé en su sitio. Sé exactamente cuál era. Llevo más de treinta años aquí. Esta librería es como mi casa, a decir verdad, es mi casa, paso más horas en ella que en mi domicilio.

El librero se dirigió a una estantería alta, sacó un volumen encuadernado en cuero, y lo colocó sobre la mesa con delicadeza.

—Aquí lo tienen. Tómense su tiempo.

Los dejó solos. Clara abrió el libro, y al pasar las primeras páginas, encontró un hilo rojo, usado como punto de lectura. Estaba colocado justo en la obra *La Verdad desvelada por el Tiempo*.

Clara se quedó en silencio. Esa escultura aparecía en el cuaderno de bocetos que había revisado por la mañana. No podía ser una coincidencia.

—Carles... si esto es lo que estaba mirando Matteo... ¿y si está siguiendo un patrón? Puede que haya otro asesinato si no lo detenemos a tiempo, puede que tengamos otro cadáver en la ciudad en un abrir y cerrar de ojos y me atrevería a decir que sé en qué postura lo encontraremos.

Carles se tensó.

—Tenemos que encontrarlo. Ya.

Pero no sabían dónde estaba. Ni qué planeaba. Solo sabían que el tiempo corría en su contra.

Eran las seis de la tarde cuando Clara decidió dejarlo por hoy. Volvió a su piso, encendió la chimenea y puso música suave —un piano lento, casi susurrado— que llenó el espacio con una calidez íntima. Se colocó frente al bloque de mármol donde el rey Salomón, esta vez, sus manos fluyeron. El cincel golpeaba con precisión, y la figura tomaba forma con una fuerza que parecía brotar de su interior. Clara se evadió, se sumergió en la piedra, en el ritmo, en el silencio roto solo por los golpes acompasados.

Mientras tanto, Carles llegaba a su piso. Se quitó la chaqueta, dejó las llaves sobre la encimera y, sin pensarlo demasiado, se cambió de ropa. Mallas térmicas, camiseta técnica, cortavientos, y el frontal de luz que ajustó sobre su cabeza como si se preparara para una expedición. Necesitaba correr. Respirar. Alejarse del caso, de la comisaría, de las preguntas sin respuesta.

Corría por los senderos que llevaban al Castell de Sant Miquel. El aire frío le cortaba las mejillas, pero no le importaba. No se cruzó con nadie. Solo el sonido de sus propias pisadas sobre la tierra húmeda, el ritmo de su respiración agitada, el latido constante en las sienes. El frontal iluminaba el camino con un haz de luz atravesando la oscuridad. Cada zancada lo alejaba un poco más del peso del día.

En lo alto del castillo, Carles se detuvo. Subió a la torre y se quedó allí unos minutos, recuperando el aliento. Las luces de Girona se extendían bajo él como motas de polvo suspendidas en la noche. El silencio era absoluto. Solo el viento, y su pecho que subía y bajaba con cada bocanada de aire. Pensó en Clara unos instantes. Al bajar, sacó el móvil. Dudó. Quería escribirle.

En ese momento, Clara, absorta en su escultura, no se dio cuenta del paso del tiempo. Cuando levantó la vista, la noche ya se había instalado tras los cristales. El fuego crepitaba, y el mármol brillaba con un resplandor cálido. No había cenado. Decidió pedir sushi a domicilio, y mientras esperaba, se sirvió una copa de vino tinto y se sentó frente a la chimenea, dejando que el calor le acariciara las piernas y la música la envolviera como un manto cálido.

Clara, con la copa en la mano, se dejó caer suavemente en el sofá. El vino le calentaba el pecho, y por primera vez en días, sentía una paz real. Y entonces, recordó. La cena con Carles. Sus risas, sus miradas, el beso suave, sus dedos cálidos acariciándola. Se sorprendió deseando que él estuviera allí, sentado a su lado, compartiendo ese vino, ese silencio. Tomó el móvil, impulsiva. Quería escribirle. Pero al ver la hora en la pantalla, dudó. No era momento de molestar. Aunque se muriera de ganas.

Finalmente, Carles llegó a casa, se duchó con agua caliente y preparó la cena con precisión casi ritual. Una ensalada de lechuga fresca, cebolla, aceitunas, dados de queso de cabra y un poco de atún. De segundo, una tostada de pan de payés con aguacate, rúcula, salmón ahumado y tiras de huevo duro, todo regado con un buen chorro de aceite de oliva. Para terminar, un yogur natural con nueces y cuatro pepitas de chocolate negro 80%. Mientras cenaba, en el silencio de su piso, Clara le asaltó de nuevo en sus pensamientos, recordó el beso que aún sentía como un eco cálido

en sus labios. Le habría gustado compartir esa cena con ella. Hablar de cualquier cosa. Reírse de sus obsesiones culinarias. Pero no era el momento.

Después, se tumbó en el sofá y puso un capítulo de una de sus series favoritas. Espadas, castillos, batallas épicas. El tipo de historia que lo hacía desconectar, pero a mitad del episodio, sus ojos empezaron a cerrarse, el cuerpo pedía descanso. Apagó la televisión, se lavó los dientes, y se metió en la cama, solo con el silencio y Clara en sus pensamientos.

El timbre sonó en casa de Clara. El pedido había llegado. Se lo comió despacio, saboreando cada bocado como si fuera parte de un ritual. Al acabar, se lavó los dientes, separó los troncos ardientes de la chimenea para que se apagaran, y se metió en la cama. Durmió profundamente.

Capítulo 7

La mañana comenzó como tantas otras desde que el caso había estallado. Clara y Carles se encontraron en la comisaría, con rostros serios y gestos contenidos. El café de máquina, tibio y amargo, acompañaba el repaso de las últimas notas. Nada nuevo. Ninguna pista. Solo el peso del silencio que se instalaba entre ellos cada vez que el nombre de Matteo aparecía en los informes.

—¿Vamos al piso de Paula? —preguntó Carles, cerrando su libreta.

—Sí, buena idea. Las llaves están en la morgue, junto con sus pertenencias, como ya se han analizado y están limpias, las podemos usar y ver si allí encontramos algún hilo del que tirar.

Recogieron el llavero, aún etiquetado con el número de caso, y salieron hacia el barrio donde vivía Paula García. El edificio era antiguo, de fachada desgastada, pero con cierto encanto. Al subir las escaleras, Clara sintió una punzada en el estómago. Entrar en el espacio íntimo de alguien sin permiso siempre tenía algo de profanación.

La puerta se abrió con un clic seco que resonó en el rellano. El interior del piso los recibió con una calidez inesperada. Era bonito, decorado con gusto, acogedor, los muebles eran más bien viejos, de madera maciza y marquetería, con detalles que hablaban de otra época. Una lámpara de pie con pantalla de tela, un sofá de terciopelo verde, una radio antigua sobre una cómoda. Todo parecía sacado de finales de los años ochenta o principios de los noventa.

—No parece el piso de una chica de 28 años —murmuró Clara, recorriendo el salón con la mirada.

—Es como si hubiera intentado reconstruir, aquí y ahora, el refugio emocional de su infancia —murmuró Carles—. Un espacio donde los

problemas no existían... o al menos no los que trae consigo la vida adulta.

Revisaron papeles, agendas, cajones, armarios. Todo estaba en orden. No había notas extrañas, ni mensajes ocultos, ni objetos fuera de lugar. Solo la vida pausada de una joven que amaba el arte, que coleccionaba postales de museos, que guardaba entradas de exposiciones como si fueran un tesoro.

—No hay nada —dijo Clara, cerrando el último cajón.

Clara se quedó unos segundos mirando una fotografía enmarcada sobre la repisa: Paula y sus padres, sonrientes, delante de la iglesia de Santa María del Mar, en Barcelona.

Al salir del piso, el sol ya estaba alto. En la comisaría, Sandra les esperaba con una novedad.

—Hemos confirmado dónde se hospeda Matteo —dijo, entregando una hoja impresa—. Hotel Ultònia. Habitación 223.

Carles no dudó. Solicitó una orden de registro, que fue concedida con urgencia. El juez, sintiendo la presión de la policía, la prensa y la falta de avances, no puso objeciones, no deseaba que hubiera más víctimas y había indicios suficientes para poder emitir la orden. Solo quería poner fin a todo cuanto antes y devolver a la ciudad la calma que le había sido arrebatada.

Se dirigieron al hotel a toda prisa, un edificio elegante en pleno centro, con una recepción silenciosa y una moqueta antigua que amortiguaba los pasos. Carles se acercó al mostrador.

—Buenos días, Jordi, dijo Carles después de fijarse en la plaquita de la solapa de la americana del recepcionista. Necesito que me confirmes si un tal Matteo d'Alessandro se hospeda aquí, según nuestras investigaciones debe hallarse en este hotel.

El recepcionista, un hombre joven de gesto profesional, vaciló un momento, y con un hilo de voz, contestó que no podía dar información personal a nadie, ni si quiera a la policía; la protección de datos nos la tomamos muy en serio, aclaró el joven.

Acto seguido Carles, esperando que esa fuese la respuesta, le mostró la orden del juez al recepcionista.

Jordi consultó el sistema.

—Sí, habitación 223. Está registrada a ese nombre.

—¿Podría llamar a la habitación antes de subir?

El recepcionista asintió, marcó el número, y esperó, el tono sonó varias veces. Nadie respondió.

El recepcionista, llamó al encargado, y juntos subieron por el ascensor hasta la segunda planta. El pasillo estaba en silencio, con puertas numeradas y moqueta roja cubriendo todo el piso. Al llegar a la 223, el encargado sacó una tarjeta magnética, la deslizó por el lector, y tras el clic, abrió la puerta.

—Les dejo solos —dijo, retirándose con discreción.

Clara y Carles entraron. La habitación estaba en penumbra, con las cortinas entreabiertas. Todo parecía en orden. Demasiado en orden.

—Vamos a ver qué encontramos —dijo Carles, cerrando la puerta tras de sí.

La habitación 223 del Hotel Ultònia estaba en penumbra, con las cortinas entreabiertas y el aire cargado de un perfume masculino, seco y elegante, con notas de sándalo. Clara y Carles entraron con cautela, como si el espacio pudiera revelar secretos solo si se le hablaba en voz baja.

Todo parecía en orden. Demasiado en orden. La cama hecha, la maleta cerrada, la ropa doblada con precisión sobre una silla. Pero había algo en el ambiente que no encajaba. Una calma artificial. Un silencio que parecía contener algo más.

Clara comenzó a revisar los cajones del escritorio, mientras Carles inspeccionaba el armario. Tras unos minutos, Clara encontró una postal. Estaba colocada bajo una libreta, como si alguien la hubiera

dejado allí sin intención de esconderla, pero tampoco con ánimo de dejarla a la vista.

La imagen era inconfundible: *El éxtasis de Santa Teresa*, la escultura de Bernini que había marcado el primer asesinato. Clara la sostuvo entre los dedos, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba. En el reverso, en el apartado del remitente. Solo una frase escrita con letra firme:

«El arte exige sacrificios».

Y, una cifra: **17.6**

Clara se giró hacia Carles, que ya se acercaba al escritorio.

—¿Lo ves? —dijo ella, mostrando la postal—. Es la misma escultura. Y ese número... otra vez.

Carles la tomó, la observó en silencio. No sabían si Matteo la había recibido o si era suya. Pero estaba allí. Eso bastaba para poder relacionarlo con los asesinatos y si lo encontraban, poder retenerlo durante 72 horas antes de ser pasado a disposición judicial siempre y cuando pudieran encontrar pruebas sólidas para condenarlo, en caso contrario quedaría libre de nuevo y quizás desaparecería para siempre.

Pasaron quince minutos revisando el resto de la habitación. Nada más parecía fuera de lugar. Pero la postal era suficiente para encender todas las alarmas.

Y entonces, se oyó el clic.

La puerta se abrió con un sonido seco, y ambos se giraron al instante. Allí, en el umbral, estaba Matteo d'Alessandro. Alto, con el abrigo aún puesto, la bufanda deshecha, el rostro pálido. Sus ojos se cruzaron con los de Clara, y por un instante, el tiempo pareció detenerse.

La escena se congeló. Nadie se movía. Nadie hablaba.

Clara sintió que el aire se volvía denso, como si el pasado, el miedo, la sospecha y la verdad se hubieran condensado en ese

instante. Matteo la miraba con una mezcla de sorpresa y algo más difícil de descifrar. Culpa, quizás.

Y entonces, corrió.

Giró sobre sus talones y salió disparado por el pasillo. Carles reaccionó primero, seguido por Clara, que salió tras él mientras se guardaba la postal en el bolsillo de su chaqueta. La persecución fue rápida, tensa, con el eco de los pasos amortiguados por la moqueta y los muros del hotel.

Matteo bajó por las escaleras de emergencia, empujando la puerta metálica que daba acceso al parking subterráneo. Clara y Carles lo seguían de cerca, esquivando esquinas, bajando escalones de dos en dos y de tres en tres, sin perderlo de vista.

Finalmente, en el último tramo de la escalera, lo alcanzaron.

Carles lo sujetó por el brazo, lo empujó contra la pared, y Clara lo ayudó a inmovilizarlo. Matteo forcejeó unos segundos, pero luego se rindió. El sudor le perlaba la frente, la respiración agitada, los ojos clavados en el suelo.

Clara y Carles se miraron. No dijeron nada. No hacía falta. Ambos sabían lo que el otro pensaba:

«Después de tantos días, por fin lo tenemos».

Carles sacó las esposas, le ató las manos a la espalda, y le leyó sus derechos con voz firme pero contenida. Matteo no dijo nada. No protestó. No preguntó.

Lo condujeron hasta el coche, y en silencio, lo llevaron a la comisaría.

El cielo de Girona estaba gris, como si la ciudad también contuviera el aliento.

La sala de interrogatorios estaba en penumbra, iluminada por un fluorescente que zumbaba con insistencia. Las paredes grises, el cristal opaco, la mesa metálica, todo parecía diseñado para incomodar. Matteo d'Alessandro estaba sentado con las manos

esposadas sobre la mesa, la mirada fija en un punto invisible. Frente a él, Carles Pons y Clara Riera. Ambos en silencio. Ambos esperando.

Carles fue el primero en hablar.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Matteo asintió lentamente.

—Imagino que, por los asesinatos del artista, como lo llaman en la televisión.

—¿Y qué tienes que ver con todo eso?

—Nada —respondió Matteo, sin levantar la voz—. No he matado a nadie. No soy un asesino. Soy inocente.

Clara se inclinó hacia él, con el cuaderno de bocetos en la mano.

—Este cuaderno estaba junto al cuerpo de Paula García. Te conozco y son dibujos tuyos, tu manera de dibujar a carbón, tus anotaciones. Las posturas coinciden con obras de Bernini. ¿Puedes explicarlo?

Matteo la miró, con una mezcla de tristeza y resignación.

— Matteo observó el cuaderno unos segundos. No lo tocó. No lo abrió.

—No —respondió con calma—. No es mío.

Clara frunció el ceño.

—Vamos, Matteo. Lo reconocí en cuanto lo vi. Es tu estilo. Tus trazos, tus anotaciones. Todo encaja y apunta hacia a ti.

—No lo es —repitió él, sin elevar la voz.

—¿Y cómo explicas que esté junto a una víctima con dibujos que coinciden sospechosamente con tu estilo y tu obsesión con Bernini?
—insistió Carles.

Matteo se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Ese cuaderno no me pertenece. Y puedo demostrarlo.

Clara lo miró con escepticismo.

—¿Cómo?

—Mi maletín —dijo Matteo—. El que me habéis confiscado durante la detención. No lo han abierto, ¿verdad?

Carles se giró hacia el cristal. Sandra, que observaba desde fuera, asintió y entró con el maletín. Lo colocó sobre la mesa, lo abrió, y sacó un cuaderno de bocetos casi idéntico al anterior. Mismo formato, mismas tapas negras, misma textura.

Clara lo tomó con cuidado. Lo abrió.

Los dibujos eran distintos. El trazo era similar, sí, pero las posturas no coincidían. Algunas obras estaban inspiradas en escultores contemporáneos, otras eran estudios anatómicos sin referencia clara. Solo una o dos tenían ecos de Bernini, pero no eran las mismas que aparecían en el cuaderno de la escena del crimen.

Matteo los observaba en silencio. Y entonces, con voz firme, dijo:

—Por eso el cuaderno que decís... no es mío.

Clara se quedó quieta. Pasó las páginas lentamente. Reconocía el trazo. Pero también reconocía la diferencia. El Matteo que ella conocía no copiaba. Interpretaba. Exploraba. Y lo que había junto a Paula vistos los dos cuadernos de lado, el de la escena del crimen parecía una réplica, una imitación. Precisa, sí. Pero una imitación, al fin y al cabo.

Carles cerró el cuaderno y lo colocó junto al otro.

—¿Entonces alguien está usando tus estudios como guía? ¿O es una coartada que te has preparado por si las cosas se torcían?

—No sé si alguien se está basando en mis estudios o no para asesinar, lo que puedo asegurar es que no soy el asesino y esto no es una burda coartada que me haya preparado, ¿Sino por qué mantendría el cuaderno en mi poder sabiendo que sería una prueba incriminatoria? ¿no hubiera sido más fácil deshacerme de él y únicamente negar que el cuaderno de la escena del crimen era mío? —respondió Matteo—.

Clara dudó, pero tenía sentido lo que decía, sabía que no teníamos nada firme en contra de él, excepto hipótesis.

En ese momento Clara sacó la postal encontrada en su habitación.

—¿Y esto? *El éxtasis de Santa Teresa*. La misma escultura que recrearon con la primera víctima. ¿La recibiste tú o la querías enviar a alguien?

Matteo la observó, frunciendo el ceño.

—No. No la recibí ni la quería enviar a nadie. La encontré en la librería. Estaba dentro de un libro. Me pareció una coincidencia inquietante, el número 17.6 que se aparece continuamente y la frase «el arte exige sacrificio» me pareció un mensaje dirigido a mí, creo que desde hace un tiempo alguien me está siguiendo, así que la guardé para ver si podía averiguar algo más. Pensé que alguien estaba jugando conmigo. O con Clara.

Clara se tensó.

—¿Por qué conmigo?

—Porque tú también conoces a Pietro Fiore —dijo Matteo, por primera vez con un tono más firme—. Porque él está aquí. Lo vi. En la Galería Ferrer. No me lo estoy inventando.

Carles se apoyó en la mesa.

—¿Y qué relación tienes con ese tal Pietro?

Matteo dudó. Bajó la mirada.

—Fue mi alumno en Roma. Como Clara, él también era brillante, intenso. Pero... oscuro. Después de lo que sucedió, desapareció. Yo lo busqué, para ver qué había pasado en su vida para comportarse como lo hizo.

—¿Y lo encontraste? —preguntó Clara, con la voz contenida.

—Sí. En Sevilla. Hace unos meses. Nos vimos. Hablamos. Intenté mostrarle un camino a seguir, le dije que el arte podía salvarlo que se refugiara en él, que lo abrazara de nuevo. No sé si me hizo caso....

Carles se cruzó de brazos.

—¿Le propusiste algo?

—No. Fue él quien me propuso colaborar en un proyecto nuevo. Pero yo me negué. Le dije que ya estaba mayor.

Clara lo observaba con atención. Había algo en su voz que parecía sincero. Pero también había huecos. Silencios.

—¿Por qué corriste en el hotel?

Matteo tragó saliva.

—Porque sabía que me estaban buscando. Porque sabía que todo apuntaba a mí. Y porque tengo miedo, alguien me acecha des de las sombras y tenía miedo de denunciarlo y que nadie me creyera.

Carles se levantó, caminó unos pasos, y volvió a sentarse.

—¿Dónde estabas el día del asesinato de Paula?

—En la galería. Con ella. Lo saben. Lo vieron en las cámaras que seguro revisaron. Pero después... me fui. Vi a Pietro, tengo mis sospechas de que es él quien me sigue. Me alteré. No sabía qué hacer. Me encerré en la librería. Busqué respuestas en Bernini. Pensé que todo era una locura.

Clara se inclinó hacia él.

—¿Y qué significa 17.6?

Matteo la miró, confundido.

—No lo sé. Lo he visto en diferentes sitios, lo vi en una nota en mi casa de Roma y en la librería. No sé qué significa. Pero estoy seguro de que Pietro lo sabe, creo que es algún tipo de pista o juego oscuro de él.

El silencio se instaló de nuevo. Clara y Carles se miraron. No tenían pruebas concluyentes. Pero tenían a Matteo. Y tenían miedo de que, si lo soltaban, desapareciera.

Carles cerró la carpeta.

—Por ahora, te quedas aquí. Hasta que sepamos más.

Matteo no protestó. Solo bajó la cabeza. Como si el peso de un bloque de mármol lo hubiera doblegado.

A las cinco de la tarde, Clara salió de la comisaría con el peso del día sobre los hombros. Necesitaba hablar con alguien que no fuera policía, ni sospechoso, ni víctima. Alguien que la conociera de verdad, una confidente, una mano amiga. Marcó el número de Alba.

—¿Estás libre esta tarde? —preguntó, intentando sonar casual.

—Me encantaría, pero... hoy no puedo —respondió Alba, con tono cálido—. He quedado con Joan. Ya sabes, mi compañero del taller. Hemos decidido ver si esto que sentimos puede ser algo más.

—¿Una cita?

—Sí. Vamos a visitar los baños árabes. Queremos inspirarnos en sus columnas, sus capiteles... hacer algo distinto alejados del taller. Llevamos meses trabajando juntos sin salir de la rutina. Después iremos a cenar a La Regolta, en el casco antiguo. Cerca de allí.

Clara sonrió, aunque por dentro sentía una punzada de inquietud.

—Me alegro mucho. Os lo merecéis.

Alba percibió el tono.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo?

—No... puede esperar. Disfruta de tu cita. Mañana, después del trabajo, picamos algo en la plaza Independencia. Nos ponemos al día, y tú me cuentas las novedades con Joan.

—Hecho. Cuídate, Clara.

—Tú también.

A las cinco y media, Alba y Joan cerraban el taller. Afuera, la noche ya había caído, envolviendo Girona en un manto azul oscuro. Las calles del casco antiguo brillaban con la luz cálida de los faroles, y el aire olía a piedra húmeda y leña encendida.

Los baños árabes se alzaban como un templo silencioso entre las callejuelas. El edificio, de origen románico con influencias islámicas, conservaba una atmósfera mística. Al entrar, el sonido exterior se apagaba. Las bóvedas de piedra, las columnas con capiteles corintios, el juego de luces y sombras... todo parecía diseñado para invocar el recogimiento.

Caminaron por la sala fría, donde la luz de la luna se filtraba por pequeñas ventanas en lo alto. Luego pasaron a la sala templada, con su cúpula central sostenida por columnas robustas. Alba se detuvo frente a una de ellas, acariciando la piedra con los dedos.

—¿Te imaginas una escultura que naciera de esta forma? —susurró.

—Si tú lo crees posible encontrarás la manera de darle forma —respondió Joan.

Ambos se quedaron en silencio, observando. Inspirándose.

Después de la visita salieron del edificio y caminaron hasta La Regolta, un restaurante íntimo con paredes de piedra vista y velas encendidas en cada mesa. Compartieron un plato de quesos manchegos y de cabra bien curados, maridados con una copa de vino tinto Ribera del Duero. Joan pidió un entrecot poco hecho, y Alba medallones de rape ajoarriero. Al finalizar se sentían llenos, pero aún tenían un hueco para un toque dulce, así que decidieron compartir el postre, un «xuxu» de crema a la brasa, crujiente por fuera, suave y templado por dentro.

La conversación fluyó con naturalidad. Rieron, recordaron anécdotas del taller, hablaron de proyectos, de viajes que querían hacer, de cómo sería compartir algo más que herramientas y encargos.

Los dos sentían nervios por empezar esta nueva aventura, la cual llevaban demasiado tiempo postergando y por fin habían decidido dar el paso.

Al terminar, se despidieron con un abrazo largo y un beso tímido en los labios. Aún no convivían y esta nueva situación se les hacía un poco extraña, aunque para nada desagradable, todo lo contrario, una semilla y un fuerte sentimiento estaba surgiendo entre ambos.

Alba caminaba sola por las calles del casco antiguo. La noche era cerrada, y las farolas proyectaban sombras alargadas sobre los muros. Al pasar de nuevo frente a los baños árabes, se detuvo. El edificio parecía aún más solemne bajo la oscuridad. Se quedó mirando las columnas, su mente cavilando formas, texturas, posibles esculturas que nacieran de esa geometría ancestral.

Y entonces, sintió una presencia.

Antes de poder girarse, una mano firme le cubrió la boca y la nariz con un paño húmedo. El olor penetrante del cloroformo la envolvió en segundos. Intentó resistirse, pero sus piernas cedieron. El mundo se volvió borroso y en un instante se fundió a negro.

Joan llegó a casa, se quitó los zapatos, y le mandó un mensaje a Alba:

«Ya he llegado a casa. Ha sido una noche preciosa, descansa, nos vemos mañana. Un beso».

Esperó unos minutos. Nada.

Le extrañó. Ella vivía más cerca. Debería haber llegado antes. Quizás se había olvidado. O estaba cansada.

No le dio más importancia y se acostó. Pero en el fondo, estaba preocupado y tuvo un sueño intranquilo.

Capítulo 8

Joan se despertó con la tenue luz del amanecer colándose por las rendijas de la persiana. Lo primero que hizo, incluso antes de desperezarse, fue alcanzar el móvil en la mesita de noche. Lo desbloqueó con un gesto automático, esperando ver una notificación, un mensaje, una respuesta.

Nada.

Ni una palabra de Alba desde la noche anterior.

El nudo en el estómago que había sentido al acostarse seguía allí, más apretado, más presente. Tecleó un mensaje breve:

«Buenos días, ¿estás bien? Nos vemos a las 9 en el taller».

Lo envió y se quedó mirando la pantalla unos segundos, como si esperara que la respuesta apareciera por arte de magia.

Se levantó, se calzó las zapatillas de andar por casa, se puso el albornoz y se dirigió a la cocina. El apetito no lo acompañaba, aun así, se preparó un café y una tostada untada con tomate, un chorro de aceite y sal.

Dio un par de mordiscos, masticó sin ganas. La cabeza estaba en otra parte.

Intentó distraerse abriendo el periódico online, se fue directo a la sección de deportes, como hacía cada mañana. Un par de titulares sobre el Girona FC, alguna noticia de fichajes y del último partido de Champions perdido. Nada que le importara realmente en ese momento. Cerró el portátil.

El café se lo bebió de un trago, caliente, amargo. Se vistió con rapidez, cogió las llaves y salió a la calle. El aire frío de diciembre le

despejó un poco las ideas, pero no el mal presentimiento, sus pasos eran acelerados, sus piernas iban a una velocidad de la que él no era consciente, su mente deseaba llegar cuanto antes al taller.

Debido a su ritmo acelerado llegó antes al taller, eran las 8:45. Encendió las luces, se puso el delantal y se colocó frente a una de las esculturas que tenía a medio tallar.

Era una figura abstracta, en este proyecto Joan se dejaba llevar, y que sus manos lo guiaran hasta un resultado final diferente y sorprendente incluso para él, en ese momento se centró en plasmar una idea que le había venido la noche anterior, mientras paseaban entre columnas y capiteles. Intentó concentrarse, dejar que las manos hicieran su trabajo, pero la mente no colaboraba.

A las 9:00 miró la puerta. Nada.

A las 9:15 volvió a mirar. Silencio.

A las 9:30 ya no podía fingir que todo estaba bien.

Dejó el cincel sobre la mesa, se quitó los guantes y cogió el móvil. Intentó llamar a Alba, pero en ese momento su móvil no emitía señal y saltó el contestador.

«Hola sóc l'Alba Sanz, ara mateix no et puc atendre, si és important deixa un missatge i trucaré quan pugui. Gràcies».

«Hola soy Alba Sanz, ahora mismo no puedo atenderte, si es importante deja un mensaje y llamaré cuando pueda. Gracias».

Acto seguido marcó el número de Clara.

—Buenos días —dijo ella, con voz tranquila—. ¿Cómo fue la cita de ayer?

—Bien... —respondió Joan, pero sin entusiasmo—. Muy bien, en realidad. Visitamos los baños árabes, cenamos en La Regolta... fue bonito.

—Me alegro. ¿Y Alba? ¿Está contigo?

Joan dudó un segundo.

—No. Por eso te llamo. ¿Has hablado con ella?

—La última vez fue ayer, sobre las cinco y media. Me llamó antes de que os fuerais a los baños. Hemos quedado hoy para tomar algo después del trabajo, en la plaza de la Independencia. ¿Por qué?

Joan tragó saliva.

—Porque no ha venido. Y Alba es puntual como un reloj suizo. Siempre está aquí a las nueve en punto. Le he mandado varios mensajes. No contesta. Y ahora la he llamado y salta el buzón de voz.

—¿Os fuisteis juntos de la cena?

—No, después de cenar, cada uno se fue por su lado. Me dijo que me escribiría al llegar a casa. Pero no lo hizo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Joan... —dijo Clara, con un tono que ya no era tranquilo—. ¿Estás diciendo que no sabes nada de ella desde anoche?

—Nada. Y no quiero ser alarmista, pero... algo no va bien. Lo noto.

Clara se quedó callada unos segundos más. Luego, su voz cambió. Se volvió firme.

—Voy para allá.

Clara llegó al taller a las 10:30. Joan la esperaba en la entrada, con el rostro tenso, los ojos inquietos. No hacía falta que dijera nada. Clara lo entendió al instante.

—Joan ponte la chaqueta, vamos al último sitio donde estuvisteis juntos, y a partir de ese punto trataremos de dirigirnos a su casa por la ruta más probable que hubiera escogido —dijo ella—.

Caminaron en silencio por las calles del casco antiguo. El aire era frío, y el cielo, de un gris pálido que no prometía sol. Clara iba con la mirada baja, escaneando cada palmo de suelo, cada esquina, cada portal. Joan caminaba a su lado, con las manos en los bolsillos,

como si intentara contener el temblor que empezaba a subirle por los brazos.

A medio camino, el teléfono de Clara vibró. Era Carles.

Lo miró. Dudó. Pero no lo cogió.

Tenía la mente concentrada en el recorrido, en captar cada detalle, cada posible pista. No quería distracciones. No ahora.

—¿No vas a contestar? —preguntó Joan.

—Luego. Ahora estamos siguiendo los pasos de Alba y no quiero que se me escape ningún detalle.

Llegaron a la altura de los baños árabes. El edificio se alzaba solemne entre las callejuelas, con sus muros de piedra y sus arcos románicos. Clara y Joan se detuvieron, sin saber que estaban justo en el mismo lugar donde Alba se había parado la noche anterior.

—Es un sitio especial —murmuró Joan—. Ayer nos quedamos aquí un rato. Ella hablaba de las columnas, de las formas...de las ideas que le venían a la mente.

Clara no respondió. Bajó la mirada. Y entonces lo vio.

Un botón verde.

Pequeño, redondo, con el hilo aún colgando. Se agachó con cuidado, sacó un pañuelo del bolsillo y lo recogió sin tocarlo directamente. Lo sostuvo frente a sus ojos.

—Tantas horas con la policía y ya empiezo a actuar como ellos —se dijo a sí misma en un murmullo inaudible.

—Es de su chaqueta —dijo en voz baja.

Joan se inclinó.

—¿Estás segura?

—Sí. Le he visto esta chaqueta alguna vez y reconozco los botones, son preciosos, siempre se lo digo.

Clara se quedó agachada, pensativa, escrutando el suelo. Y entonces, lo sintió.

Un olor.

Desvaído, casi imperceptible. Pero inconfundible.

Acercó la nariz al suelo, cerró los ojos, y dejó que la memoria hiciera su trabajo.

—Cloroformo —susurró.

Joan la miró, sin entender.

—¿Qué quieres decir?

Clara se incorporó lentamente, con el botón aún envuelto en el pañuelo.

—Quiero decir que es momento de llamar a Carles. Creo que han secuestrado a Alba.

Joan palideció al instante. Se quedó quieto, como si el cuerpo se le hubiera convertido en mármol. La respiración se le volvió superficial, los ojos abiertos como platos.

—No... no puede ser...—murmuró.

Clara ya tenía el móvil en la mano.

La tarde avanzaba con paso lento, como si el cielo se resistiera a oscurecer del todo. Clara y Joan seguían en la escena del posible secuestro, junto a los baños árabes, cuando escucharon el sonido de un coche acercándose. Era Carles. Pero no venía solo.

Del vehículo descendió también el comisario Martorell.

Clara se sorprendió. No era habitual verlo fuera del despacho. El comisario lo notó en su rostro, y antes de que ella pudiera decir nada, se adelantó:

—Necesitamos toda la ayuda posible —dijo con voz grave—. Tenemos dos chicas jóvenes asesinadas y ahora indicios de un posible secuestro. Soy demasiado viejo para creer en las

casualidades. Debemos apremiarnos y averiguar algo lo antes posible.

Y para sus adentros, mientras observaba el rostro de Clara, pensó:

«Ya tengo suficiente con dos cadáveres, no quiero un tercero».

Martí y Sandra también se habían sumado al operativo. La zona fue acordonada y los agentes comenzaron a preguntar por los alrededores. Entraron en pequeños comercios, llamaron a timbres, mostraron una foto de Alba impresa en papel.

Pero nadie la reconocía.

Hasta que se toparon con una anciana que barría la entrada de su casa, envuelta en una chaqueta de lana y con un gorro de punto que le cubría las orejas.

—A ver si ponen un poco de orden aquí por las noches —dijo al verlos—. Que luego la gente bebe más de la cuenta y se la tienen que llevar en brazos.

Martí y Sandra se miraron de inmediato. ¿Y si sin saberlo esta mujer había sido testigo del secuestro?

Sandra se acercó con delicadeza.

—Buenos días, señora. Estamos investigando la desaparición de una chica, a eso de las 23:00 de la pasada noche por esta zona. ¿Podría decirnos exactamente qué vio ayer?

La mujer se apoyó en el palo de la escoba, pensativa.

—Eran sobre las once, vi a un hombre que cogía a una chica en brazos y la metía en un coche que los vino a buscar.

Pensé que sería alguna jovencita que se había pasado con la bebida y se la llevaban a casa ya que no vi alboroto ni signos de violencia en ningún momento.

Martí se inclinó ligeramente hacia ella.

—¿Entonces me está diciendo que vio a alguien cogiendo a una chica y que la metió en un coche?

La anciana asintió con firmeza, y añadió —la pobrecita no se tenía en pie.

—¿Vio la cara de alguien?

La mujer soltó una risa sarcástica.

—Mi vista ya no es la de antaño, jovencito. Aunque llevaba puestas las gafas, no vi las caras, pero sí vi el coche. Por suerte entiendo de coches. Era un Hyundai Tucson, negro o muy oscuro. No pude ver la matrícula.

Sandra sacó una libreta y anotó con rapidez.

—¿Sabe hacia dónde se dirigieron?

La anciana levantó el brazo y señaló con el dedo una calle estrecha que serpenteaba hacia el este.

—Por ahí, se fueron sin hacer ruido.

Los agentes le agradecieron el testimonio. Le dejaron una tarjeta por si recordaba algo más, y anotaron su dirección y teléfono por si debían llamarla en otro momento.

Mientras se alejaban, Martí murmuró:

—Puede que sin saberlo haya sido testigo de un secuestro.

Sandra asintió.

—Debemos buscar ese coche, vamos a tráfico a revisar las imágenes de las cámaras, por si podemos rastrearlo.

Martí cogió el teléfono, llamó al comisario y le explicó lo que habían descubierto.

Alba despertó en la oscuridad. No sabía cuánto tiempo había pasado. El aire era húmedo, denso, con olor a piedra mojada y polvo. Estaba atada, con las muñecas doloridas y los pies

entumecidos. El frío le calaba los huesos. No había comida. No había agua. Solo silencio.

No se oían coches, ni voces, ni nada que la pudiera ayudar a hacerse alguna idea de dónde podía estar. Solo el crujido ocasional de la madera sobre su cabeza.

Y entonces, oyó los pasos en el piso superior.

Lentos. Firmes. Alba contuvo la respiración. La puerta del sótano se abrió con un chirrido metálico. Una luz amarilla se encendió, y la figura de un hombre apareció en el umbral.

Alba lo miró. Su rostro le resultaba familiar, pero no lograba ubicarlo.

—¿No me reconoces, Alba? —dijo el hombre, con un marcado acento italiano.

Pietro siguió bajando hasta que la luz reveló su rostro. Ella frunció el ceño y entonces, la memoria le devolvió una imagen. Un aula. Clara, más joven, concentrada en su trabajo. Y él, en la misma foto.

—Eres Pietro —susurró Alba, con la voz temblorosa—. El compañero de clase de Clara en la Academia de Roma.

Pietro asintió con una media sonrisa.

—Exactamente.

Alba se quedó en silencio unos segundos hasta que en su cabeza todo encajó y luego, la rabia le brotó como un torrente.

—Eres tú...el asesino del que todo el mundo habla, eres un monstruo —dijo, con los ojos encendidos. No tuviste suficiente con lo que le hiciste a Clara. ¿Ahora también persigues a otras mujeres? ¿Las matas y las dejas como esculturas por diversión? ¿Qué pasa, Pietro? ¿Ya no tienes talento para esculpir? ¿Se te ha olvidado? Clara te da mil vueltas con su técnica. Siempre lo hizo.

La sonrisa de Pietro se desvaneció. Su rostro se tensó. Los ojos se oscurecieron.

El silencio volvió a instalarse en el sótano, pero esta vez, no era el silencio de la calma, era el silencio que precedía al horror.

Pietro se puso rojo de ira y le asestó un golpe con todas sus fuerzas en el rostro, Alba quedó abatida en el suelo.

Acto seguido se abalanzó sobre ella, empezó a tocarla, mientras le susurró al oído: «Te voy a hacer lo mismo que a tu amiguita».

Pietro le arrancó la camiseta, en un inicio Alba se resistió, pero recibió otro golpe que la dejó de nuevo boca abajo, tendida en el suelo. Le bajó los pantalones y la penetró violentamente, descargando toda su ira en cada embestida, imaginando que era Clara a quien tenía delante y a quien le estaba infligiendo ese castigo, aunque sabía que Clara sufriría mucho más cuando encontrara el cuerpo de su amiga sin vida. Eso le hizo sentir un placer indescriptible y eyaculó dentro de Alba.

En ese mismo instante, Pietro le dio la vuelta y la miró a los ojos, anegados en lágrimas, sabiendo que su destino estaba sellado.

Unas grandes manos le rodearon el cuello, y empezó a notar la presión, no podía respirar, Alba pataleaba para intentar quitárselo de encima, pero era demasiado fuerte, le apretó con tanta fuerza que le pareció que se le partiría el cuello, sus ojos se fueron cerrando y finalmente la oscuridad la atrapó para siempre.

La medianoche había caído sobre Girona como un telón pesado. Las calles estaban vacías, el aire frío, y el silencio parecía más profundo que nunca. Pietro Fiore conducía por las afueras de la ciudad, con las manos firmes sobre el volante del Hyundai Tucson. En el asiento trasero, el cuerpo sin vida de Alba yacía envuelto en una manta oscura.

No había música. No había palabras. Solo el sonido del motor y los pensamientos que se agolpaban en la mente de Pietro.

Otra víctima. Otra postura. Otra revelación.

Mientras avanzaba por las calles estrechas del casco antiguo, imaginaba el rostro de Clara al descubrir la escena. El temblor en sus

manos. El vacío en sus ojos. El dolor. Ese dolor que él consideraba parte de la obra. Parte del mensaje.

Llegó a los baños árabes. Aparcó en una esquina oscura, apagó las luces, y observó. No había nadie. Ni un alma. Solo el murmullo lejano de los clientes de un bar de la zona.

Bajó del coche, abrió el maletero, y cargó a Alba en brazos. Su cuerpo era liviano, frágil. Entró por el lateral del edificio, donde forzó la verja, y se dirigió al rincón que había elegido. Allí, entre columnas y sombras, preparó la escena.

Alba parecía dormida, pero su expresión estaba congelada en una mezcla de dolor y resignación. Pietro la colocó con precisión, como si tallara con las manos lo que no podía hacer con el cincel y le dejó los ojos abiertos.

Miró a su alrededor una vez más. Nadie.

Se giró, volvió al coche, y se marchó por donde había venido.

Al llegar a casa, se desnudó lentamente, dejó la ropa en el suelo, y se tumbó en la cama. El cuerpo le pedía descanso, pero la mente seguía despierta. Excitada. Agitada.

Pensaba en Clara. En su reacción. En su sufrimiento.

«Ahora sí sentirás lo que es el dolor».

Los párpados le pesaban. El cuerpo cedía. Y finalmente, rendido a la noche, se dejó caer en un sueño, poblado de esculturas, gritos ahogados y mármol que lloraba.

La mañana en la comisaría comenzó como tantas otras desde el primer crimen: con tensión, cafés humeando y rostros cansados. Todos estaban allí. Clara, Carles, Martorell, Martí y Sandra. Se reunieron en la sala de coordinación para poner en común los avances.

Martí tomó la palabra.

—Pudimos seguir el Hyundai a través de las cámaras de tráfico. Lo rastreamos hasta que salió de la ciudad por la zona de Pedret, dirección Sarrià de Ter. Pero la matrícula era falsa. No pudimos encontrar a quién estaba registrado el coche.

Sandra añadió que habían revisado los registros de vehículos similares, pero la lista era interminable y les llevaría días.

Carles y Clara no tenían novedades. Nadie más había visto nada. Y en la escena del secuestro, no habían encontrado ninguna pista más. Martorell se mantenía en silencio, con los brazos cruzados, la mandíbula apretada.

Y entonces, un teléfono empezó a sonar.

El encargado de los Baños Árabes llamaba para avisar del hallazgo de lo que parecía un cadáver justo al lado de las columnas centrales del Apoditerium, lo que hoy en día conocemos como vestuarios.

El silencio se apoderó de la sala. Todos se quedaron quietos, como esculturas inertes de mármol. El mensaje tardó unos segundos en asentarse. Luego, el ajetreo estalló.

Patrullas movilizadas. Ambulancia avisada. Carles y Clara salieron juntos en el mismo coche. Apenas cruzaron palabra. Clara temblaba. Estaba pálida. Miraba por la ventana sin ver nada. En su mente, solo una pregunta: **¿Es Alba?**

El viaje se le pasó volando, atrapada en un recuerdo que se repetía en bucle. Una tarde de verano, en el taller. Clara le enseñaba a Alba cómo pulir una escultura con cera de abeja. Se reían. Clara le había dicho:

—La piedra también necesita cariño. Si la tratas bien, te lo devuelve.

Ese recuerdo se le clavaba como un puñal.

El coche se detuvo. Clara bajó sin esperar a Carles. Se dirigió al cordón policial que las patrullas que habían llegado antes habían levantado. Lo atravesó. Y entonces la vio.

Se desplomó de rodillas.

Era Alba.

Dispuesta como una escultura de mármol. Pero no como las otras. Esta vez, había golpes. Magulladuras. La cara azulada. El cuello morado, con marcas de manos. La ropa hecha girones. Se apreciaba que había sufrido.

Tenía los ojos abiertos. Y miraban a Clara directamente. Como si el asesino hubiera preparado el momento. Como si esos ojos sin vida se clavarán en los suyos.

Las lágrimas se derramaban sin control. Carles se agachó, le ofreció un pañuelo, y la rodeó con sus brazos. No dijo nada. No hacía falta.

Clara se recompuso. El contacto, aunque silencioso, la ayudó a incorporarse. Se miraron. Y ella dijo:

—Debo examinar la escena.

—No es necesario —respondió Carles—. Yo me ocuparé.

—No —dijo Clara, firme—. Es mi amiga. Y aunque sea doloroso, no quiero que se pase nada por alto. Debemos atrapar a ese asesino. Es algo personal. No descansaré hasta verlo muerto o entre rejas.

Carles asintió.

—De acuerdo.

La acompañó hasta la escena.

Clara observó. No tenía nada que ver con los otros crímenes. Aquí no había arte. No había sutileza. Aquí había rabia. Brutalidad.

Pero la postura... la postura sí hablaba.

Era la pose del *David* de Bernini. El momento previo al combate. El instante en que David observa a Goliat, aún sin lanzar la piedra. Clara lo entendió al instante.

En la mano izquierda de Alba, levantada casi tocando el hombro, había una nota.

Carles la recogió con guantes y se la entregó a Clara.

Ella la leyó. La letra era firme. Precisa.

«Ya estamos frente a frente.

El mármol ha elegido su campo de batalla.

17.6».

Clara cerró los ojos. Lo entendía. Esta escultura no era solo una víctima. Era un mensaje. Un desafío.

El combate iba a empezar.

El silencio en los Baños Árabes se rompió de golpe.

Joan apareció corriendo, atravesando el cordón policial como un vendaval. Los agentes intentaron detenerlo, pero no pudieron alcanzarlo. Se plantó frente a la escena, frente al cuerpo de Alba, y se echó las manos a la cara. Un gemido brotó de lo más profundo de su alma, un lamento desgarrador que pareció sacudir los muros de piedra del edificio.

Clara lo vio. Y ese grito le atravesó el cuerpo como un rayo. Sintió que se partía en dos. Pero Joan, de pronto, cesó. Se quedó quieto. De pie. Mirando a Alba. Llorando por su amor. Por su amiga. Por su compañera. Por todo lo que no pudo ser.

Los agentes se acercaron para llevárselo, pero Carles hizo un gesto con la mano. Que lo dejaran en paz.

Clara se acercó. Lo abrazó. Un abrazo tierno, fuerte, sentido. Un abrazo de dolor infinito.

Joan, entre sollozos, le susurró al oído:

—Tienes que encontrar a quien le ha hecho esto, Clara. Por favor.

Ella lo sostuvo con firmeza.

—No descansaré hasta atraparlo. Y hacerle pagar todo el daño que ha causado.

Finalmente, Joan se retiró. Se dejó guiar por los agentes. Clara y Carles se quedaron en la escena, buscando algo más. Algún mensaje. Alguna pieza de mármol. Pero no había nada. Solo el cadáver. Y la nota con el **17.6**, dirigida muy posiblemente a Clara.

El viaje de vuelta a la comisaría fue una ceremonia fúnebre. Nadie hablaba. Nadie respiraba con normalidad. Clara miraba por la ventana, con los ojos perdidos en un horizonte que ya no ofrecía consuelo.

Al llegar, se dirigieron al despacho de Carles. Mientras esperaban el informe forense, analizaron la nota. No había huellas. Nada físico que los acercara al asesino.

Y entonces, Carles se detuvo.

—Tenemos a Matteo detenido, por lo que no puede ser él. Ha estado en su celda. No ha salido.

Clara asintió, sin entusiasmo.

—Entonces debemos liberarlo.

—Sí —dijo Carles—. Pero antes, quiero que nos ayude con la nota. Quizás entre los tres consigamos algo.

En la sala de interrogatorios, Clara, Carles y Matteo se sentaron frente a la nota. El ambiente era tenso, pero distinto. Ya no había sospechas. Solo necesidad de respuestas.

Matteo la observó en silencio. Luego, murmuró:

—A ver... no sé si esto es muy sólido o no. Pero no podía sacarme a Pietro de la cabeza mientras me habéis tenido encerrado, y he estado dando vueltas a todo lo sucedido. Quizás es una coincidencia, pero... estaba pensando en si él podía ser el asesino. Y de repente me vino a la cabeza algo de la Academia.

Clara lo miró, expectante.

—Cuando os pasaba lista en clase, decía siempre los nombres en voz alta. En este caso, Pietro Fiore. PF. Como abreviatura apuntaba yo en mi cuaderno de asistencias.

Se inclinó hacia la nota.

—Si nos basamos en el abecedario... la letra 17 es la P. La letra 6 es la F. Pietro Fiore.

Carles frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que el asesino ha estado firmando con sus iniciales camufladas con este simple código?

—Podría ser, a veces tenemos las respuestas delante de nuestras narices, y la respuesta más obvia o fácil suele ser la correcta —respondió Matteo—. Y si él es el asesino, nos ha ido dejando recordatorios en cada escena. En mi domicilio de Roma. En la Librería Antiga Fontana, dentro del libro de Bernini. Todo concuerda. Él era un apasionado de Bernini. Los números coinciden con sus iniciales. Ambos tenemos un pasado común. Y esta sucesión de asesinatos se está acercando cada vez más al lado personal.

Clara se quedó atónita. El aire se le escapó de los pulmones.

—¡Pietro es el asesino!

Carles levantó una mano, calmando los ánimos.

—Son solo elucubraciones. Todo parece encajar, sí. Pero no tenemos pruebas. Ningún juez pondría a nadie entre rejas con esto.

El silencio volvió a instalarse en la sala. Pero esta vez, no era vacío. Era el preludio de algo más grande, ahora sí parecía todo cobrar sentido, y sabían a quién debían buscar y qué debían hacer.

La noche había caído como un velo negro sobre la ciudad. Las luces de la comisaría se apagaban una a una, y las sombras se alargaban por los pasillos. Clara y Carles salieron juntos por la puerta principal. Él torció a la derecha, rumbo a casa, con intención de caminar un poco. Clara, en cambio, tomó la izquierda.

Pero a los pocos pasos, se giró.

—¡Carles! —gritó, con una urgencia que no era física, sino emocional.

Él se detuvo. Clara se acercó, con los ojos cansados.

—¿Querías venir a mi casa esta noche? Ha sido un día muy duro y me gustaría estar contigo.

Carles la miró. Y en ese instante, ambos se dieron cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que compartieron algo fuera del trabajo. Una conversación sin cadáveres. Una sonrisa sin miedo.

—Por supuesto —respondió él—. Pero antes debería pasar por casa. Necesito recoger algunas cosas, ya sabes, cepillo de dientes, pijama, algo de ropa limpia para mañana y esas cosas.

—Te acompaño —dijo Clara—. Necesito que me toque el aire.

Caminaron juntos hasta casa de Carles. El silencio entre ellos no era incómodo. Era compartido. Cálido. Una tregua. Solo escuchando de fondo el viento y el río Onyar.

Una vez recogido lo necesario, se dirigieron a casa de Clara. Por el camino, pasaron frente a un restaurante que ofrecía comida para llevar. No querían cocinar, estaban demasiado agotados, así que decidieron parar y coger algo.

Pidieron unas patatas bravas con dos salsas: una de cuatro quesos, otra brava. Carles eligió un Frankfurt con queso mayonesa y ketchup. Clara, una hamburguesa con queso básica.

Al llegar a casa, cada uno se cambió por separado. Se pusieron los pijamas. Al encontrarse en el comedor, ambos soltaron una risita. No se habían visto nunca así. Clara se fijó en las gafas redondas y azules que Carles llevaba.

—No sabía que usabas gafas —dijo, con una sonrisa—. Nunca te había visto con ellas. Te quedan muy bien.

Carles se encogió de hombros, algo tímido.

—Solo las uso en casa. Durante el día uso lentillas.

Pusieron la mesa en la cocina. Se sirvieron una copa de vino tinto. Comieron sin mucho apetito. Las patatas desaparecieron, pero la hamburguesa y el frankfurt quedaron a medias.

Recogieron los platos y los dejaron en el fregadero. Luego se sentaron en el sofá ambos bajo el cobijo de una fina manta, donde el calor corporal era suficiente para no tener frío. Vieron algo en la tele, pero no prestaron atención. Finalmente, decidieron que era hora de dormir.

Carles dormiría en el sofá. Clara en su habitación.

—Te traigo un cojín —dijo ella—. En mi cama tengo dos. Así estarás más cómodo. También una manta un poco más gruesa por si tuvieras frío.

Buscó en el armario. Colocó el cojín sobre la manta y se dirigió al comedor. Carles la esperaba de pie. Clara estiró los brazos y él los puso por debajo para coger las cosas. Sus manos se tocaron.

La química seguía ahí.

Carles se agachó para dejar la manta en el sofá. Al incorporarse, Clara seguía frente a él. Lo miraba. Pensaba: *Está muy guapo con el pijama y las gafas.*

Se acercaron para despedirse. Se quedaron a centímetros. Mirándose a los ojos.

Y entonces, un beso.

Suave. Húmedo. Tierno. Como si tuvieran miedo de romperse el uno al otro, un beso infinito que no terminaba nunca, ni ellos querían que terminara.

Clara le susurró:

—¿Quieres venir conmigo a la cama?

Carles asintió y se dejó guiar hasta el dormitorio.

Entraron en la habitación. Solo la luz de la mesita de noche estaba encendida, creando un ambiente cálido, íntimo y acogedor.

Se metieron en la cama. Se besaron. Se abrazaron. Se recorrieron con las manos cada centímetro de la piel, con respeto, con suavidad, con deseo contenido. Exploraron. Se conocieron. Y por fin, esa noche, dejaron salir sus sentimientos ocultos.

Capítulo 9

Clara y Carles se despertaron juntos. La noche anterior había sido un refugio, un espacio donde por fin se quitaron las máscaras, los tabúes, y se dejaron llevar. No fue una explosión de amor, sino una rendición compartida. Un reconocimiento mutuo de que la vida es breve, frágil, y puede cambiar en un segundo. Todo lo planeado se evapora, y el mundo se derrumba sin previo aviso. El grito desgarrador de Joan aún resonaba en sus cabezas.

El día amaneció radiante, pese a ser invierno. El temporal de frío polar anunciado en las noticias parecía dar una tregua, y las temperaturas se elevaban tímidamente. En la cocina, Clara y Carles preparaban café. Unos rayos de sol se filtraban por la ventana, como no lo hacían desde hacía días.

Clara se colocó frente al cristal, absorta en sus pensamientos, con la taza humeante entre las manos. El calor del sol le acariciaba la piel incluso a través del pijama. Por un instante, se olvidó de que Carles estaba allí.

Cuando volvió al presente, lo vio sentado en un taburete, con su taza, observándola con una ternura que la hizo estremecer.

Se acercó a él, se inclinó y le susurró al oído:

—Gracias por esta noche. Ha significado mucho para mí.

No era una declaración de amor. Era una confesión. Desde lo de Pietro, Clara no había vuelto a intimar con nadie. Ni física ni emocionalmente.

Se besaron. Se miraron en silencio. Y se dirigieron al dormitorio para vestirse. Ninguno de los dos hubiera querido salir de esa habitación jamás. Pero la realidad los esperaba.

Salieron a la calle. Caminaron juntos hacia la comisaría. No hablaban. No hacía falta. Entre ellos, los silencios no eran incómodos.

La felicidad que habían sentido contrastaba con el horror del día anterior. El mundo de otras personas se había desmoronado y el suyo parecía construirse piedra a piedra, aunque Clara sentía que podría explotar de felicidad, también podría sucumbir en la oscuridad, un torrente de sentimientos encontrados la abordaban por todas partes.

Al llegar, lo primero que hicieron fue preguntar por el informe del forense. Pero como de costumbre, aún no había noticias. Decidieron ir al depósito.

Allí, preguntaron por Alba Sanz. Carles mostró su placa y el trabajador, un joven de pelo castaño y alborotado, les indicó la dirección con el dedo, —sala 3, creo que aún están con la autopsia, les dijo mientras seguían caminando.

Llegaron a la puerta. Carles se disponía a entrar, pero Clara se detuvo. No estaba lista para ver a su amiga, en esa habitación fría, bañada por los focos de luz blanca, y el cuerpo sobre esa mesa metálica.

Carles lo comprendió. Entró solo.

El forense acababa de cubrir el cuerpo con la sábana blanca.

—¿Qué tenemos? —preguntó Carles.

El forense se acercó, con el rostro serio.

—Tal como se vio en la escena, Alba fue golpeada brutalmente y narcotizada. Encontramos rastros de cloroformo en las fosas nasales. Fue atada. Hay marcas en ambas muñecas. Sufrió golpes en diferentes partes del cuerpo, incluida una fractura importante en la nariz. Y... —hizo una pausa— hubo agresión sexual. Hemos hallado restos de fluidos corporales masculinos en su interior.

Carles se quedó blanco. Solo de pensar en lo que supondría esto para Clara.

La conversación transcurrió con el cadáver de Alba entre ambos, tapado. No hacía falta descubrirla más.

Carles agradeció al forense y pidió el informe definitivo. El forense prometió enviarlo en menos de una hora.

Al salir, Clara vio el rostro de Carles. Supo que algo no iba bien.

—Clara... —dijo él, sin rodeos—. Alba fue violada por el asesino. Lo siento.

Las lágrimas se derramaron sin hallar consuelo. Clara sabía lo que eso significaba. Lo había vivido. Lo había sentido. Y ahora, su amiga también.

Algo estalló en su interior. Un fuego devastador. Una ira implacable dirigida a Pietro. Ya no quería justicia. Quería venganza. Quería acabar con él.

Carles intentó abrazarla. Pero ella lo esquivó. Salió al exterior. Le faltaba el aire.

Una vez recompuesta, fue en busca de Carles y volvieron a la comisaría.

La investigación se reactivó. Empezaron a llamar a agencias inmobiliarias, buscando si alguien había alquilado una vivienda a nombre de Pietro Fiore. En tiempos de escasez de alquiler, albergaban esperanzas de encontrar algo.

Sandra, por su parte, llamó a hoteles, albergues, moteles. Pero Martorell la detuvo.

—Déjalo correr —dijo—. Si el asesino ha secuestrado a la víctima y hemos visto el coche salir de la ciudad, no se habría arriesgado a llevarla a un sitio público. Ni siquiera a un motel de carretera.

La búsqueda había empezado. Pero el mármol aún no había empezado a tomar forma.

El tanatorio de Girona se alzaba sobrio y silencioso bajo un cielo despejado, una brisa suave recorría los cipreses del jardín exterior,

como si el invierno hubiera decidido dar una tregua para despedir a Alba.

Dentro, la sala de velatorio estaba vestida de blanco y gris. Flores blancas rodeaban el féretro cerrado, y una fotografía de Alba presidía el espacio: una imagen serena, con una sonrisa leve, tomada en el taller, con las manos manchadas de polvo de mármol. Clara la había elegido personalmente.

Los asistentes llegaban en silencio. Carles acompañaba a Clara, siempre a su lado, sin invadir, pero presente. Joan llegó poco después, con los ojos perdidos, como si caminara por inercia. Parecía no ver a nadie. Su mundo era Alba. Y Alba ya no estaba.

Los padres de Alba estaban destrozados. La madre no soltaba la mano del padre, que apenas podía mantenerse en pie. Algunos familiares que Clara no conocía se acercaban con discreción, saludaban con un gesto, y se retiraban a un rincón. También llegaron algunos amigos de la universidad, compañeros del taller, rostros jóvenes marcados por la incredulidad.

El silencio era denso. Solo se rompía por algún sollozo, algún susurro. Clara se acercó al féretro. Apoyó la mano sobre la madera. Cerró los ojos. No dijo nada. No hacía falta.

La misa se celebró en la capilla del tanatorio. Los bancos estaban llenos. El sacerdote habló con voz pausada, sin estridencias, recordando la luz que Alba había traído a quienes la conocieron. Luego, invitó a Clara a decir las palabras que tenía preparadas.

Clara se levantó. Caminó hacia el atril con pasos lentos. Carles la miraba desde el banco, con el corazón en un puño.

Tomó aire. Miró a los presentes. Y comenzó:

—Alba... —la voz se le quebró al primer intento. Tragó saliva, volvió a intentarlo—. Alba era... era muchas cosas. Era luz. Era fuerza. Era arte.

Pausa.

—Nos conocimos en la universidad. Y desde entonces, no ha habido un solo día en que no me haya enseñado algo. A mirar distinto. A apreciar el arte con el alma. A reír cuando todo parecía gris. Pese a los años y la distancia, su presencia siempre me acompañaba.

Otra pausa. Clara bajó la mirada. Las lágrimas empezaban a caer.

—No sé cómo seguir sin ti. No sé cómo volver al taller y no verte. No sé cómo mirar el mármol sin pensar en tus manos y en tu sonrisa tan pura e inocente.

Se detuvo. Respiró hondo.

—Pero sí sé una cosa. Te prometo que tu arte... tu arte seguirá vivo en cada pieza que toque. Te quiero y te echaré mucho de menos.

La voz se le quebró del todo. Bajó del atril. Carles se levantó y la sostuvo. El sacerdote cerró la ceremonia con una oración breve.

La comitiva se dirigió al cementerio de Girona. El sol seguía brillando, pero nadie lo sentía. El camino era lento, como si cada paso pesara el doble.

El féretro fue colocado en la tumba, mucho antes de lo que cualquier padre debería vivir. Los padres de Alba se abrazaban, rotos. Joan estaba quieto, en trance. No hablaba. No lloraba. Solo miraba el féretro, como si esperara que Alba saliera de él.

Clara se mantuvo cerca de Carles. No hablaban. Solo compartían el dolor.

Uno a uno, los asistentes se acercaron a la tumba. Dejaron flores. Tocarón la lápida. Se despidieron.

Cuando todos se retiraron, Clara se quedó un momento más. Se agachó. Tocó la tierra recién removida.

—Te lo prometo —susurró—. No descansaré hasta que sepa con certeza quién te hizo esto.

Carles la ayudó a levantarse. Y juntos, caminaron hacia la salida del cementerio.

La tarde había ya caído sobre Girona, tiñendo los tejados de cobre y las fachadas de ocre. Tras el entierro, Clara y Carles subieron al coche en silencio. El motor arrancó con suavidad, y mientras avanzaban hacia el centro de la ciudad, Carles rompió el silencio con una pregunta sencilla, pero cargada de intención:

—¿Te gustaría venir a dormir a casa esta noche?

Clara lo miró. Asintió sin dudar. En realidad, había estado esperando la proposición. No importaba dónde fueran. Lo importante era estar juntos.

Pasaron primero por casa de Clara. Subió a recoger algo de ropa, su cepillo de dientes, y un par de cosas más. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que nunca había estado en casa de Carles. Se preguntó cómo sería. ¿Ordenada? ¿Caótica? ¿Llena de libros? ¿Vacía? ¿Sucia?

Bajó de nuevo al coche. Carles la esperaba aparcado, con la mirada perdida en el retrovisor. Al verla, sonrió levemente. Reanudaron el trayecto.

Aparcaron en el sótano de un edificio relativamente moderno, cerca del casco antiguo. Subieron en ascensor hasta la quinta planta. Al abrirse las puertas, Clara sintió una ráfaga de aire cálido y olor a madera.

Entraron en el piso. Clara se quedó quieta unos segundos, observando.

Era un ático con terraza, y desde el ventanal se veían el río Onyar y, a lo lejos, la silueta de la Basílica de San Félix recortada contra el cielo crepuscular. El interior era una mezcla perfecta de lo rústico y lo moderno: suelos de parqué, paredes de piedra vista, muebles antiguos restaurados con mimo, una chimenea abierta, grandes ventanales... y una cocina moderna, funcional, impecable.

—Tienes muy buen gusto —dijo Clara, casi sin darse cuenta.

Carles sonrió.

—Gracias.

En las paredes colgaban cuadros curiosos, fotografías de viajes, y pequeños objetos que hablaban de lugares lejanos. Clara se sintió acogida. Como si ese lugar, sin haberlo pisado nunca, ya le resultara familiar.

Se dirigieron a la habitación, se pusieron los pijamas y luego, fueron al comedor.

Carles encendió la chimenea, mientras Clara curioseaba los cuadros.

Uno llamó su atención: un coche antiguo, de los años veinte, hecho con piezas mecánicas.

—¿Este? —preguntó, señalándolo—. ¿Es un Ford T?

—Se le parece, ¿verdad? Lo compré en un anticuario, en un pueblecito cerca de Segovia. Está hecho con piezas de una radio antigua. Me dijeron que antes funcionaba, pero desde que lo compré no he conseguido hacerla funcionar ni sintonizar ninguna emisora. Me gustó la idea de que una radio se pudiera descomponer para crear un coche y plasmarlo todo en un cuadro, no había visto nada parecido hasta entonces y no pude resistirme y lo compré. Lo tuve que acarrear todas las vacaciones. ¿Pero, a que queda fenomenal? Dijo con una mirada pícara.

Clara sonrió. Siguió observando. Se sorprendía de todos los lugares que Carles había visitado. Y por un instante, se permitió imaginar un viaje juntos. Cuando todo esto terminara.

Prepararon la cena. A pesar del día, tenían hambre. Cortaron lechuga, canónigos, añadieron pasas, frutos secos, queso de cabra, aliñaron con aceite de oliva virgen extra y vinagre de Módena y dejaron la ensalada lista sobre la mesa. De segundo, prepararon tostadas con aguacate, salmón, rúcula y unos huevos poché cuya yema se derramaba al cortarlo por la mitad. Sirvieron dos copas de vino.

La conversación fue tranquila. Sin prisas. Sin urgencias. Hablaron de viajes, de libros, de música y cine. De todo lo que les alejara del recuerdo de las muertes y las persecuciones, se avecinaban días peligrosos y querían aprovechar cada momento de distracción para evadirse.

Recogieron los platos. Los fregaron juntos. Y luego, sin decir mucho, se dirigieron a la habitación.

Esa noche no hubo pasión. No hubo sexo. Solo caricias. Besos suaves. Brazos que se buscaban en la oscuridad. El día había sido demasiado duro. Sobre todo, para Clara.

Se durmieron abrazados, con el crepitar de la chimenea aún resonando en el comedor. Por fin el día había terminado.

La lluvia golpeaba con suavidad los cristales, como si el cielo también hubiera decidido no levantar la voz. En la habitación aún reinaba la penumbra; una luz tenue se filtraba por la rendija de la cortina, pero no era suficiente para romper del todo la oscuridad. Clara y Carles seguían tumbados, envueltos en el calor compartido de las sábanas, sin necesidad de moverse, sin prisa por encender ninguna luz. El mundo exterior parecía lejano, suspendido en un letargo gris, y la ciudad aún no había despertado.

Permanecieron así, medio adormilados, sintiendo el roce de la piel contra la piel, el ritmo acompasado de sus respiraciones, el silencio cómodo de quienes no necesitan hablar para sentirse cerca. Fue Carles quien rompió esa quietud con una voz suave, apenas un susurro:

—¿Has dormido bien?

Clara, con los ojos aún cerrados, sonrió levemente antes de responder:

—Sorprendentemente bien. No he escuchado nada. He dormido del tirón... hacía tiempo que no me pasaba.

Intercambiaron algunas palabras más, pequeñas frases que flotaban entre ellos como hojas en un estanque tranquilo. Y

entonces, Carles se giró hacia ella, con una seriedad que no era grave, pero sí íntima, y le dijo:

—Clara... hay algo que quiero preguntarte desde hace tiempo. Quizás es demasiado personal, y si no quieres responder, lo entenderé.

Ella lo miró, sin miedo, y asintió con la cabeza.

—¿Qué pasó con Pietro Fiore? —preguntó él, con cuidado—. Sé que algo malo ocurrió. Siempre que sale su nombre te tensas. No sé si me estoy metiendo donde no me llaman, pero quiero saber de ti. Quiero conocer tu pasado, lo que te ha hecho ser quién eres... la persona de la que estoy enamorado.

Era la primera vez que Carles pronunciaba esas palabras. Clara le cogió la mano por debajo de la sábana, la apretó con suavidad y lo miró a los ojos. Su voz tembló apenas al responder:

—Yo también estoy enamorada de ti... quizás desde hace más tiempo del que me gustaría reconocer.

Se hizo un silencio breve, cargado de significado. Luego, Clara inspiró hondo, y su expresión cambió. Se volvió más seria, más contenida. Y comenzó a hablar.

Le contó cómo conoció a Pietro en la Academia de Roma, cuando ambos eran estudiantes de escultura. Al principio, él le pareció brillante, magnético, con una sensibilidad artística que desbordaba los márgenes de lo académico. Compartieron clases, cafés, conversaciones de madrugada sobre Bernini, sobre la forma, la materia, el alma de la piedra. Pietro era intenso, apasionado, y durante un tiempo, Clara creyó que esa intensidad era solo artística.

Pero pronto empezó a notar cosas. Miradas que se alargaban demasiado. Comentarios que rozaban lo inapropiado. Una vez, en el taller, él se acercó demasiado. Ella se apartó, incómoda, pero no dijo nada. No quería problemas. No quería parecer exagerada.

Hasta que una noche, después de una exposición, Pietro la acompañó a casa. Ella no quería, pero él insistió. Al llegar al portal,

la conversación se volvió tensa. Él le reprochó que lo evitara, que no valorara lo que él sentía. Clara intentó calmarlo, pero él se volvió agresivo. La empujó dentro del edificio, la arrinconó en la escalera, y allí, entre sombras y mármol, la violó.

Clara no gritó. No pudo. Se quedó paralizada. Cuando todo terminó, él se marchó como si nada. Ella se quedó allí, rota, sin saber qué hacer. Al principio no lo denunció. Y en el fondo, sentía una vergüenza que no le correspondía, pero que la devoraba por dentro, hasta que decidió contárselo a Matteo antes de denunciar, pero el profesor no quería que ningún escándalo salpicara la academia, y menos a su clase y a sus dos alumnos más brillantes, así que intentó persuadir a Clara para que no denunciara y le aconsejó que cuanto antes lo olvidara, antes podría volver a su vida, en el fondo Matteo no quería una mancha en su reputación, en su aula, su espacio sagrado de creación.

Carles escuchó en silencio, con el rostro tenso, los ojos húmedos. Cuando Clara terminó, él no dijo nada. Solo se inclinó hacia ella y le dio un beso en los labios, un beso lento, tierno, sin lujuria. Un beso que decía: *Estoy aquí. Yo no te haré daño.*

Clara lo sintió. Lo entendió. Y le susurró:

—Por eso el otro día me sentí tan bien contigo. Hacía mucho que no tenía relaciones, y tú... tú fuiste encantador. No forzaste nada. Me hiciste sentir segura y por ello te doy las gracias.

Se quedaron un rato más en la cama, en silencio, cada uno procesando lo que se habían dicho, lo que habían compartido. Afuera, la luz se hacía más clara, y empezaba a adivinarse algo de movimiento en la calle. La ciudad, poco a poco, despertaba.

Después de un desayuno tranquilo, se vistieron y salieron a dar un paseo por Girona, paraguas en mano. La lluvia seguía cayendo, fina y constante, pero no les importó. Caminaron por la ciudad como si la conocieran por primera vez, redescubriendo sus rincones bajo el gris del cielo.

En plaza Catalunya se detuvieron en un mercadillo de libros. Clara hojeó un ejemplar antiguo de poesía catalana, mientras Carles se entretenía con una edición ilustrada de *La Divina Comedia*. Luego pasearon por el casco antiguo, cruzando callejuelas empedradas, dejando que el sonido de sus pasos se mezclara con el murmullo de la lluvia.

Entraron en un pequeño bar escondido, alejado de los sitios turísticos. El café estaba caliente, el ambiente era acogedor, íntimo y tranquilo, por un rato se permitieron olvidar todo lo demás.

Más tarde, decidieron acercarse al centro comercial. La campaña de Navidad ya había comenzado, y aunque no estaban de humor festivo, les apetecía dar una vuelta para ver qué regalar a sus seres queridos, gestos pequeños que pudieran traer algo de luz. Comieron allí mismo, sin prisas, y por la tarde fueron al cine. Una película de comedia para intentar subir los ánimos y dejarse llevar.

Cuando el día terminó, cada uno volvió a su casa. Clara no tenía ropa para el lunes, y aunque le habría gustado quedarse, decidió dormir en su cama. Hablaron un rato por teléfono, con las voces suaves, como si no quisieran romper el hechizo del día.

Después, cada uno se dispuso a cenar. Clara leyó un poco antes de dormir. Carles, fiel a su ritual, se puso una de sus series medievales. Afuera, la lluvia seguía cayendo. Pero dentro, por primera vez en mucho tiempo, había algo parecido a paz.

Como venía siendo habitual ese mes de diciembre, la lluvia seguía cayendo sobre Girona con una monotonía que parecía no tener fin, como si el cielo se hubiera propuesto no dar tregua. Clara y Carles estaban en la comisaría desde primera hora, revisando una y otra vez las grabaciones de las cámaras de tráfico. Pasaban las horas frente al monitor, avanzando y retrocediendo, buscando un reflejo en un escaparate, un detalle en la matrícula mal disimulada, cualquier detalle que pudiera darles una pista. Pero nada aparecía. El tiempo se deslizaba como agua entre los dedos, y la frustración se acumulaba en el ambiente.

Fue entonces cuando Sandra irrumpió en el despacho del inspector, con el rostro iluminado por una chispa de esperanza. Tras innumerables llamadas a agencias inmobiliarias, parecía haber encontrado algo. Reprodujo la conversación telefónica con voz firme, aunque aún incrédula:

—La agencia me dijo que habían alquilado una casita rústica con terreno en Sant Julià de Ramis. El contrato está a nombre de un tal Pedro Fernández. Le pedí una descripción básica y... podría encajar con Pietro. Le pregunté si iba acompañado, pero me dijeron que no. Lo curioso es que, aunque el nombre era muy común y español, su acento no lo era. Sonaba extraño, una mezcla entre italiano y andaluz. Eso me alertó. Les pregunté si disponían de la documentación del cliente, y me dijeron que sí la tenían, pero que necesitaríamos una orden para revisarla ya que no pueden entregar información privada por la ley de protección de datos.

Carles la escuchó con atención, y al terminar, miró a Clara. Ambos se levantaron de golpe, como si la silla les quemara.

—¿Dónde está esa inmobiliaria? —preguntó con voz seca.

—Calle Migdia, número 25 —respondió Sandra.

Mientras salían del despacho como un vendaval, Carles le gritó por encima del hombro:

—¡Ves pidiendo una orden de registro!

El coche patrulla rugió bajo la lluvia, atravesando las calles con velocidad. Dentro, el silencio era denso, cargado de pensamientos. Clara miraba por la ventana, viendo cómo las gotas se estrellaban contra el cristal, y en su interior se repetía una pregunta que la atormentaba: *¿Qué haré cuando vea a Pietro? ¿Lo dejaré en manos de la justicia... o acabaré con él, aunque eso me cueste la libertad?*

Carles, al volante, no decía nada. Pero su mandíbula apretada hablaba por él.

Al llegar a la inmobiliaria, entraron con paso firme. Carles mostró su identificación de policía y explicó brevemente la situación. Dos

trabajadores estaban en la oficina: un chico y una chica. Fue ella quien levantó la mano mientras colgaba el teléfono.

—Ha hablado conmigo —dijo—. Soy Ariadna. Pueden sentarse.

Carles intentó persuadirla, explicándole que se trataba del asesino de mujeres que ya aparecía en los telediarios bajo el nombre de *El Escultor*. Ariadna se quedó pálida, consciente de que podría haber estado cara a cara con el posible asesino el día que le enseñó la casa. Pero, aun así, se mantuvo firme: no podía dar información privada sin la orden y sin avisar al gerente.

—Lo siento —dijo con voz temblorosa—. No puedo ayudarles. Pero llamaré a mi jefe.

Pocos segundos después apareció Francisco, un hombre corpulento y alto, con gesto serio. Carles lo puso en antecedentes, y él respondió con un tono grave:

—Les animo a que lo atrapen cuanto antes. Pero sin la orden, no puedo darles nada.

Hizo una pausa, y luego añadió, bajando la voz:

—Aunque... si por casualidad los tres —Ariadna, el otro chico y yo — estuviéramos reunidos en mi despacho con la puerta cerrada, podría suceder que no nos diéramos cuenta de que alguien ha entrado en la oficina, y quizá ese alguien encontrara un ordenador encendido y con acceso disponible.

Francisco guiñó un ojo a Carles, y los tres se retiraron discretamente.

Carles se sentó frente al ordenador de Ariadna. Buscó en el sistema y, en cuestión de segundos, encontró la carpeta con el nombre de Pedro Fernández. Abrió el contrato y anotó la dirección de la casa en su libreta. Luego accedió al documento de identidad. La foto mostraba a un hombre con gafas y bigote. Clara, observando por encima de su hombro, sintió un escalofrío.

—Es él —susurró.

Carles asintió, con el rostro endurecido.

—Tienes razón. Es Pietro.

No había duda, pese al tímido camuflaje usado para generar la documentación falsa.

Guardaron la información sin decir nada más y salieron de la inmobiliaria. El aire frío les golpeaba el rostro, pero dentro de ellos ardía un fuego distinto: la certeza de que estaban cada vez más cerca.

Se dirigieron directamente hacia la finca de Sant Julià de Ramis.

La tarde acechaba y las luces del día poco a poco se desvanecían bajo la tempranera noche de diciembre. La finca parecía dormida bajo la lluvia persistente, con el aire impregnado de humedad y silencio. Clara y Carles, al llegar, avisaron a la comisaría: pidieron refuerzos y una ambulancia, por si dentro se encontraba alguna víctima retenida. Pero la impaciencia los devoraba. Sabían que Pietro podía estar allí, y la idea de esperar resultaba insoportable. No podían arriesgarse a que escapara.

Avanzaron con cautela, inspeccionando el perímetro. El terreno estaba encharcado, el porche mostraba un coche estacionado, vacío, y cada rincón parecía tranquilo, demasiado tranquilo. Fueron cerrando el cerco hasta la casa, comprobando ventanas, buscando algún movimiento, pero nada se revelaba. La puerta principal estaba cerrada con llave, y el silencio del interior era absoluto.

En el desván, Pietro había escuchado el motor del coche acercarse. No esperaba visitas. Desde la pequeña ventana vio a Clara y Carles salir del vehículo. Su respiración se aceleró, no por miedo, sino por excitación. *¿Y si podía acabar con el inspector y quedarse con Clara?* La idea lo estremecía. Se apartó de la ventana, sacó el cargador de su pistola para comprobar la munición y se colocó el arma en la parte posterior de la cintura. No pensaba rehuir el cuerpo a cuerpo si era necesario.

Carles miró a Clara, con la rabia contenida en la voz:

—Ha matado a demasiada gente... ¡joder! ¡No podemos esperar a los refuerzos!

Acto seguido forzó la entrada como ya había hecho en Roma, días atrás, en el apartamento de Matteo. La puerta cedió y comenzaron a registrar la casa. La planta baja estaba despejada, todo en orden. Subieron al segundo piso, revisaron las habitaciones y el baño, pero tampoco hallaron nada. Pietro seguía oculto en el desván, invisible.

De vuelta a la planta baja, se percataron de una puerta que aún no habían abierto. Al hacerlo, un golpe de aire húmedo y cargado les golpeó el rostro. Una escalera de madera descendía hacia un sótano. Bajaron despacio, cada crujido de la madera sonaba como si la escalera fuera a ceder. Al llegar a bajo, encendieron una luz, una bombilla amarilla colgada del techo por un simple cable negro.

El espectáculo los heló: cadenas en la pared del fondo, tierra húmeda manchada de sangre, y una chaqueta. Clara la reconoció al instante. Era la chaqueta de Alba. Allí la había tenido retenida. Los ojos de Clara se anegaron y una lágrima resbaló hasta la comisura de sus labios, dejando un sabor salado que la devolvió al dolor de su amiga.

Mientras tanto, Pietro abandonaba el desván y descendía con sigilo hacia la planta baja. Su plan era claro: alcanzar el coche del cobertizo sin ser visto. Avanzaba por el pasillo, pasos cortos y suaves, consciente de que la puerta del sótano estaba cerca.

En ese mismo instante, Carles, al ver que no había nadie allí, tomó a Clara del brazo. No quería que ella pasara ni un segundo más en aquel lugar. Comenzaron a subir las escaleras. El destino los empujaba hacia el encuentro.

De repente, la madera bajo el pie de Pietro crujió. El sonido fue mínimo, pero suficiente para congelar el aire. Clara y Carles se detuvieron. La tensión se volvió insoportable, como si pudiera cortarse con un cuchillo. Carles miró a Clara, sacó su pistola. Pietro, al otro lado, hizo lo mismo.

El pomo de la puerta comenzó a girar y a abrirse. Pietro lo observó, quedando oculto tras la puerta que se abría hacia su lado. Aprovechó la ventaja: empujó con fuerza, la puerta golpeó a Carles, que cayó escaleras abajo llevándose por delante a Clara. Ella, sujetándose a la barandilla, logró amortiguar la caída.

Pietro salió disparado por el pasillo, atravesándolo como un espectro. Carles se levantó de inmediato y corrió tras él, pero la distancia era insalvable. Pietro alcanzó el cobertizo, arrancó el coche y salió a toda velocidad.

Carles, llegó al porche jadeante, vio pasar el coche, levantó el arma y abrió fuego. Pietro respondió desde el vehículo. El intercambio de disparos fue breve pero brutal. Una bala alcanzó a Carles, que cayó al suelo justo cuando Clara salía por la puerta y vio el rostro de Pietro, fugaz, tras el volante, antes de perderse en el horizonte.

Clara corrió hacia Carles, se arrodilló junto a él y presionó la herida siguiendo sus indicaciones. El tiempo se volvió hielo, cada segundo era eterno.

Cinco minutos después llegaron los refuerzos y la ambulancia. Cinco minutos que para Clara fueron una eternidad. Carles fue trasladado de urgencia al hospital Josep Trueta, mientras ella, con las manos aún manchadas de sangre, veía cómo se lo llevaban, con el corazón desgarrado entre miedo y rabia.

Pietro había salido a toda velocidad tras el tiroteo, el coche acelerando bajo la lluvia como una bestia desatada. Durante los primeros kilómetros mantuvo la velocidad al límite, el motor forzado y las ruedas levantando agua en cada curva. Pero pronto comprendió que esa huida frenética lo delataría; aminoró la marcha, ajustó el volante y se mezcló con el tráfico como un conductor cualquiera. Sabía que debía deshacerse del coche o esconderlo en algún lugar hasta que todo se calmara. No podía arriesgarse a que reconocieran la marca y modelo en algún control de carretera.

Entonces decidió dirigirse a la cabaña que había visto semanas atrás, el mismo día que alquiló la casa. Apenas visible entre la vegetación, se alzaba en lo alto de una colina, a unos quince o veinte minutos de distancia.

Aquel día había decidido investigarla: un camino de tierra lo conducía hasta allí, fácil al inicio, pero cada vez más complicado a medida que se adentraba en el bosque. Aun así, había logrado llegar.

La cabaña estaba vacía, sin signos de vida, más bien parecía un pequeño almacén abandonado. Pensó que, al ser invierno, nadie la usaría por lo menos hasta la primavera. Fue entonces cuando decidió convertirla en su escondite secreto: compró provisiones, comida, agua, mantas, algo de leña... todo lo necesario para resistir unos días si las cosas se torcían.

Pietro entró y cerró la puerta de la cabaña tras de sí. El silencio del bosque lo envolvía, apenas roto por el golpeteo de la lluvia sobre el tejado. Encendió un fuego en una esquina, observó cómo las llamas crecían y llenaban la estancia de un calor áspero, y se sentó frente a ellas. Comió un trozo de pan con una lata de atún, masticando despacio, como si cada bocado fuera parte de un ritual de supervivencia. Luego se recostó sobre las mantas, con la mirada fija en el fuego, y dejó que el cansancio lo venciera. Necesitaba desaparecer unos días. Necesitaba que el mundo creyera que se había esfumado.

Capítulo 10

La tarde se había desvanecido por completo cuando la ambulancia arrancó con Carles en su interior. El inspector estaba sedado, pero la sangre seguía manando con violencia, y la bala incrustada en su cuerpo exigía una operación inmediata. El vehículo avanzaba a toda velocidad, adelantando coches que se apartaban al escuchar las sirenas, mientras el cielo se oscurecía como un manto que amenazaba tormenta.

Las primeras gotas se precipitaron en tromba, golpeando el parabrisas con tal fuerza que los limpiaparabrisas apenas podían evacuar el agua.

El asfalto mojado reflejaba las luces titilantes de la ambulancia, creando destellos rojos que se multiplicaban en cada charco. Por momentos, la lluvia parecía querer perforar el techo del vehículo, como si la naturaleza misma se sumara a la violencia del día.

Al entrar por la rampa de urgencias, todo cambió. El estruendo de los coches, las sirenas y la lluvia del exterior se apagó de golpe, dando paso a un silencio absoluto que duró apenas unos segundos. La ambulancia se detuvo, las puertas se abrieron y un equipo médico esperaba ya preparado.

Descargaron la camilla con rapidez y la empujaron por los pasillos del hospital, dirección al quirófano. Carles, medio sedado, mantenía los ojos entreabiertos; veía borroso, pero alcanzaba a distinguir el desfile rítmico de fluorescentes en el techo, que se sucedían uno tras otro como testigos mudos de su avance. El ritmo de las luces era hipnótico, un compás frío que lo acompañaba hasta que, finalmente, todo se volvió negro. La consciencia lo abandonó sin saber si regresaría o se perdería para siempre.

Clara llegó poco después, conduciendo el coche patrulla a toda velocidad. A su lado, en el asiento del copiloto, Martorell permanecía con la mirada fija en un punto invisible, perdido en sus pensamientos. Aparcaron frente al hospital y entraron sin demora.

En el mostrador de urgencias preguntaron por Carles; acababa de entrar en el quirófano respondió el chico que los atendió, ahora no pueden hacer más, deben esperar en la sala de espera.

Se sentaron en la sala contigua, inmóviles, como dos esculturas de mármol cinceladas con un realismo doloroso. No pestañeaban, no hablaban, apenas respiraban.

El tiempo se escurría como las gotas que resbalaban por el cristal del ventanal de la sala de espera, cada minuto más pesado que el anterior. Clara, atrapada en ese letargo, sintió de pronto un rugido en su estómago. Fue un recordatorio físico de que no había comido nada desde el mediodía, y ya era la hora de cenar. Su cuerpo reclamaba algo sólido para seguir adelante.

Se levantó despacio y miró a Martorell.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó.

El comisario reaccionó con un leve movimiento de cabeza, como si volviera de un sueño.

—Un café con leche... y mucho azúcar, por favor.

Clara asintió y se dirigió a las máquinas dispensadoras. Compró un sándwich de pavo, lechuga y tomate, y luego se plantó frente a la máquina de café. Sacó uno para Martorell y otro para ella. La noche sería larga, y necesitaban fuerzas y cafeína para resistirla.

Llevaban ya cuatro interminables horas en la sala de espera. La tensión era insoportable, cada minuto que pasaba parecía una eternidad. Finalmente, la puerta se abrió y apareció el doctor. Su rostro serio se suavizó al verlos.

—La operación ha ido bien —dijo con voz firme—. Hemos podido extraer la bala y limpiar los huesos astillados. La trayectoria estuvo a

punto de ser mortal: por unos milímetros no rozó el corazón y el pulmón. Se ha librado por poco. Tiene dos costillas rotas, varias fisuras en el esternón y desgarros musculares. Está fuera de peligro, pero necesita reposo absoluto.

Clara sintió cómo el aire volvía a sus pulmones.

—¿Podemos verlo? —preguntó, con la voz temblorosa.

El doctor negó con suavidad.

—No pueden molestarlo ahora. Pero sí pueden verlo des de fuera de la sala de observación.

Los acompañó por el pasillo hasta la sala. Allí, tras el cristal, Carles descansaba. Magullado, vendado, pero vivo y fuera de peligro. Clara lo miró en silencio, con el corazón encogido. *Espero que te recuperes pronto*, pensó. Se moría de ganas de abrazarlo, de besarlo, de cogerle la mano y decirle que estaba allí, que no lo dejaría solo y que todo saldría bien.

Martorell permanecía a su lado, serio, con los brazos cruzados. Ambos se quedaron de pie, contemplando al inspector, mientras la madrugada caía sobre ellos, haciendo mella en sus rostros exhaustos.

Clara, con el rostro marcado por el cansancio y la angustia, se acercó al médico y le preguntó si podía pasar la noche en el hospital. No quería separarse de Carles, no en ese momento, no después de haberlo visto debatirse entre la vida y la muerte. El médico la observó unos segundos, percibiendo en sus ojos la súplica silenciosa y en su expresión el desgaste de un día interminable. Para sorpresa de ella, el médico accedió: uno de los dos podía quedarse en la habitación, junto a Carles.

Martorell, que había escuchado la conversación, giró la cabeza hacia ella. Su mirada era clara, casi paternal, y sin necesidad de palabras le dio a entender que debía ser ella quien se quedara. Con un tono grave, pero cargado de ternura, añadió:

—Yo aquí no puedo hacer nada más. Y si Carles despierta, seguro que preferirá ver tu rostro antes que el de un viejo gruñón como el mío.

Clara sonrió apenas, agradecida. Martorell se despidió, comunicándole que se llevaría el coche patrulla en el que habían llegado, pero que, si en algún momento necesitaba marcharse del hospital para recoger ropa o cualquier cosa, bastaba con avisarle: mandaría a alguien por ella. Clara asintió con un gesto cansado y vio cómo el comisario desaparecía por la esquina del pasillo, rumbo a los ascensores.

Martorell condujo hacia su casa con el cuerpo en piloto automático. Su mente, sin embargo, estaba agitada, repasando una y otra vez lo sucedido, se imaginaba el tiroteo, la caída de Carles, la sangre, y su cuerpo se estremeció.

Cuando quiso darse cuenta, estaba ya frente al semáforo de su calle, sin recordar nada del trayecto. Giró a la derecha y entró en la rampa de acceso de su edificio, situado en la esquina entre la carretera de Barcelona y la calle Emili Grahit. Aparcó y subió en el ascensor hasta la séptima planta.

Vivía en un ático luminoso y amplio, junto a su mujer, que dormía profundamente. Eran ya la una de la madrugada. Se quitó la ropa en silencio en el comedor y entró en la habitación procurando no hacer ruido. Se acostó a su lado y, al verla allí, a salvo, sintió un alivio inmenso. Esa sensación lo envolvió y lo arrastró hacia un sueño profundo.

En el hospital, Clara se acomodó en el sofá cama de la habitación de Carles. Había pedido unas mantas y una almohada, y ahora se disponía a dejar atrás aquel terrible día. Antes de cerrar los ojos, se levantó y se acercó a la cama. Miró a Carles una última vez, revisó los monitores, se aseguró de que respiraba con normalidad y le dio un beso en la frente. Solo entonces se permitió tumbarse.

La oscuridad la envolvió, pero el descanso no fue plácido. El sueño la atrapó con pesadillas que se entremezclaban con la realidad.

Pietro aparecía en ellas, su rostro deformado por la violencia. Su mente reproducía una y otra vez el ataque a Carles, pero en sus sueños él no sobrevivía. Clara se agitaba bajo las mantas, atrapada en un mundo de sombras donde la muerte parecía inevitable.

La madrugada avanzó, y aunque el hospital estaba en calma, dentro de ella la tormenta seguía rugiendo.

Los primeros rayos de sol se filtraban tímidamente por las cortinas de la habitación del hospital, dibujando líneas doradas sobre el rostro de Clara. Se despertó lentamente, con la sensación de haber pasado una noche interminable. No había descansado como hubiera querido, pero al abrir los ojos y comprobar que Carles seguía estable, respiró con alivio. Miró el reloj: eran las 7:30. Se permitió recostarse de nuevo, cerrando los párpados por instantes, cayendo en pequeños sueños de apenas unos minutos, como si su cuerpo reclamara fragmentos de descanso que la noche le había negado.

A las ocho en punto, el sonido de pasos suaves anunció la llegada de dos enfermeros. Entraron con profesionalidad y calma, revisaron el suero, ajustaron los equipos, verificaron los parámetros que parpadeaban en las pantallas. Con delicadeza, invitaron a Clara a salir de la habitación para poder trabajar con tranquilidad. Ella aprovechó ese momento para ir al baño, lavarse las manos y la cara. Frente al espejo, se quedó unos segundos observándose: las ojeras le llegaban hasta el suelo, la piel pálida, el cabello alborotado. Apenas se reconocía. Era como si el cansancio hubiera cincelado un rostro distinto, más duro, más frágil en el que no se reconocía.

Cuando regresó, los enfermeros ya habían terminado. Clara les preguntó con voz baja si todo estaba correcto. Ellos asintieron con la cabeza, transmitiendo calma. Entonces, casi como si pidiera permiso, les dijo que necesitaba ir a su casa: ducharse, cambiarse de ropa, recuperar fuerzas, tampoco podía quedarse allí de brazos cruzados mientras Pietro seguía libre. Los enfermeros le respondieron que se marchara tranquila, que ellos cuidarían de Carles, y que en cualquier caso allí no podía hacer mucho más. Le tomaron el número de

teléfono en la recepción de la planta, asegurándole que la avisarían de inmediato si había algún cambio en el estado del inspector.

Clara recorrió el pasillo, el mismo por el que horas antes había despedido al comisario Martorell. Giró a la derecha y se detuvo frente a los ascensores. Pulsó el botón y esperó en silencio. Cuando las puertas se abrieron, entró junto a otra mujer, mayor que ella, con un aspecto igual de cansado, marcado por la fatiga y la tristeza. Clara la miró de reojo y se preguntó qué historia habría detrás de aquel rostro abatido, qué dolor la habría llevado hasta allí.

Al salir a la calle, el aire frío la envolvió. Inspiró profundamente, dejando que el oxígeno despejara su mente. El sol brillaba con intensidad, bañando la ciudad en una luz clara y limpia, como si quisiera borrar la tormenta del día anterior. El invierno seguía presente, pero el cielo prometía un día soleado.

Frente al hospital, la parada de taxis esperaba. A esa hora aún no había mucho ajetreo y Clara pudo subirse al primero disponible sin hacer cola, agradeciendo el silencio y la discreción del conductor. No quería molestar al comisario ni a nadie para que la vinieran a buscar. Necesitaba un momento de soledad, un trayecto en silencio, para recomponerse antes de volver a enfrentarse al mundo.

Clara subió las escaleras con pasos pesados, cada peldaño parecía multiplicar el cansancio acumulado en su cuerpo. Mientras ascendía, rebuscaba en el bolso las llaves de su piso, palpando con torpeza entre papeles y objetos hasta que finalmente las encontró. El sonido metálico al girar la cerradura fue casi un alivio físico: por fin estaba en casa.

Al cerrar la puerta tras de sí, comenzó a desvestirse sin pensar, dejando la ropa caer en el suelo como si se desprendiera de todo el peso invisible que había cargado en las últimas horas. Necesitaba un baño urgente, un refugio de agua caliente, como si sintiera la necesidad de purificarse.

La bañera comenzó a llenarse, y el vapor se expandió lentamente por la estancia, cubriendo los azulejos con una neblina suave. Clara

se quedó embobada mirando cómo el nivel del agua subía, fascinada por la sencillez de aquel movimiento. Por primera vez en mucho tiempo, su mente se apagó. No pensaba en Carles, ni en Pietro, ni en los crímenes. Solo en el agua que ascendía, en el sonido constante del grifo, en el calor que empezaba a envolverla.

Cuando el nivel alcanzó la altura suficiente, se metió en la bañera y se dejó llevar. Permaneció allí largo rato, inmóvil, con la mente en blanco, como si el agua hubiera borrado cada pensamiento. Media hora después, emergió con energía renovada. Se enjabonó con calma y se aclaró el cuerpo, sintiendo cómo el cansancio se desprendía de su piel junto con la espuma.

Al salir, el baño estaba cubierto por una neblina espesa. El cristal del espejo, completamente empañado, no reflejaba nada. Clara abrió la ventana y dejó que el aire frío entrara, disipando poco a poco la humedad acumulada. Mientras se cepillaba los dientes, el espejo comenzó a revelar de nuevo su rostro: cansado, marcado por la tensión, pero ahora con una chispa distinta en los ojos.

El descanso había quedado atrás. Su mente ya no estaba en el baño ni en el alivio momentáneo, sino en Pietro. En capturarlo. En poner fin a la pesadilla. Se vistió con premura, recogió lo imprescindible y salió de casa con paso decidido. Caminaba con firmeza hacia la comisaría, con la esperanza de que allí, entre informes y llamadas, hubiera alguna novedad que los acercara al asesino.

Clara atravesó las puertas de la comisaría, aunque en su interior aún pesaba el cansancio acumulado. Lo que la sorprendió fue el ambiente que encontró: lejos de la tristeza o el abatimiento que esperaba tras el tiroteo del día anterior y el compañero herido, los rostros de los agentes estaban llenos de vitalidad. Cada uno parecía concentrado al máximo en su labor, enfocados en un único objetivo: atrapar a Pietro. La tensión se había transformado en energía, en una determinación compartida que impregnaba cada rincón del edificio.

Mientras avanzaba por el pasillo en dirección al despacho de Martorell, las miradas se cruzaban con las de otros policías. No hacían falta palabras: cada gesto, cada mirada, era un mensaje de ánimo. Clara respondía a cada uno de ellos con un leve movimiento de cabeza, un gesto sutil que agradecía silenciosamente el apoyo. Esa complicidad muda la reconfortaba, le recordaba que no estaba sola en la lucha.

Al llegar al despacho, Martorell la recibió con un gesto serio pero cercano. Tras una breve charla informal, en la que Clara le explicó cómo había pasado la noche Carles y cómo seguía estable en el hospital, se pusieron de inmediato a trabajar. El comisario desplegó sobre la mesa los informes más recientes y habló con voz firme:

—De momento no tenemos ninguna pista clara, pero Pietro no puede andar muy lejos. Ayer apostamos controles en todas las carreteras, es imposible que haya salido de la zona. Lo tenemos cercado, aunque no sepamos dónde se esconde. De momento disponemos de las huellas de los neumáticos que dejó en el barro y sabemos la marca y modelo exactos. Hemos decidido ampliar la búsqueda hacia la montaña. Los agentes forestales nos están ayudando; nadie mejor que ellos, que conocen cada rincón de la zona, para cubrir ese terreno.

Clara asintió, sintiendo cómo la esperanza se mezclaba con la ansiedad. La idea de Pietro escondido en algún lugar cercano la mantenía alerta, como si en cualquier momento pudiera aparecer y actuar de nuevo.

Al cabo de un rato, la rutina de la comisaría se vio interrumpida. Matteo d'Alessandro cruzó la puerta principal. Algunos agentes lo reconocieron de inmediato: había estado detenido allí durante cuarenta y ocho horas como sospechoso de los asesinatos, y su presencia no pasaba desapercibida. Preguntó por Clara o por el comisario Martorell, insistiendo en que necesitaba hablar con ellos. El policía de recepción, desconcertado, le pidió que esperara, que no sabía si estaban disponibles. Matteo, con voz apremiante, aclaró que era urgente.

El agente se dirigió al despacho y llamó a la puerta. Martorell levantó la vista, molesto por la interrupción, y lo atravesó con la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó con sequedad.

—El tal Matteo d'Alessandro está en la recepción —respondió el policía—. Dice que quiere hablar con ustedes. Insiste en que es urgente.

Clara y Martorell cruzaron una mirada rápida, cargada de significado. Sin decir nada más, ambos se levantaron y caminaron hacia la entrada. Allí, sentado en una de las sillas, estaba Matteo. Sujetaba con fuerza su maletín, ese objeto del que nunca se desprendía, como si fuera una extensión de sí mismo. Su rostro mostraba tensión, y sus ojos buscaban a Clara con una urgencia que no dejaba lugar a dudas: algo importante estaba a punto de revelarse.

Matteo comenzó con voz grave, casi contenida, diciendo que había escuchado por televisión lo sucedido con Carles y que lo lamentaba profundamente. Añadió que había venido a ayudar en lo que pudiera, y que tenía información importante que revelar. Clara y Martorell se miraron de reojo, dudando si fiarse de él o no.

—¿Podemos hablar en un sitio más tranquilo? —pidió Matteo, con un tono que mezclaba urgencia y súplica.

Martorell lo observó unos segundos, calibrando cada gesto, y finalmente respondió con sequedad:

—Estaremos mejor en mi despacho.

Con un ademán les indicó que lo siguieran. Los tres se sentaron, y Clara y Martorell clavaron sus ojos sobre Matteo, como intentando penetrar en su mente, esperando que hablara sin necesidad de preguntas.

Matteo respiró hondo y comenzó desde el principio:

—No es casualidad que esté en Girona al mismo tiempo que Pietro. Todo se remonta a nuestro encuentro en Sevilla. Allí me encontré con un Pietro que no conocía. Al principio parecía estar bromeando, pero no paraba de hablar sobre la escultura... y sobre qué pasaría si, en vez de esculpir mármol, esculpiera sobre carne. Decía que, en el mundo del arte, y en concreto en la escultura, ya no tenía cabida, que quería inventar una nueva disciplina en la que él fuera el precursor: el escultor de la carne humana.

Clara se tensó al escuchar esas palabras. Martorell frunció el ceño, incrédulo, pero atento. Matteo prosiguió, relatando la conversación que había tenido con Pietro en un bar de Sevilla, unos meses atrás.

Le había preguntado a qué se refería exactamente con esa idea. Pietro, con los ojos encendidos, le confesó que había tenido un sueño, una «iluminación» que lo había obsesionado. Durante un tiempo había luchado contra ella, pero finalmente la abrazó: convertir la escultura en carne y hueso. ¿Cómo hacerlo? Asesinando y dejando los cadáveres dispuestos emulando formas escultóricas y dejarlos expuestos en lugares públicos.

Matteo se estremeció al recordar aquel momento.

Intentó quitar hierro al asunto, diciéndole que no dijera sandeces, que el calor de Sevilla le había frito el cerebro. Le recordó que era un buen escultor, que podía renacer, que aún era joven y podía hacer crecer su arte. Pero Pietro se enfureció.

—¡Tú deberías apoyarme! —le gritó—. Fuiste mi maestro, tú me dijiste que dejara fluir mi imaginación sin barreras. Y ahora me vienes con eso de encontrar mi camino de nuevo en el mármol... ¡El camino ya lo he encontrado, viejo!

En un último intento por hacerlo recapacitar, Matteo le dejó sobre la mesa una pequeña escultura de un ángel, tallada en mármol de Carrara, de unos veinte centímetros de altura que había guardado largo tiempo. Pietro se quedó confundido, como si la figura despertara recuerdos enterrados. Matteo le dijo que era lo último que él, Pietro, había esculpido en la Academia, que debía reconocer

la delicadeza y la belleza de aquella obra, porque eso era lo que él era capaz de hacer, ese era su don.

Pero Pietro enrojeció de furia. Recordó la Academia, recordó a Clara, recordó todo lo que había marcado su vida desde entonces, y estrelló la figura contra el suelo, ante la mirada incrédula y asustada de los otros clientes del bar.

Matteo, entre asustado y decepcionado, se levantó y dijo:

—Adiós, Pietro. No puedo hacer más por ti.

Giró sobre sí mismo y salió al sol abrasador del mediodía, dejando atrás a un hombre que ya no reconocía.

Pietro se quedó sentado, inmóvil, con la mirada fija en la figura esparcida por el suelo, recogió los pedazos y se marchó.

De vuelta al presente, Matteo explicó que cuando se enteró de un asesinato en Girona con tintes artísticos, algo en su interior se agitó. Recordó aquella conversación y decidió investigar. Y entonces lo vio: un trozo de mármol apareció como pista en el primer crimen. Reconoció al instante la cabeza del ángel, la misma figura que Pietro había destrozado en Sevilla.

Recordó también que, en Roma, un par de meses atrás había encontrado un fragmento de mármol en su piso, al que no dio importancia, pero que lo inquietó, incluso llegó a avisar a la policía ya que alguien había allanado su casa, pero no había nada revuelto, no faltaba nada, solo la pieza de mármol inerte sobre la mesa.

Pero al ver la cabeza del ángel en el lugar del crimen, comprendió que aquel trozo de mármol que halló en su piso era parte de aquel ángel convertido en pedazos. Pietro lo había dejado allí, como una señal, como un aviso de que su proyecto macabro había comenzado.

Matteo se quedó helado. *Ya ha empezado...* pensó. *El plan de Pietro se está materializando.*

—Por eso decidí venir a Girona —concluyó, con la voz quebrada—. Para buscarlo.

Clara y Martorell se miraron en silencio. La tensión era palpable. ¿Podían confiar en Matteo? ¿Era realmente un aliado, o solo otro peón en el juego retorcido de Pietro?

El silencio en el despacho era denso, casi irrespirable. Clara y Martorell se miraron un instante, y fue el comisario quien rompió la quietud con voz grave:

—¿Por qué lo dices ahora, Matteo? ¿Por qué no lo contaste desde el principio, cuando te tuvimos aquí?

Clara reforzó la pregunta con una mirada penetrante, como si quisiera arrancar la verdad directamente de sus ojos.

Matteo bajó la cabeza, sus manos aferradas al maletín como si fuera un salvavidas.

—Pensé en acudir a la policía, claro que lo pensé... —dijo con voz temblorosa—. Pero entonces caí en la cuenta de que Pietro había estado en mi casa. Ese trozo de mármol que dejó... ¿y si era una amenaza? ¿Y si era su forma de decirme que yo podía ser una de sus víctimas? Una especie de aviso de «cortesía» macabro de lo que me esperaba.

Clara frunció el ceño, inquieta. Martorell se inclinó hacia adelante, sin apartar la mirada de Matteo.

—Y después empezaron a perseguirme —continuó Matteo—. Ahora sé que erais vosotros, tú, Clara y el inspector, pero en aquel momento no lo sabía. Temía por mi vida. Por eso fingí estar en Cataluña buscando una sustituta para mi puesto en la Academia. Necesitaba una coartada, algo verosímil que pudiera contarle a Pietro si me capturaba. No podía aparecer como alguien que lo estaba siguiendo, que lo pudiera delatar o intentar detener, debía parecer un profesor ocupado en sus asuntos, nada más.

Se hizo un silencio pesado. Clara lo observaba con mezcla de incredulidad y compasión. Martorell, más frío, tamborileaba los dedos sobre la mesa, evaluando cada palabra.

—Así que todo este tiempo... —dijo Clara, con voz baja pero firme—. Todo este tiempo sabías que Pietro había empezado su plan, y aun así decidiste callar.

Matteo levantó la mirada, con los ojos vidriosos.

—Sí, callé por miedo. Miedo a que, si hablaba demasiado pronto, Pietro me encontrara antes de que pudiera encontrarlo yo.

Martorell se recostó en la silla, cruzó los brazos.

—El problema, Matteo, es que ahora necesitamos decidir si tus palabras nos son de ayuda o una distracción.

El aire en el despacho se tensó aún más. Clara sentía que cada frase de Matteo podía ser la clave para entender a Pietro, pero también podía ser otra trampa o artimaña en este juego.

Martorell lo observó con una mirada dura, como si quisiera atravesar sus palabras y llegar hasta el fondo de su conciencia.

—Bien, Matteo —dijo con voz grave—. Ya nos has contado tu historia, pero si de verdad esperas que confiemos en ti, necesito algo más que recuerdos y sospechas. ¿Sabes cómo podemos detenerlo? ¿Tienes alguna idea de dónde podría estar escondido ahora?

El silencio volvió a llenar el despacho tras las preguntas de Martorell. Clara aguardaba con el ceño fruncido, expectante, mientras el comisario mantenía la mirada fija en Matteo, como si quisiera arrancarle la respuesta de los labios.

Matteo respiró hondo, y finalmente habló:

—No... no sé cómo detenerlo. Tampoco sé con certeza dónde puede esconderse.

Las palabras cayeron pesadas, como un jarro de agua fría. Clara apretó los labios, decepcionada, y Martorell se recostó en la silla de nuevo con gesto severo. Pero antes de que el silencio se volviera definitivo, Matteo continuó:

—Lo que sí puedo hacer es ayudar. Mientras el inspector se recupera, puedo estar al lado de Clara. Formar un equipo de investigación, aportar lo que sé de Pietro, de su mente, de su manera de pensar. No quiero quedarme al margen. También tengo una responsabilidad que asumir en toda esta historia.

Clara lo miró con desconfianza, pero también con una chispa de reconocimiento: sabía que, por retorcida que fuera su relación con Pietro, Matteo lo conocía mejor que nadie. Martorell, aún serio, no respondió de inmediato. Se limitó a observarlos a ambos, consciente de que aquella alianza podía ser tan peligrosa como necesaria.

El despacho quedó en silencio. Afuera, la comisaría seguía vibrando con actividad, cada agente enfocado en la caza de Pietro. Dentro, en ese pequeño espacio, se había sellado una decisión que marcaría el rumbo de la investigación: Clara y Matteo, unidos por necesidad, se convertirían en un equipo.

Capítulo 11

El sol despuntaba tímidamente por detrás de las montañas, derramando un resplandor dorado sobre las copas de los árboles. La luz avanzaba como un ejército silencioso, conquistando poco a poco la espesura del bosque hasta alcanzar la cabaña donde Pietro llevaba horas despierto. No había logrado dormir: la noche había sido un desfile interminable de pensamientos afilados, de planes que se entrelazaban como sombras inquietas.

Los primeros rayos penetraron por las rendijas de la madera, iluminando su guarida con una calidez que él no sentía. Permanecía sentado, inmóvil, con la mirada fija en un punto imaginario, como si en aquel rincón de penumbra pudiera descifrar el destino de su obra. Sabía que ya no podía permitirse improvisar. La policía lo buscaba, conocían su rostro, su nombre, su historia. Cada paso debía ser calculado, cada movimiento medido con la precisión de un escultor que trabaja sobre un material frágil.

Y entonces, como si la luz del amanecer hubiera activado un resorte oculto en su mente, lo vio con absoluta claridad:

el escenario del próximo crimen.

Las murallas que serpenteaban detrás de la Catedral de Girona, un lugar antiguo, silencioso, apartado del bullicio nocturno. Un enclave donde la piedra parecía guardar secretos centenarios y donde nadie interrumpiría su labor. Allí, en ese rincón suspendido entre la historia y la sombra, podría dar forma a su siguiente «escultura».

La idea lo electrificó. Ya no podía permanecer más tiempo en la cabaña. Era imprudente, sí, apenas habían pasado dos días desde el tiroteo con el inspector, pero su obra reclamaba continuidad. Sentía

que el final se acercaba, que el epílogo estaba a punto de escribirse, y debía concluirlo antes de desaparecer para siempre.

Se acabaron los disfraces, los sombreros, las pistas teatrales. A partir de ahora sería un hombre corriente, invisible, uno más entre la multitud. La normalidad sería su máscara más perfecta.

Preparó un café y lo bebió en silencio, mientras el vapor ascendía en espirales que parecían danzar con la luz del amanecer. Luego salió al exterior. El aire frío le golpeó la piel pálida, cerró los ojos y respiró hondo, como si quisiera absorber la energía del bosque. Cuando los abrió, su decisión estaba tomada.

Era hora de volver a la ciudad.

La cafetería empezaba a cobrar vida a esa hora. La luz de la mañana entraba por los ventanales, iluminando las motas de polvo que flotaban en el aire como pequeños espectros. Clara y Matteo se habían sentado en una mesa apartada, donde el murmullo lejano de la máquina de café apenas perturbaba el silencio que se había instalado entre ellos.

Clara sostenía su taza con ambas manos, buscando en el calor un ancla para ordenar sus pensamientos. Matteo, frente a ella, parecía más cansado que el día anterior; sus ojos tenían un brillo inquieto, como si hubiera pasado la noche en vela.

—Tenemos que empezar por lo básico —dijo Clara finalmente, con voz baja—. Si Pietro está escondido... ¿dónde podría haber ido? ¿En qué lugares podría sentirse seguro?

Matteo dejó la cucharilla sobre el plato con un leve tintineo.

—La montaña —respondió sin dudar—. Siempre que podía, escapaba a ella. Era su refugio. Decía que allí podía pensar, respirar... que la piedra y los árboles le hablaban más que las personas. Allí encontraba calma, inspiración... y silencio.

Clara asintió lentamente.

—Lo sorprendimos en su casa y a buen seguro se asustó y debió sentirse vulnerable. Lo lógico es que buscara un lugar donde refugiarse y sentirse a salvo. Un sitio donde nadie pudiera encontrarlo.

Matteo entrelazó las manos sobre la mesa, pensativo.

—Sí. Habría huido hacia la montaña. Siempre lo hacía cuando algo lo superaba. Allí se sentía invencible, como si el mundo no pudiera alcanzarlo. Y cuando regresaba... lo hacía con más fuerza y más determinación.

Clara lo observó unos segundos, calibrando cada palabra.

—¿Crees que podría haberse ido? —preguntó al fin—. ¿Que haya abandonado Girona?

Matteo levantó la mirada. En sus ojos había una certeza inquietante.

—No. Pietro no se irá. No ahora.

—¿Por qué estás tan seguro?

Matteo respiró hondo, como si las palabras le pesaran.

—Porque su obra no está concluida. Y Pietro jamás deja nada a medias. Ni, aunque le cueste la libertad... ni aunque le cueste la vida. Él necesita un final. Necesita cerrar el círculo. Hasta que no lo haga, no se marchará de aquí.

Un escalofrío recorrió la espalda de Clara.

—Entonces crees que seguirá matando si no lo detenemos... ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no se haya ido?

—En su libro de bocetos quedan dos esculturas —confirmó Matteo—. Y él nunca deja un proyecto incompleto. Cuanto más cerca siente el final, más peligroso se vuelve. Más rápido. Más impredecible. No creo que permanezca mucho tiempo en su refugio. No tardará en dejarse ver de nuevo.

Clara apretó la taza entre las manos, como si temiera que el frío del mundo pudiera colarse entre sus dedos.

—Tenemos que encontrarlo antes de que actúe otra vez.

Matteo asintió, con una gravedad que parecía hundirlo en la silla.

—Y lo haremos. Pero para atraparlo... primero debemos entender cómo piensa. Eso es lo único que puedo ofrecerte, Clara. Conozco sus miedos, los posibles lugares donde puede sentirse a salvo, sus obsesiones. Si seguimos ese rastro... lo encontraremos.

Clara lo miró fijamente, sin parpadear.

—Entonces empecemos por las montañas próximas a la casa que tenía alquilada. Escudriñemos la zona. Hablemos con los vecinos de las masías. Alguien debe haber visto algo estos últimos días.

Ambos se levantaron. Matteo se adelantó y pagó la cuenta. Clara lo observó y le dio las gracias con la mirada. En el fondo, se sentía aliviada de tener a su antiguo profesor a su lado en ese momento. No estaba sola. No ahora que Carles luchaba por recuperarse.

Clara y Matteo subieron al coche y emprendieron el camino hacia la casa que Pietro había tenido alquilada. La carretera serpenteaba entre árboles desnudos, y el aire frío de la mañana parecía espesarse a medida que avanzaban. Cuando llegaron, el silencio del lugar resultaba casi inquietante, como si la casa misma contuviera la respiración.

Aparcaron en el patio y bajaron del coche. Clara avanzó unos pasos hasta el porche, donde se detuvo. Necesitaba reconstruir en su mente cada instante de aquella tarde. Cada sonido. Cada sombra. Cada gesto.

Se quedó inmóvil, con la mirada fija en un punto indefinido del horizonte. Matteo dio un paso hacia ella, dispuesto a hablar, pero Clara levantó una mano sin apartar la vista del vacío. No quería interrupciones. Estaba sumergiéndose en su memoria, intentando revivirlo todo con la precisión de un relojero.

Las imágenes regresaron con una nitidez dolorosa: el disparo, la sangre, la carrera desesperada, el rostro de Pietro deformado por la furia. Todo se desplegaba ante ella como una escena proyectada en

la oscuridad de su mente. Pero por más que rebuscaba entre los recuerdos, no encontraba nada nuevo. Nada que se le hubiera escapado. La única pista seguía siendo la misma: la dirección en la que Pietro había huido.

Finalmente, parpadeó y volvió al presente. Miró a Matteo.

—Vamos a entrar —dijo con voz firme—. Revisaremos la casa otra vez. Esta vez lo haremos nosotros. La policía forense habrá hecho su trabajo, pero... nosotros conocemos a Pietro. Sabemos cómo piensa. Cómo se mueve. Quizá encontremos algo que ellos pasaran por alto.

Matteo asintió sin decir palabra. Había en su mirada una mezcla de respeto y preocupación.

Clara avanzó hacia la entrada. La cinta policial seguía ondeando débilmente con la brisa, como un recordatorio de lo que había ocurrido allí. La levantó con cuidado y ambos cruzaron el umbral.

El interior de la vivienda los recibió con un silencio denso, casi opresivo. El aire olía a madera vieja, a polvo removido, a algo que se había detenido en el tiempo. Clara sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Busquemos —murmuró.

La casa aún conservaba el eco del miedo que había albergado a penas unos días atrás. Clara avanzó por el pasillo con paso lento, observando cada rincón con una atención meticulosa. Matteo la seguía en silencio, dejándole espacio, consciente de que su mente estaba reconstruyendo cada detalle de aquella tarde.

Llegaron al pequeño cobertizo adosado a la vivienda. La puerta estaba entreabierta, Clara la empujó con suavidad y al entrar, un olor tenue a metal oxidado, humedad y tierra mojada los recibió. Dentro, entre herramientas viejas y cajas apiladas, descansaba una bicicleta de montaña al fondo del cobertizo.

—Estoy segura de que la policía la vio —murmuró Clara—. Pero no deberían haber encontrado nada relevante. Al menos no aparecía en el informe... por lo que no debieron darle importancia.

Matteo se acercó despacio, como si temiera perturbar algo invisible. Se agachó junto a la bicicleta y pasó los dedos por el cuadro. Al retirarlos, observó la yema de sus dedos con el ceño fruncido.

—Mira esto —susurró.

Clara se inclinó a su lado. Sobre la pintura negra había pequeños puntos brillantes, casi imperceptibles, como diminutas gotas solidificadas.

—¿Qué es? —preguntó.

Matteo acercó la nariz y aspiró con cuidado.

—Resina —respondió—. Resina de pino.

Clara frunció el ceño.

—Pero aquí no hay pinos.

Matteo asintió lentamente, como si la pieza del rompecabezas acabara de encajar en su mente.

—Exacto. Y no es poca cantidad. Mira... —señaló el cuadro—. Hay demasiada para que sea casual. Esto no es de pasar puntualmente por un sendero. Esto es de haber estado horas bajo un pinar. Quizá días.

Un leve estremecimiento recorrió a Clara.

—¿Entonces podría ser que Pietro tenga su escondite en un bosque de pinos cercano?

—Sí —respondió Matteo—. Como te dije, Pietro siempre busca refugio en la montaña. Esta vez no habrá sido distinto.

Clara lo miró fijamente.

—Entonces... tenemos por dónde empezar.

Matteo asintió.

Clara sintió cómo la adrenalina le recorría el cuerpo. Por primera vez desde el tiroteo, tenían algo. Una dirección en la que seguir. Un

nuevo punto de partida.

—Tenemos que avisar a Martorell —dijo con voz firme—. Necesitamos ayuda. Los alrededores de Girona están llenos de pinares. Este hallazgo nos acota la zona, pero aun así sigue siendo demasiado grande para nosotros solos.

Matteo dejó la bicicleta en su sitio, se incorporó y asintió.

Clara salió del cobertizo con el móvil ya en la mano.

El sol de la mañana le golpeó el rostro mientras marcaba el número del comisario. Matteo la observaba en silencio, esperando.

—¿Sí? —respondió Martorell al segundo tono, con su voz grave y directa.

—Comisario, soy Clara. Hemos encontrado algo en la casa de Pietro —dijo ella sin rodeos—. Una bicicleta cubierta de una cantidad inusual de resina de pino. Más de la que se obtendría normalmente pasando por los senderos, Matteo cree que esta bicicleta ha pasado horas o quizá días, bajo un pinar.

Hubo un breve silencio al otro lado, como si Martorell procesara la información a toda velocidad.

—¿Estáis seguros?

—No hay pinos cerca de la casa. Esto significa que Pietro ha estado moviéndose por alguna zona de pinares, donde probablemente tenga un refugio o un escondrijo.

Martorell soltó un gruñido que Clara interpretó como aprobación.

—Bien. Esto es más de lo que teníamos hace una hora. Seguid investigando e informadme si tenéis más novedades. Yo me encargo de movilizar a toda la comisaría, vamos a peinar todos los pinares hasta dar con él.

—Gracias —respondió Clara.

Colgó. Matteo la miró, expectante.

—¿Qué ha dicho?

—Que nos pongamos en marcha —respondió ella. Y que va a mover cielo y tierra para encontrarlo.

Martorell dejó el teléfono sobre la mesa con un golpe seco. Se levantó de su silla, abrió la puerta de su despacho y salió a la sala de operaciones con paso decidido. Los agentes que trabajaban en sus escritorios levantaron la vista al verlo aparecer con ese gesto que todos conocían: algo importante había ocurrido.

—¡Atención! —tronó su voz, resonando por toda la sala.

El murmullo se apagó de inmediato.

—Tenemos novedades del caso —continuó, avanzando hacia el centro de la sala—. Creemos que Pietro Fiore puede hallarse escondido en una zona rodeada de pinares. Sé que no es mucho, pero es más de lo que teníamos. Y vamos a tirar de este hilo hasta el final.

Los agentes intercambiaron miradas tensas, expectantes.

—Movilizaos —ordenó Martorell—. Empezad por las zonas de pinar menos transitadas. Hablad con los payeses de la zona. Preguntad a cualquier persona que encontréis en el bosque si ha visto a Pietro. Llevad fotos suyas, para que puedan identificarlo al instante si es preciso.

Un par de agentes ya estaban levantándose, en busca de sus chaquetas.

—Reuníos con los guardas forestales. Pedidles ayuda y opinión para decidir qué zonas debemos cubrir primero. Quiero saber dónde hay refugios, cabañas libres, cualquier estructura donde pueda esconderse. No dejéis ni un rincón sin revisar.

La comisaría se alborotó de golpe. Sillas moviéndose, teléfonos sonando, botas golpeando el suelo. Todos se pusieron en marcha, encabezados por un Martorell que parecía dispuesto a recorrer él mismo cada metro de bosque si hacía falta.

De vuelta en el coche, Clara marcó el número de Joan mientras Matteo se abrochaba el cinturón. Joan respondió rápido, con su tono habitual, cálido y algo sorprendido.

—Clara, ¿todo bien?

—Dentro de lo que cabe, sí —respondió ella—. Necesito pedirte un favor. Es importante.

Joan guardó silencio unos segundos, atento.

—Dime.

—Creemos que Pietro podría estar escondido en alguna zona boscosa rodeada de pinares. No sabemos cuál, pero la bicicleta que tenía en la casa estaba cubierta de mucha resina.

—Ya... —murmuró Joan, procesando la información—. Y quieres saber por dónde empezar a buscar.

—Exacto. Tú conoces mejor que nadie los bosques de la zona. Corres por ellos cada semana. Quizá puedas orientarnos... o avisar a tu gente del club. Si salen a correr o en bici, que estén atentos a movimientos extraños. A alguien que no encaje. A cualquier cosa fuera de lugar.

Joan suspiró, pero no por cansancio: por preocupación.

—Claro que sí, Clara. Déjame pensar... —hubo un breve silencio—. Hay zonas de pinar muy densas en la parte alta de Sant Miquel. También en el camino viejo hacia la Mare de Déu del Mont. Y más arriba, cerca de la torre de vigilancia. Son sitios donde uno puede desaparecer, aunque son zonas que pueden estar concurridas, por lo que no creo que ande por allí, pero pensaré en ello e intentaré darte algunas ubicaciones.

—¿Puedes avisar a tus compañeros?

—Ahora mismo —respondió Joan—. Les mandaré fotos de Pietro y les diré que estén atentos. Si alguien lo ve o tiene una tímida sospecha, por pequeña que sea, te llamo al instante.

Clara sintió un alivio tenue, pero real.

—Gracias, Joan.

—Gracias a ti Clara, de verdad, debemos encontrar a ese asesino, por Alba y por todas las víctimas y personas a las que ha hecho sufrir —respondió él—. Y Clara... tened cuidado ahí fuera.

—Vosotros también, ella colgó, respiró hondo y miró a Matteo.

—Tenemos más refuerzos —dijo.

Matteo asintió.

Cuando Pietro llegó al corazón de Girona. El sol caía perpendicular sobre las piedras antiguas, arrancando destellos dorados de las fachadas y llenando las calles estrechas de un brillo casi irreal. A simple vista, parecía un turista más: caminaba despacio, con las manos en los bolsillos, deteniéndose de vez en cuando para observar un edificio, una escultura, un arco medieval. Se diluía entre la gente con una naturalidad inquietante.

Pero bajo esa apariencia tranquila, su mente era un torbellino silencioso. Sus ojos, atentos, recorrían cada rostro, cada gesto, cada sombra. No paseaba: cazaba.

Tras un rato deambulando por el casco antiguo, le entró el apetito y decidió entrar en una taberna, era una taberna rústica de esas que parecen detenidas en el tiempo. El interior olía a madera vieja y a brasas recientes. En las paredes colgaban utensilios de campo, botellas de ratafía y licores locales llenaban las estanterías, y una gran pizarra negra mostraba los platos del día escritos con tiza. Las vinotecas iluminadas proyectaban un resplandor cálido sobre las mesas altas y los taburetes de madera.

Pietro eligió una mesa al fondo, desde donde podía ver toda la sala sin ser visto. No quería distracciones. Necesitaba estar alerta.

Pidió agua y un menú sencillo: huevos revueltos con jamón, una butifarra a la brasa con monchetas y, de postre, un xuixo. Comía despacio, como si cada bocado fuera parte de un ritual que lo mantenía en equilibrio.

Fue entonces cuando la vio.

Una joven entró sola en la taberna. Alta, rubia, con un aire extranjero que la hacía destacar entre los comensales locales. Se sentó, aparentemente sin esperar a nadie, hecho que quedó confirmado una vez pidió comida solo para una persona. Pietro la observó con la calma de quien analiza un bloque de mármol antes de empezar a trabajarlo.

Una pieza aislada. Un fragmento perfecto.

Y Pietro, que ya no tenía tiempo para patrones ni simbolismos, supo que quizá el destino acababa de poner ante él a su próxima víctima.

Continuó comiendo con parsimonia, alargando el tiempo para sincronizarse con ella. Cuando vio que la joven estaba terminando su plato, levantó la mano y pidió la cuenta para adelantarse. Pagó en efectivo, sin dejar rastro.

Cinco minutos después, una vez la chica hubo pagado la cuenta, Pietro salió tras ella, manteniendo siempre una distancia prudente.

La siguió por las callejuelas del casco antiguo. La joven se detenía en algunos escaparates, observaba artesanías, postales, pequeñas joyas hechas a mano. Pietro la estudiaba en silencio, atento a cada movimiento. Ella no parecía advertir su presencia.

Finalmente, la joven se detuvo frente a un edificio estrecho, con un cartel discreto, donde ponía «Hostal». Sacó una llave, abrió la puerta y entró sin mirar atrás.

Pietro permaneció en la esquina, oculto entre la sombra de un portal y la luz menguante del mediodía que empezaba a rendirse ante la breve tarde de diciembre. Observó cómo la puerta se cerraba tras la joven. Todo encajaba: una turista sola, que seguramente descansaría unas horas antes de salir por la noche a cenar, a tomar algo o simplemente a pasear y conocer la ciudad de noche.

Un plan empezaba a tomar forma en su mente, nítido como una escultura recién esbozada.

Clara se despidió de Matteo en el aparcamiento de la comisaría. Estaba agotada, pero había algo más fuerte que el cansancio: la necesidad de ver a Carles. Desde que la llamaron el día anterior para avisarle de que el inspector se estaba recuperando mejor de lo esperado, no había tenido un minuto para acercarse al hospital. Los sucesos en el caso se habían precipitado y la habían absorbido por completo.

Pero ahora, al caer la noche, ya no podía posponerlo más.

Condujo hasta el hospital con el corazón acelerado. Aparcó en el sótano, subió por el ascensor hasta la planta de curas intensivas y se dirigió al control de enfermería. Allí, una enfermera joven la reconoció.

—¿Buscas al inspector Carles Pons? —preguntó con una sonrisa amable—. Ya no está aquí. Lo han llevado a planta. Habitación 303.

Clara sintió un alivio cálido recorrerle el pecho.

—Gracias —murmuró.

Se dirigió al ascensor, pero el aparato parecía detenerse en cada planta, avanzando con una lentitud desesperante. Clara miró el panel luminoso, vio cómo el número cambiaba con una parsimonia irritante... y perdió la paciencia.

Empujó la puerta de las escaleras y subió a pie.

Al llegar a la tercera planta, abrió la puerta con un leve temblor en las manos. El pasillo era largo, silencioso, iluminado por luces blancas que proyectaban sombras suaves en el suelo. Clara avanzó despacio, mirando los números de las habitaciones de reojo.

310.

309.

308.

Su respiración se aceleraba. Tenía la tentación de correr, pero se contuvo.

307.

306.

305.

304... Ya casi estaba

303.

La puerta estaba cerrada. Clara se detuvo un instante, respiró hondo y llamó suavemente.

—Adelante —respondió una voz conocida, algo ronca.

Clara abrió la puerta.

Carles estaba tumbado en la cama, medio incorporado con el respaldo reclinable, Clara se fijó en el vendaje visible bajo la bata del hospital. Tenía mejor aspecto del que ella había imaginado. Más color en la piel y una sonrisa en el rostro.

Clara dio dos pasos rápidos y se lanzó a abrazarlo. Carles soltó un gruñido de dolor, pero sonrió al mismo tiempo.

—Tranquila, que aún estoy entero, duele un poco, pero solo cuando una artista se me lanza encima sin piedad —bromeó.

Clara soltó una risa ahogada, y una lágrima le cayó por la mejilla.

Carles la secó con el pulgar, despacio, como si temiera romperla.

—Clara... —susurró—

—Creí que te perdía —confesó ella, bajando la mirada—. Creí que... —pero la voz se le quebró.

Carles le tomó la mano, firme pero suave.

—Eh... mírame —dijo.

Ella levantó los ojos, húmedos, brillantes.

—Sigo aquí. No me voy a ninguna parte. No te será tan fácil librarte de mí.

Clara sonrió, esa sonrisa pequeña y dulce que solo él conseguía arrancarle, des de que eran unos críos.

Pero entonces vio cómo la expresión de Carles cambiaba.

Se volvió seria.

Profunda.

Casi vulnerable.

—Clara... —empezó, tragando saliva—. Cuando me dispararon... pensé que era el final. Y en ese instante... lo único que lamenté fue no haberte dicho algo que llevo demasiado tiempo callando.

Clara sintió que el corazón se le aceleraba.

—Carles... —susurró—. ¿Qué quieres decir?

Él respiró hondo, como si se preparara para saltar al vacío.

—Te quiero, Clara.

Hizo una pausa, apretó su mano.

—Te quiero, desde hace tiempo, pero no me atrevía a decirlo, temía que al decirlo pudiera perderte, pero la vida me ha dado una segunda oportunidad y la voy a aprovechar, no debería haber lugar para los miedos, ni los quizás.

Clara se quedó inmóvil, como si el mundo se hubiera detenido alrededor de la cama.

Carles continuó, con la voz rota por la sinceridad:

—Cuando estaba en el suelo... sangrando... pensé que no iba a poder decírtelo nunca. Pensé que me iría sin que lo supieras. Y eso... eso me dolió más que el disparo.

A Clara se le escapó una risa entre lágrimas, una mezcla perfecta de alivio y emoción.

—Ya era hora... —dijo, intentando imitar el tono irónico, que tan a menudo usaba Carles con ella—. Sí que has tardado.

Carles soltó una carcajada suave, que terminó en un gesto de dolor, pero no le importó.

Clara lo abrazó con cuidado, apoyando la frente en su mejilla.

—Yo también te quiero —susurró, tan cerca que él pudo sentir el calor de sus palabras.

Carles cerró los ojos, como si esas cuatro palabras fueran un bálsamo.

Se besaron y acariciaron despacio, sin prisa, como si el tiempo les perteneciera.

Después, Clara se acomodó a su lado en la cama, y él la rodeó con el brazo bueno, acercándola más.

Y así, abrazados, con los corazones latiendo al mismo ritmo, se quedaron dormidos sin darse cuenta.

Por primera vez en días, ambos se sintieron seguros.

En paz.

Y profundamente felices.

Capítulo 12

Pietro llevaba horas merodeando por los alrededores del hostel. En ese momento permanecía en una esquina oscura, allí donde la calle se estrechaba y ningún farol alcanzaba a iluminarlo. Solo se distinguía el contorno de su silueta recortada contra la pared de piedra y, de vez en cuando, el brillo tenue de un cigarrillo encendiéndose entre sus dedos cada vez que aspiraba el humo.

Eran cerca de las nueve de la noche, la ciudad respiraba ese silencio contenido de invierno, cuando el frío obliga a la gente a caminar deprisa y las sombras parecen acechar en la oscuridad.

Pietro sabía que la joven debía salir en cualquier momento, era la hora de cenar y tenía la intuición de que la chica no se quedaría en el hostel, por lo que no podía faltar mucho para verla atravesar la puerta.

Mientras esperaba se sentía impaciente, la mente inquieta, un deseo que le provenía de lo más profundo de su ser, un ansia incontrolable por seguir con su obra, este era el penúltimo «boceto» que debía tallar en carne y hueso.

Y entonces un ruido lo devolvió a la realidad, la puerta del hostel se abrió.

Era ella, la chica rubia del restaurante.

El corazón se le aceleró, sintió un escalofrío recorrerle la espalda y la adrenalina subirle como un fogonazo.

La joven bajó la pendiente adoquinada del casco antiguo con paso ligero dirección a la Rambla. Pietro la siguió a distancia, lo suficiente para no llamar la atención. Giraron por callejones estrechos, iluminados por faroles amarillos que parecían custodiar secretos antiguos, al llegar a la basílica de Sant Félix se detuvo, consultó el

móvil, dio un par de vueltas sobre sí misma, como si intentara orientarse. Pietro supuso que estaría usando el GPS.

Cuando retomó la marcha, él también lo hizo.

Apenas dos minutos después, la joven entraba en un pequeño local donde lo rústico y lo elegante convivían en perfecta armonía. La puerta de madera antigua daba paso a un interior de paredes de piedra y techos de **volta catalana**, es un tipo de techo tradicional formado por un arco suave construido con capas finas de ladrillo, suavemente iluminados por luces cálidas que realzaban cada curva, el suelo de madera maciza crujía con un sonido íntimo bajo los pasos de los comensales, las mesas, impecablemente vestidas con manteles blancos, lucían grandes copas de vino colocadas bocabajo, y en las estanterías iluminadas se alineaban decenas de botellas, una colección infinita de referencias que convertía el lugar en un pequeño santuario enológico.

Pietro la vio acomodarse en una mesa. Seguía sola.

Él decidió no entrar, no quería acercarse tanto, prefería acechar desde la distancia.

El local tenía una terraza exterior con estufas encendidas, así que a pesar del frío de la noche se sentó en una mesa apartada.

El camarero se acercó con amabilidad.

—¿Qué desea tomar?

—Solo un té negro con miel —respondió Pietro—.

—¿Nada más?

—Nada más. Gracias.

No quería cenar, quería mantenerse ligero, ágil y atento.

Mientras esperaba, encendió otro cigarrillo y antes que pudiera terminarlo el camarero regresó con el té.

Pagó al instante, dejando el cambio. Así, si la joven salía de repente, él podría levantarse y seguirla sin perder ni un segundo.

Al cabo de un rato, la chica salió del restaurante. Pietro giró la cabeza de inmediato, atento, aunque permaneció sentado unos segundos más, aguardando el momento oportuno para ponerse en marcha. Los nervios los tenía a flor de piel; tomó un sorbo largo de té para serenarse, pero la adrenalina seguía ahí, vibrando bajo la piel.

La joven torció a la derecha al salir del local, encaminándose hacia el casco antiguo. Pasó frente al Monasterio de Sant Pere de Galligants, y Pietro la siguió a distancia, viendo cómo el vaho escapaba de su boca en pequeñas nubes blancas.

El contraste entre el calor que le nacía del pecho y el aire helado de la ciudad le producía una sensación de hormigueo en su interior.

Atravesaron un pequeño puente de piedra que daba acceso a una plaza completamente vacía. La joven no sospechaba nada; parecía simplemente disfrutar de un paseo nocturno, quizá dejándose llevar por la calma de la ciudad iluminada por la luna.

Como si el destino quisiera recordarle algo, pasaron frente a los Baños Árabes. Pietro desvió la mirada un instante hacia el edificio, sintiendo cómo los recuerdos se agolpaban en su mente. No era el lugar en sí lo que lo inquietaba, sino la intensidad de las emociones que había vivido allí en el último asesinato.

Lo que empezó como un proyecto con un objetivo final claro se había convertido en un camino lleno de sensaciones inesperadas, más profundas de lo que jamás habría imaginado.

Volvió a fijar la vista en la chica del pelo dorado. Debía mantenerse alerta. Ella se adentraba en la zona de las murallas, un lugar precioso pero solitario a esas horas. Un paso en falso, un ruido mal calculado, y podría asustarla. Pietro ajustó su distancia, moviéndose con sigilo.

De pronto, la joven se detuvo en seco. Pietro también. Por un instante pensó que lo había descubierto, que quizá algún sonido lo había delatado. Pero no: la chica simplemente contemplaba el

entorno, maravillada. Entre murallas antiguas, jardines silenciosos y la luz de la luna, parecía transportada a otra época.

Un sonido suave rompió el silencio: un borboteo de agua. La joven giró la cabeza hacia la fuente cercana y caminó hacia ella. Con un gesto automático, llevó la mano a la malla exterior de su maleta y sacó un bidón. Quería llenarlo.

Se acercó a la fuente, desenroscó el tapón y colocó el recipiente bajo el caño. El agua comenzó a caer con un murmullo relajante.

Una sombra se movía en la oscuridad del lugar, demasiado rápida y ágil como para ser vista. La chica estaba de espaldas, completamente ajena a que alguien se le acercaba por la espalda. Pietro apretó el paso, pero manteniendo el sigilo, para no alertarla y entrar en un forcejeo, quería un trabajo limpio y fácil.

Llegó hasta ella en apenas unos segundos y en ese instante Pietro descargó un empujón fatal, que la hizo chocar violentamente de cabeza contra la pared de piedra de la fuente. Sin emitir ningún sonido, más que el golpe seco, la joven cayó al suelo muerta con la cabeza abierta sangrando abundantemente, su cabello dorado se fue tiñendo rápidamente de un rojo oscuro, casi negro, el bidón se le escurrió de las manos y solo el ruido metálico al rodar por el suelo adoquinado rompió el silencio de la noche.

No había tiempo que perder, Pietro procedió con su ritual de siempre, y colocó, ayudándose de unas cuerdas, su cuerpo de pie, ligeramente inclinado hacia atrás, como si estuviera a punto de iniciar un movimiento de huida detenido en el tiempo.

El brazo derecho quedó elevado a la altura del pecho, con la mano abierta y los dedos extendidos, como si buscara apartar algo invisible frente a ella. El izquierdo, más relajado, descendía en diagonal, rozando la línea de su costado.

La cabeza girada hacia un lado, el cuello alargado, como si buscara escapar de algo que la alcanza por detrás. Una de sus piernas quedó adelantada, apenas flexionada, mientras la otra

sostenía el peso con una tensión delicada, casi etérea, como si estuviera suspendida entre el impulso de avanzar y la necesidad de detenerse.

En conjunto, la postura transmitía la sensación de un instante capturado justo antes del movimiento, una figura detenida en un gesto de sorpresa, como si el tiempo la hubiese congelado justo en el momento de su muerte.

Pietro se alejó del lugar con pasos firmes pero silenciosos, sin mirar atrás. No era necesario. Sabía exactamente qué había dejado allí, y sabía también que el tiempo —su tiempo— seguía avanzando hacia un final que solo él podía ver con claridad y ahora estaba solo a un paso.

La noche de Girona estaba especialmente fría. El aire cortaba la piel como una hoja fina, y cada respiración se convertía en una nube blanca que se deshacía en la oscuridad. Las calles del casco antiguo, con sus muros de piedra y sus arcos medievales, parecían observarlo mientras se deslizaba entre ellas, casi sin tocar el suelo. Era un espectro más en una ciudad que, a esas horas, pertenecía a las sombras.

Cogió un taxi, al que pidió que lo llevara a una dirección que se encontraba a las afueras de la ciudad, durante el trayecto su mente oscilaba entre una calma extraña y un vértigo interior difícil de describir. Había una parte de él que se sentía ligera, casi eufórica. Otra parte, más profunda y silenciosa, analizaba cada detalle con precisión quirúrgica: el tiempo transcurrido, los posibles testigos, los accesos, las rutas de salida.

Esa dualidad lo acompañaba siempre.

La emoción y el cálculo.

El impulso y la estrategia.

El artista y el superviviente.

Al llegar a la dirección, pagó al taxista, bajó del coche y desapareció tomando un desvío hacia un camino menos transitado.

Allí, la ciudad empezaba a difuminarse rápidamente, dejando paso a la penumbra de los árboles desnudos y al murmullo lejano del agua. El sendero ascendía poco a poco hacia las afueras, donde la luz de los faroles ya no alcanzaba y la oscuridad se volvía más densa, más íntima.

Pietro conocía ese camino de memoria.

Lo había recorrido muchas veces y podía avanzar sin necesidad de ver por completo, aunque esa noche la luz de la luna, compañera y testigo de sus secretos, era suficiente para alumbrarse en la oscuridad del bosque.

Mientras subía, el silencio se hacía más profundo. Solo se oía el crujido de las ramas y hojas secas bajo sus botas y el eco lejano de algún animal nocturno. La ciudad quedaba atrás, reducida a un parpadeo de luces amarillas que se perdían en la distancia.

Cuando llegó, se detuvo un instante en la entrada.

Respiró hondo.

El aire frío le quemó los pulmones, pero también lo despejó.

Dentro, el refugio lo recibió con la familiaridad de un santuario.

El olor a madera.

La penumbra ordenada.

El silencio absoluto.

Pietro dejó el abrigo en el suelo, se pasó una mano por el rostro y cerró los ojos unos segundos. No era cansancio. Era otra cosa. Una especie de vibración interna, como si su mente siguiera avanzando incluso cuando su cuerpo se detenía.

Lo de esta noche había sido un paso más en una secuencia que él mismo había diseñado.

Y mientras se dejaba caer en el fino colchón del suelo, sintió algo parecido a la serenidad, una calma tensa, expectante, la sensación de que todo estaba encajando.

La montaña lo envolvía, la noche lo encubría y él, en silencio, se abandonaba a los sueños.

Cayó la media noche sobre Girona cuando Joaquim Rovira, un señor de ochenta años bien llevados y una paciencia curtida por décadas de rutina, salió de casa con su pastor alemán, Jack. A esa hora, las calles alrededor de la muralla estaban desiertas, envueltas en un frío que calaba hasta los huesos.

Aquel paseo era siempre el mismo: bordeaba la muralla hasta bajar por un sendero, que conducía a una fuente de piedra y regresaba por el camino de tierra por una parte de bosque, describiendo así una ruta circular hasta su casa. Pero esa noche algo se torció desde el primer minuto.

Jack estaba inquieto.

Tiraba de la correa con una fuerza inusual, olfateando el aire como si hubiera captado un rastro que el anciano no podía percibir. Joaquim, que ya no tenía el equilibrio de antes, tropezó con una raíz sobresaliente y estuvo a punto de caer.

—Quieto, chico... ¿Qué te pasa hoy? —murmuró, recuperando el aliento.

Como no había nadie a esas horas, decidió soltarlo. Prefería eso a arriesgarse a una caída.

En cuanto liberó el mosquetón, Jack salió disparado sendero a bajo.

—¡Jack! —llamó Joaquim, pero el perro no volvió.

Durante unos segundos, solo escuchó el silencio, hasta que un ladrido reveló su posición, a continuación, le siguieron una sucesión de ladridos que no cesaban, parecían provenir de un mismo punto, lo que significaba que Jack no se estaba ni alejando ni acercando,

parecía que estuviera llamando la atención por algún motivo, que Joaquim desconocía.

El anciano apretó el paso, apoyándose en su bastón, siguiendo el sonido. Cuando por fin lo alcanzó, encontró al perro plantado frente a un claro estrecho entre los árboles, al lado de la fuente, el cuerpo tenso, el rabo erguido, las orejas en punta, el perro estaba en alerta, sin duda.

—Eh, tranquilo, tranquilo... —susurró el anciano, agachándose con esfuerzo para acariciarle el lomo.

Cuando por fin pareció calmarse, Joaquim volvió a engancharle la correa y tiró suavemente para emprender el camino de regreso.

Pero el perro no se movió.

Ni un paso.

Joaquim tiró un poco más fuerte. Nada.

Entonces Jack giró la cabeza hacia él, ladró una sola vez —un ladrido grave, seco y fuerte— luego miró hacia la fuente, moviendo el cuerpo entero en esa dirección.

El anciano sintió un escalofrío.

—Vale, vale... vamos a ver qué demonios has encontrado.

Dejó que el perro lo guiara.

Apenas avanzaron unos metros cuando Joaquim se detuvo en seco.

Allí, entre dos árboles, iluminada por la tenue luz de la luna que se filtraba por las ramas, había una figura humana.

Una joven.

Parecía estar erguida sobre sí misma, pero en realidad estaba siendo sostenida por unas cuerdas que tenía atadas a los brazos, como si alguien la hubiera colocado así para mantenerla derecha.

—¿Señorita? —preguntó, con la voz temblorosa—. ¿Se encuentra bien?

No obtuvo respuesta.

Dio un paso más, y preguntó de nuevo, señorita ¿se encuentra bien? ¿Necesita ayuda?

Luego dio otro paso hacia la joven.

El perro gruñó muy bajo.

Cuando estuvo lo bastante cerca, Joaquim vio el charco oscuro bajo los pies de la joven, extendiéndose sobre la tierra húmeda. Y vio también el cabello manchado, pegado en mechones rígidos por la sangre seca.

El anciano sintió cómo el mundo se le encogía alrededor. El aire le faltó. Las piernas le temblaron. La chica estaba muerta.

—Madre de Dios... —susurró, llevándose una mano al pecho.

Durante un instante, se quedó allí, de pie, paralizado, mirando aquella escena aterradora, incapaz de comprender cómo alguien podía haber hecho algo tan horrible.

Joaquim retrocedió un paso, luego otro, hasta que su espalda chocó con un árbol, rompiendo la parálisis momentánea que lo había dejado sin aliento.

Jack ladró de nuevo, esta vez más fuerte, como si quisiera romper el silencio que se había vuelto insoportable.

Acto seguido Joaquim cogió su teléfono móvil y llamó a la policía.

Joaquim marcó el teléfono de la policía con las manos temblorosas.

El teléfono sonó dos veces antes de que una voz joven respondiera.

—Comisaría de policía, dígame.

—Sí... soy Joaquim Rovira... me encuentro detrás de la muralla, por la zona de la facultad de letras, junto a la fuente de piedra con

forma de león —la voz se le quebró—. He encontrado... a una chica. Una chica joven. Está... está muerta.

Hubo un breve silencio al otro lado, seguido de un cambio inmediato en el tono del agente.

—Señor, necesito que mantenga la calma. ¿Puede confirmar que la persona efectivamente está muerta?

—Sí... no responde. Hay mucha sangre. Está... colgada. Atada por los brazos. Por favor, envíen a alguien.

—Enviamos a una patrulla de inmediato, señor Rovira. No se mueva del lugar. ¿Está acompañado?

—No, bueno... solo mi perro.

—Permanezca donde está. La patrulla llegará en pocos minutos.

El agente colgó, tragó saliva y se giró hacia la sala, buscando a Sandra y a Martí, una vez los vio se dirigió corriendo hacia ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandra.

—Acaba de llamar un vecino, dice que ha encontrado un cadáver, se trata de una chica joven, dice que se encuentra colgada y atada por los brazos en la zona de la muralla, junto a la fuente con cabeza de león.

Sandra palideció. Se puso en marcha.

Mientras ella y Martí se dirigían al coche, marcó el número del comisario Martorell.

El teléfono vibró sobre la mesilla, iluminando la habitación en la oscuridad.

Martorell gruñó, medio dormido, y tanteó el móvil hasta cogerlo.

—¿Sí...? —respondió con voz ronca.

—Comisario, soy Sandra. Tenemos un problema.

A su lado, su esposa abrió los ojos, inquieta.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, aún tumbado.

—Han encontrado un cadáver, señor. Una joven. Por lo que ha dicho el testigo que nos ha llamado, parece que se encuentra dispuesta en una postura parecida a la de los otros crímenes. Sostenida por cuerdas y en una posición antinatural. Según nos acaba de informar la patrulla que acaba de llegar al lugar, la víctima está detrás de las murallas de la Catedral cerca de la facultad de letras, al final de la calle de la muralla, donde empieza la bajada por la calle de San Cristòfol que hay una fuente con cara de león.

Martorell se incorporó de golpe, como si le hubieran echado agua fría encima.

Se quedó sentado en el borde de la cama, respirando hondo.

—¿Estás segura?

—Sí, señor. La patrulla que ya está allí sostiene que se trata de otra puesta en escena.

Martorell cerró los ojos un instante.

Luego habló con voz firme.

—Voy para allá.

Colgó.

Su esposa lo miró, preocupada.

—¿Qué ha pasado?

—Otra víctima —respondió él, poniéndose los pantalones con prisa—. Debo marcharme.

Martorell intentó llamar a Clara.

Una vez.

Dos.

Tres.

Nada.

—Apagado... —murmuró, frustrado.

Sabía que estaba en el hospital con Carles, debería haber apagado el móvil para que ambos pudieran descansar, así que supo que en ese momento no podría contar con ella.

Condujo rápido por las calles vacías, siguiendo el parpadeo lejano de las sirenas.

Al llegar, las patrullas ya habían acordonado la zona.

Las luces azules y rojas se reflejaban en la muralla, creando sombras que danzaban en la fría noche.

Martorell avanzó entre los agentes hasta que vio el cuerpo.

Y supo, sin ninguna duda, que era otra figura.

Pero no tenía ni idea de cuál.

Y Clara no respondía.

Solo quedaba una persona capaz de identificar aquello.

Matteo.

Marcó su número.

Era tarde y estaría durmiendo, pero al cabo de varios tonos finalmente respondió.

—¿Sí? —la voz de Matteo sonaba grave, adormilada.

—Soy el comisario Martorell. Siento molestarle a estas horas, pero necesito que venga inmediatamente a la muralla de la Catedral. Hemos encontrado otro cadáver. Está... en una pose. Como las anteriores, pero no sabría decir a qué figura corresponde, y el cuaderno de bocetos lo tiene Clara, y usted es el único a quien puedo recurrir que haya visto el cuaderno y pueda decirme si coincide con la siguiente postura.

Hubo un silencio tenso.

—¿Clara está allí? —preguntó Matteo.

—No. No responde al teléfono, por eso le he llamado, necesito que venga usted, diríjase a la facultad de letras, desde allí verá las

luces y el cordón policial.

Matteo suspiró, como si ya supiera lo que iba a encontrarse.

—Deme diez minutos. Cojo un taxi.

Colgó.

El taxi se detuvo junto al cordón policial.

Matteo bajó con el abrigo mal puesto, el pelo revuelto y los ojos encendidos por la urgencia.

Martorell lo esperaba, se saludaron con la mirada.

Matteo avanzó hacia el cuerpo, deteniéndose a una distancia prudencial.

Observó la postura, la inclinación del torso, la tensión de los brazos, el giro del cuello, la expresión congelada en el rostro de la joven.

Y entonces lo vio.

El detalle que solo un escultor podía reconocer.

Se giró hacia el comisario.

—No hay duda —dijo con voz baja, casi reverente. Es otra figura de Bernini.

Martorell frunció el ceño.

—¿Cuál?

Matteo señaló la postura con un leve gesto de la mano.

—**Dafne**, de la obra *Apolo y Dafne*.

El momento exacto en que intenta escapar de Apolo.

El comisario sintió un escalofrío.

—¿Coincide con la siguiente figura que aparecía en el cuaderno de bocetos de Pietro?

—Efectivamente, esa era la siguiente figura.

El comisario frunció el ceño y emitió un gruñido sordo, miró a Matteo, le dio las gracias y se despidieron. A Martorell le esperaba una noche larga.

La luz gris del amanecer se filtraba por las persianas del hospital cuando **Clara** abrió los ojos. Había dormido mal, encogida en la butaca, con el cuello rígido.

Carles seguía dormido, respirando con calma, ajeno al caos que aguardaba fuera de esas paredes.

Clara se levantó despacio, estirándose, y salió al pasillo.

En el control de enfermería, dos enfermeras revisaban historiales y preparaban medicación.

—Perdonad —dijo Clara, con voz suave—. ¿Sabéis cuándo pasará el doctor a ver a Carles Pons? Le dijeron que durante la mañana le visitaría.

La enfermera más veterana consultó la pantalla.

—Sí, está previsto que el doctor pase en una media hora, está acabando otras visitas. No debería tardar mucho.

—Perfecto, gracias —respondió Clara, intentando sonreír.

Regresó a la habitación.

Carles se había incorporado y caminaba hacia el baño, todavía soñoliento y algo torpe.

—Voy un momento... —murmuró sin terminar la frase, aún frotándose los ojos.

Clara asintió y se dejó caer en la butaca.

Sacó el móvil del bolsillo y lo encendió.

El teléfono vibró de inmediato.

Una, dos, tres veces.

Cinco llamadas perdidas del comisario Martorell sobre la 1:00 de la madrugada.

El gesto de Clara se descompuso.

Escuchó un mensaje que le salía en el buzón de voz:

«*Lláname en cuanto escuches esto. Es Urgente*», era la voz del comisario

Sin pensarlo, marcó el número.

Martorell respondió al segundo tono.

—Clara. Por fin, primero de todo, ¿cómo está Carles?

—Bien mucho mejor...—hubo un silencio—. ¿qué ha pasado?

La voz de Martorell sonaba tensa, agotada, como si llevara horas trabajando.

—Tenemos otra víctima. Una chica joven, por su documento de identidad es de nacionalidad británica, la han encontrado esta noche, al final de la calle de la Muralla, junto a la fuente con cabeza de león. En este caso se halla sostenida en el aire por los brazos.

Matteo ya ha venido, al no localizarte lo llamé. Ha identificado la postura como **Dafne**, de *Apolo y Dafne* de Bernini. Es la siguiente figura del cuaderno de Pietro.

Clara cerró los ojos. Sintió un nudo en el estómago.

—Voy para allá en cuanto pueda. Carles está esperando al doctor.

—Necesitamos toda la ayuda con la que podamos contar, debemos acabar con esto, la ciudad está aterrorizada, los cadáveres se nos acumulan y la presión de la prensa es insoportable —dijo Martorell antes de colgar.

Clara bajó el móvil lentamente.

En ese momento, Carles salió del baño, secándose las manos con una toalla.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver su expresión.

Clara levantó la mirada, con los ojos tensos.

—Carles... hay otra víctima. La encontraron esta noche. Es la siguiente figura del cuaderno. Dafne.

Carles se quedó quieto un segundo.

Luego dejó la toalla sobre la cama y empezó a vestirse sin decir una palabra.

—¿Qué haces? —preguntó Clara, aunque ya lo sabía.

—Lo que tengo que hacer —respondió él, abrochándose la camisa—. Voy a hablar con las enfermeras, firmaré la alta voluntaria.

Clara se levantó para detenerlo, pero Carles ya estaba en la puerta.

—No pienso quedarme aquí mientras ese individuo sigue matando —dijo, con la mandíbula apretada. Vamos a comisaría.

Clara lo siguió, con el corazón acelerado.

Capítulo 13

Carles firmó la alta voluntaria con un gesto seco, casi desafiante, como si la tinta que dejaba en el papel fuera un recordatorio de que aún tenía asuntos pendientes con el mundo. La enfermera le dedicó una mirada de advertencia, pero él ya estaba de pie, poniéndose la chaqueta con una determinación que no admitía réplica.

Clara lo acompañó en silencio, ambos avanzaron por el pasillo largo y desierto, donde las luces frías del hospital parecían flotar en el aire como luciérnagas. Sus pasos resonaban con un eco suave, casi tímido, como si el edificio entero contuviera la respiración.

Al llegar a los ascensores, Carles pulsó el botón, el círculo luminoso se encendió y esperaron.

Ninguno de los dos hablaba.

Se limitaban a observar los números rojos que descendían lentamente de las plantas superiores, uno tras otro, como si el tiempo se hubiera vuelto espeso, viscoso, empeñado en retrasarles.

Clara tenía la sensación de que cada número era como una cuenta atrás hacia su destino.

El ascensor llegó con un susurro metálico.

Salieron al exterior, la mañana era gris, como si Girona despertara a regañadientes de un sueño inquieto. Frente a la puerta del hospital, la fila de taxis aguardaba en silencio, envuelta en un vaho tenue que ascendía desde los motores encendidos.

Carles levantó la mano y un taxista les hizo ademán para que se acercaran.

Durante el trayecto, Clara observó por la ventanilla cómo la ciudad pasaba a su lado: calles húmedas, tráfico ajetreado, árboles

desnudos que se mecían con el viento.

Carles, a su lado, mantenía la mirada fija en un punto indefinido, como si intentara reconstruir mentalmente un mapa invisible del caso, ensamblando las piezas de los últimos acontecimientos.

Ninguno de los dos necesitaba hablar, el silencio era un puente entre ellos, un pacto tácito.

Al llegar, bajaron del taxi y cruzaron la puerta de la comisaría con paso firme.

El interior olía a café y un cansancio acumulado flotaba en el ambiente.

Los fluorescentes emitían un zumbido casi imperceptible, pero constante, que iluminaban con esa luz mortecina que parecía propia de todos los edificios donde se lucha contra la oscuridad del mundo.

A medida que avanzaban por el pasillo, los compañeros de Carles levantaban la vista.

Algunos sonreían apenas, con un gesto leve de reconocimiento.

Otros inclinaban la cabeza en un saludo silencioso, como si temieran romper algo frágil.

Carles respondía igual: una mirada, un gesto mínimo, una media sonrisa.

No hacía falta más.

Clara caminaba a su lado, sintiendo cómo la atmósfera cambiaba a su paso.

Había algo en el aire, una tensión sutil, como si todos supieran que el caso había entrado en una fase distinta, más oscura, más urgente.

Sin detenerse, llegaron a la puerta del despacho de Martorell.

Carles llamó con los nudillos.

Y entonces, desde dentro, la voz grave del comisario respondió:

—Pasad.

El comisario los observó entrar con una mezcla de alivio y preocupación.

La luz que se filtraba por la ventana del despacho dibujaba sombras alargadas en las paredes, como si la propia luz estuviera expectante ante todos los acontecimientos que se avecinaban.

—Carles me alegro de que estés de nuevo con nosotros, por los pelos no te perdemos, gracias por venir tan rápido y a ti Clara por ayudarnos y por cuidar de él—dijo Martorell, señalando las sillas frente a su mesa.

Carles se sentó sin quitarse la chaqueta, Clara tomó asiento a su lado, sintiendo que el aire del despacho pesaba más de lo habitual.

Martorell entrelazó las manos sobre la mesa.

—No voy a endulzaros nada. Tenemos que acabar con todo esto, no podemos permitirnos más víctimas.

El silencio que siguió parecía tener vida propia.

Carles fue el primero en romperlo.

—¿Qué habéis averiguado?

Martorell giró la pantalla del ordenador hacia ellos.

En ella, una imagen granulada mostraba una calle oscura, un taxi detenido, y una figura que subía al asiento trasero.

—Revisamos las cámaras de tráfico —explicó—. Aquí tenéis a Pietro. Lo captaron subiendo a un taxi a pocos minutos del lugar del asesinato.

Clara sintió un nudo en el estómago.

—¿Habéis podido seguirlo?

—Hasta cierto punto —respondió el comisario—. El taxi lo llevó hasta Montjuïc. A la zona alta. Donde los edificios se mezclan con los árboles y las calles se vuelven senderos. Allí el rastro se pierde.

Carles apretó los dientes.

—¿Y qué estáis haciendo ahora?

Martorell se inclinó hacia adelante, con la mirada encendida por una determinación feroz.

—He enviado patrullas a peinar los bosques. Agentes, voluntarios de la zona, gente que conoce cada piedra y cada recodo. El cerco se está estrechando. Pietro está ahí fuera, escondido en algún punto de Montjuïc. Y no pienso dejar que salga de allí.

Clara sintió un escalofrío recorrerle la espalda, nunca hubiera pensado que el compañero de clase de pelo dorado y sonrisa embaucadora pudiera llegar a convertirse en un monstruo tan horrible.

Montjuïc era un laberinto natural, un lugar donde la luz parecía perderse entre los árboles, donde cabañas antiguas, refugios abandonados y cobertizos que nadie usaba desde hacía décadas eran ahora testigos mudos de una persecución.

Carles se levantó de la silla, incapaz de seguir quieto.

—Entonces vamos para allá. No pienso quedarme sentado mientras ese sujeto sigue suelto.

Martorell lo miró con una mezcla de respeto y advertencia.

—Id. Pero con cuidado. No sabemos cómo reaccionará cuando se vea acorralado. Y recordad algo...

Hizo una pausa.

Su voz se volvió más baja, casi un susurro.

—Un hombre desesperado es capaz de cualquier cosa.

Clara y Carles intercambiaron una mirada silenciosa, una complicidad, una preocupación mutua del uno hacia el otro.

Aun así, se levantaron y se dirigieron a la puerta, era su deber terminar con todo aquello.

—Manteneos en contacto —añadió Martorell—. Y si encontráis algo... no actuéis solos.

Clara asintió.

Carles no dijo nada, pero su mirada lo dejó claro: no pensaba dejar que nadie más muriera.

Salieron del despacho.

El pasillo los recibió con su luz fría, y la comisaría entera pareció contener la respiración mientras salían por la puerta.

El coche avanzó por la carretera serpenteante de Montjuïc, hasta llegar a la zona acordonada, Clara y Carles vieron varios coches patrulla aparcados en fila, sus luces apagadas para no crear alarma.

Carles aparcó junto a ellos.

El silencio del bosque era tan profundo que parecía observarlos.

Ambos bajaron del coche.

El aire olía a tierra húmeda, a resina y a algo más... algo que no sabían nombrar.

Carles sacó el móvil y llamó a Martí.

—Martí, ya estamos en Montjuïc. ¿Por dónde estáis?

La voz del agente llegó entrecortada por interferencias y viento.

—Nos dirigimos hacia el este, por un sendero que sube a lo que parece una antigua torre. Hay varias construcciones abandonadas por aquí. Vamos a revisarlas una a una.

Carles miró a Clara.

Ella asintió sin necesidad de palabras.

—Perfecto —respondió Carles—. Nosotros iremos hacia el norte. Cubriremos más terreno. Y escucha... si alguno de nosotros encuentra algo, por mínimo que sea, lo notificamos de inmediato.

—Entendido —dijo Martí antes de cortar.

Clara guardó su móvil.

—Vamos —dijo Carles.

Y se adentraron entre los árboles.

El sendero en pocos metros se estrechó hasta convertirse en una vereda apenas visible, las ramas crujían bajo sus botas, y el viento arremetía contra los árboles que parecían susurrar advertencias.

Tras unos pocos minutos de caminata, Clara se detuvo.

—Carles... mira.

En el barro húmedo, claramente marcadas, había huellas frescas.

Carles se agachó, tocó la tierra con los dedos.

Siguieron el rastro en silencio, avanzando entre los pinos hasta que, entre las sombras, emergió una estructura de madera.

Una cabaña, pequeña, vieja, con el tejado hundido en un lateral y tablones que parecían sostenerse por pura obstinación.

Clara sintió un escalofrío.

—Carles... podría ser el lugar.

Carles asintió, llevándose la mano instintivamente a su arma.

—Vamos con cuidado.

En el interior de la cabaña, Pietro estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, había pasado la noche allí, envuelto en una manta sucia, con la mente ardiendo en pensamientos que se enroscaban como serpientes.

De pronto, oyó un crujido, una rama quebrándose bajo un pie.

El corazón de Pietro dio un vuelco y un escalofrío le recorrió la columna.

Se incorporó a medias, en cuclillas, y se acercó a una rendija entre los tablones, para mirar hacia fuera, en ese momento divisó dos figuras que avanzaban entre los árboles en dirección a la cabaña.

Primero creyó que era algún excursionista, pero cuando afinó la vista, el mundo se le detuvo, era Clara y venía acompañada de Carles

Un destello de furia y sorpresa le atravesó el pecho.

Pensaba que había terminado contigo, murmuró para sí, mirando a Carles.

Quizá el destino os ha traído hasta mí para que pueda acabar con vosotros.

Su respiración se aceleró.

Cogió una piedra que había junto a la puerta, que solía usar para poder mantenerla abierta y que no se cerrara con la corriente.

La empuñó con fuerza, y se escondió detrás de la entrada.

Clara y Carles se acercaron a la cabaña, para mirar por la ventana, vieron botellas de agua, ropa tirada y una manta.

—Puede que no sea nada —susurró Clara.

—O puede que sea justo lo que buscamos —respondió Carles.

Empujó la puerta, cedió con un chirrido lento y oxidado, mientras cruzaba el umbral.

Pietro, oculto, contuvo la respiración, Carles entró primero, Clara lo seguía, a unos 4 metros de distancia.

Carles se movió hacia la izquierda para inspeccionar un rincón, y en ese instante, justo cuando salió del campo de visión de Clara, Pietro salió de su escondite y descargó un golpe seco con la piedra en su cabeza.

El inspector cayó al suelo como un muñeco roto.

Clara oyó un golpe y aceleró el paso, entrando en la cabaña a toda prisa, pero al entrar se detuvo en seco, Pietro estaba frente a ella, con el arma de Carles en la mano, apuntándole a la cabeza.

—Entra —ordenó él, con una voz que había perdido toda su humanidad.

Clara intentó retroceder, pero Pietro la empujó hacia el interior de la cabaña con el arma y cerró la puerta de un portazo.

Y antes de que ella pudiera reaccionar, la culata del arma impactó contra su sien.

El mundo se volvió negro.

Al cabo de unos minutos, Clara abrió los ojos lentamente, tenía la vista borrosa, la cabeza palpitando como si le fuera a estallar.

Se encontraba en el suelo, atada.

Giró la cabeza.

A unos metros, vio a Carles atado, aún tendido en el suelo, inconsciente, con un hilo de sangre deslizándose por su frente, pero respiraba.

Clara tragó saliva medio aliviada.

Y entonces oyó pasos detrás de ella.

Martí y Sandra llevaban horas caminando entre los árboles, siguiendo senderos que parecían repetirse, como si el bosque quisiera confundirlos. Habían revisado cabañas vacías, cobertizos llenos de herramientas y la torre vigía, donde solo encontraron silencio y viento. El sol empezaba a caer, tiñendo Montjuïc de un tono dorado y triste, cuando decidieron regresar al coche. Al llegar, vieron el coche patrulla en el que habían venido Carles y Clara que seguía allí aparcado. Martí frunció el ceño, una inquietud sutil recorriéndole la espalda, sacó el móvil y llamó a Carles, daba señal, pero nadie respondía, cada tono aceleraba más el corazón de Martí, y de pronto saltó el contestador. Probó de nuevo. Nada.

Mientras tanto, en la cabaña, Pietro apagaba el teléfono de Carles con un gesto rápido, casi irritado, como quien aplasta un insecto molesto. Pero apenas lo hizo, otro sonido rompió el silencio, era el

móvil de Clara. Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Pietro levantó la pistola y se la acercó al rostro, —Contesta —ordenó—. Y no hagas ninguna tontería, acto seguido desvió el cañón hacia el cuerpo inconsciente de Carles.

Clara tragó saliva y deslizó el dedo para responder.

—Dime, Martí...

—Clara, no he podido contactar con Carles. ¿Todo bien?

Ella sintió el frío del cañón apuntando a Carles, y el miedo le apretó la garganta.

—Sí... todo en orden. No tenemos mucha cobertura por la zona.

Martí soltó un suspiro que Clara casi pudo imaginar.

—Me habías asustado, nosotros ya estamos en el coche, no hemos encontrado nada y pronto oscurecerá, así que volvemos a comisaría.

—Entendido, Martí. Nosotros nos quedaremos un rato más.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Clara colgó.

Pietro le arrebató el móvil y lo lanzó a un rincón, donde cayó con un golpe seco. Afuera, Martí guardó el teléfono y miró a Sandra.

—Dicen que están bien. Que se quedan un rato más.

Sandra observó el bosque, cada vez más oscuro, como si algo la tuviera inquieta.

Arrancaron el coche y se alejaron, sin saber que la tragedia ya había empezado.

Dentro de la cabaña, Clara seguía atada, con la respiración entrecortada. Pietro la observaba desde la penumbra, con una mezcla de nostalgia y un rencor que parecía corroerlo por dentro. Se acercó despacio, como si cada paso fuera una confesión.

—¿Por qué me rechazaste? —preguntó con una voz rota, casi infantil— Hubiéramos sido una pareja perfecta.

Clara lo miró con una mezcla de miedo, rabia y asco, sintiendo que el pasado volvía a abrirse como una herida que nunca se había cerrado del todo.

—No estaría contigo ni, aunque fueras el último hombre sobre la tierra, me repugnas.

Los ojos de Pietro se oscurecieron, como si una sombra se deslizara por dentro de él.

—Tú me arruinaste —susurró—. ¿Sabes lo que me costó? ¿Sabes lo que perdí? Mi reputación, mi futuro, mi lugar entre los grandes escultores de la historia, todo por tu culpa.

Clara sintió una ira recorrerle el cuerpo y lo miró desafiante.

—No me culpes por tus actos —dijo con voz firme, aunque por dentro se desmoronaba—. No me culpes por lo que tú hiciste, ¿sabes lo que significó para mí? ¿Sabes el daño que me causaste? ¡Fuiste un monstruo y lo sigues siendo, ahora aún peor, eres un asesino!

Pietro dio un paso hacia ella mirándola con lascivia, su sombra cayó sobre Clara como un manto y ella retrocedió instintivamente, mientras las cuerdas la mantenían inmóvil, en ese instante Pietro descargó un golpe en el rostro de Clara, con el dorso de la mano, acto seguido cayó al suelo y sintió el peso del cuerpo de Pietro sobre su espalda, oprimiéndole el pecho, el pánico le subía por la garganta, un pánico antiguo, devastador. El aire se volvió espeso, irrespirable. Pietro la agarró del brazo con fuerza, empujándola contra el suelo, deslizó su mano por su mejilla, su hombro derecho, siguió bajando, recreándose en sus pechos, hasta la entrepierna, Clara cerró los ojos, sintiendo el vértigo del pasado mientras Pietro le desabrochaba el botón del pantalón.

Pero entonces, un sonido. Un gruñido de dolor.

Pietro se giró bruscamente. Carles estaba volviendo en sí. Pietro apretó los dientes, irritado, como si la realidad le hubiera privado de un momento que había estado esperando largo tiempo.

—Debo apresurarme —murmuró.

Miró a Clara con una mezcla de frustración y algo más oscuro, algo que la hizo estremecerse.

—Lástima que no pueda despedirme de ti como hubiera querido... —susurró con una sonrisa torcida—. Pero al menos serás mi última figura, la culminación de mi obra con la que he soñado tantas veces. Has sido la causa de todo mi tormento y por fin vas a pagar por ello.

Sacó un trapo empapado en cloroformo. Clara intentó apartar la cabeza, pero él la sujetó con fuerza. El olor químico la envolvió. El mundo empezó a deshacerse y las sombras la envolvieron.

Capítulo 14

La oscuridad había caído sobre Montjuïc cuando Pietro, con el pulso acelerado y la respiración irregular, rebuscó en los bolsillos de Carles hasta encontrar la llave del coche patrulla. El agente parecía recobrar la consciencia por momentos, pero seguía tendido en el suelo, débil. Clara, inmóvil, yacía a pocos metros, ajena a todo. Pietro la cargó sobre los hombros con un esfuerzo casi reverente, como si llevara un trofeo o un recuerdo que había perseguido durante años. La noche lo envolvía camuflando todos sus movimientos bajo un silencio expectante. La introdujo en el maletero, cerró con un golpe seco y arrancó el coche. Mientras descendía por la carretera serpenteante, fuertes sentimientos lo recorrían por dentro: nostalgia, nervios, una paz enfermiza que le subía desde el estómago como un veneno dulce.

En la comisaría, Martí acababa su turno. Se despidió con un gesto cansado y cruzó la puerta principal, pero al llegar al aparcamiento se detuvo en seco. El coche de Carles no estaba. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sacó el móvil y llamó al inspector. El teléfono no daba tono; saltó directamente al buzón de voz. «Hola, soy Carles Pons, en este momento no estoy disponible...». Martí frunció el ceño. Quizá sin cobertura. Probó con Clara. Tras el primer tono oyó un «Hola» que lo hizo responder de inmediato, «Clara, estaba preocupado...», pero la voz lo interrumpió: «Soy Clara, deja tu mensaje y ya te llamaré... o no, depende». El contestador. Martí sintió un vértigo súbito, como si el suelo se desvaneciera bajo sus pies. Algo no iba bien. Volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en la comisaría. Encontró a Martorell y le explicó la situación con la voz tensa. El comisario no dudó ni un segundo: «Martí, vuelve con Sandra a Montjuïc. Ahora».

Los dos agentes salieron disparados, subieron al coche y encendieron las sirenas. La ciudad se convirtió en un desfile de reflejos azules y rojos que se deslizaban por los escaparates como destellos viajando a gran velocidad. No hablaron. La tensión era tan densa que parecía llenar el habitáculo del coche. Al llegar al lugar donde habían dejado los vehículos, vieron que el coche patrulla de Carles y Clara había desaparecido. Sandra murmuró: «¿Se habrán ido ya?». Martí negó con la cabeza. «No responden al teléfono. Esto no es normal». Cogió la radio del coche y trató de comunicarse directamente con el vehículo desaparecido. Silencio. Ni un chasquido. Nada.

Mientras tanto, Pietro conducía por el casco antiguo, apagando la emisora del coche sin apartar la vista de la carretera. Nada lo distraería. Nada lo apartaría de su destino. Aparcó en la parte alta del casco antiguo en la Plaza de Sant Domènec, donde las piedras serían cómplices de sus secretos. La noche era espesa, húmeda, cargada de electricidad, bajo la amenaza de una tormenta de proporciones bíblicas. Se aseguró de que no hubiera nadie cerca, abrió el maletero y miró a Clara, aún inconsciente. Un relámpago desgarró el cielo, iluminando su rostro desencajado. Una gota fría le cayó en la frente y descendió hasta la punta de su nariz. La tormenta estaba a punto de estallar.

Martí y Sandra, linternas en mano, avanzaban por la zona norte de Montjuïc. A lo lejos, entre los árboles, distinguieron la silueta de una cabaña. Aceleraron el paso. La puerta estaba abierta, moviéndose ligeramente con el viento. Entraron y el haz de luz de sus linternas recorrió las paredes desnudas, la mesa, las botellas de agua, la ropa tirada. Y entonces lo vieron. Un cuerpo en el suelo. Martí se arrodilló de inmediato. «Carles...». Lo intentó incorporar, sin éxito. Lo zarandeó con suavidad. Carles emitió un gemido, abrió los ojos con dificultad. «¿Dónde... dónde está Clara?». Martí lo sostuvo por los hombros. «No lo sabemos. Acabamos de llegar. Tu coche no está».

Martorell, al otro lado del teléfono, ordenó localizar el móvil de Clara. Aunque estuviera apagado, podrían rastrear el último repetidor al que se había conectado. Carles, aún tambaleante, salió de la cabaña con los agentes. Bajaron la carretera de Montjuïc a toda velocidad. La lluvia empezó a caer con fuerza, golpeando el parabrisas como si el cielo quisiera advertirles de algo. Carles, con la voz quebrada, dijo lo que todos temían: «Pietro va a matarla. Va a ser su última figura, como no nos dimos cuenta antes». Decidieron dirigirse al casco antiguo. Todos los asesinatos habían ocurrido en sus inmediaciones, por lo que no era descabellado pensar que se repetiría el mismo patrón. Mientras los técnicos intentaban localizar el teléfono, ellos buscarían a pie.

En la Plaza de Sant Domènec, Pietro cargó a Clara sobre sus hombros y avanzó hacia las escaleras del convento de Sant Martí Sacosta. El lugar era hermoso incluso bajo la tormenta: la escalinata barroca descendía en un abanico de piedra, terminando en el arco medieval que parecía flotar sobre la calle. Las farolas proyectaban un brillo dorado sobre la lluvia, y el eco del agua resonaba entre las paredes antiguas. Era uno de los rincones más románticos de Europa, un escenario perfecto para una despedida que solo él entendía. Una última cita. Un final esculpido en la noche, hoy se despediría de Clara para siempre, su amor y su tormento terminarían allí mismo.

Martorell llamó a Carles y le confirmó la última ubicación del móvil de Clara, la señal provenía de un repetidor cercano a la zona de Montjuïc, al instante Carles comprendió que el móvil seguía en la cabaña. Comisario... rastreen la ubicación del coche patrulla, Pietro ha huido en él. ¡Rápido!. Minutos después, la ubicación llegó, estaba en el casco antiguo, en la Plaza de Sant Domènec, eso lo situaba muy cerca de la ubicación donde ellos se encontraban. Carles y los agentes corrieron bajo la lluvia, empapados, con el corazón golpeándoles el pecho. Llegaron al coche. El maletero estaba abierto. Vacío. La plaza desierta. Carles repartió walkie-talkies. «Nos dividiremos para cubrir más terreno, dejemos los canales de

comunicación abiertos, y a la mínima sospecha damos la alerta. ¡Vamos!».

Clara despertó lentamente, como quien emerge de un sueño profundo. La lluvia le caía en el rostro, fría, insistente, devolviéndola al mundo real. Estaba atada, colocada en una postura rígida, escultórica, como si alguien hubiera moldeado su cuerpo para encajar en un significado que ella no comprendía. Frente a ella, Pietro la observaba con una mezcla de devoción, nostalgia y locura, los ojos brillando con un fervor que la hizo estremecer incluso antes de entender dónde estaba.

La postura era inconfundible: *La Verdad descubierta por el Tiempo*. Una figura femenina desnuda y expuesta, revelada con violencia, como si un torbellino invisible hubiera arrancado de golpe el velo que la cubría. Pietro había adaptado la escena a su manera, obligando a Clara a adoptar la inclinación exacta del torso, el arqueamiento del pecho hacia adelante, la cabeza elevada en un gesto que mezclaba vulnerabilidad y desafío. Sus brazos estaban tensos, extendidos hacia adelante como si sostuvieran un disco radiante, el pequeño sol que en la escultura simbolizaba la luz que revela lo oculto, la claridad que disipa la mentira, la metáfora perfecta del plan de Pietro revelado y a punto de materializarse.

Pero aquí no había mármol, ni belleza, ni la serenidad de un taller artístico. Solo la lluvia golpeando la piedra antigua, el eco de la tormenta entre los muros de piedra y la sombra de un hombre roto que intentaba convertir a Clara en su obra final. La Verdad, desnudada no por el Tiempo, sino por la obsesión de un artista perdido en su propia oscuridad.

—Clara... —susurró Pietro, acercándose—. Siempre supe que acabarías siendo mía, de una forma u otra.

Clara lo miró con los ojos muy abiertos, la respiración temblorosa.

—Pietro... no tienes por qué hacer esto.

Él sonrió, una sonrisa triste, casi tierna.

—Claro que sí. Es la única forma de terminar la obra. La única forma de que entiendas lo que significas para mí. Lo que siempre has significado y el dolor que me has causado.

—No eres un artista —dijo ella, con un hilo de voz. Solo eres un hombre perdido.

Pietro inclinó la cabeza, como si esas palabras lo atravesaran.

—Quizá. Pero incluso los hombres perdidos pueden crear belleza.

Carles llegó a las puertas del convento y se detuvo un instante, empapado, jadeante. La lluvia caía con tanta fuerza que parecía borrar el mundo. Entonces oyó algo. Voces. Se acercó al borde de la escalinata y miró hacia abajo. Dos figuras. Una de pie, gesticulando. Otra inmóvil. El corazón le dio un vuelco. «Martí, Sandra... los tengo, están en la parte baja de las escaleras del convento de Sant Martí Sacosta, delante del arco. Yo me acercaré por arriba, vosotros id por abajo».

Pietro levantó un fragmento de mármol tallado, frío y pesado. Era la espada del ángel que él había esculpido años atrás en la academia, la misma figura que había roto y desmembrado en Sevilla el día que se reunió con Matteo, y ahora asesinato tras asesinato, había ido dejando sus partes como pistas retorcidas en cada escena, como si repartiera migas de pan de una obra que solo él conocía. Ahora sostenía la última pieza entre los dedos, el filo pétreo que había reservado para el final. Lo acercó despacio al cuello de Clara, con una devoción enfermiza, como si aquel gesto cerrara por fin el círculo de su creación—Lo que empezó con mármol... terminará con mármol.

Pero antes de que pudiera hacer la incisión, una voz resonó por encima del estruendo de la tormenta.

—¡Pietro! ¡Detente ahora mismo!

Pietro se giró. Carles estaba en lo alto de la escalinata, acercándose mientras lo apuntaba con el arma y la lluvia le resbalaba por el rostro.

—Tendría que haberte matado en la cabaña —escupió Pietro.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Carles, con la voz firme—. Porque ahora seré yo quien te detenga para siempre.

Pietro se colocó detrás de Clara, usándola como escudo, presionando la espada de mármol contra su cuello.

—No te acerques —advirtió—.

Carles vio los ojos de Clara, llenos de terror, y sintió que algo dentro de él se rompía.

—Esto ha acabado, Pietro. Aléjate de ella, ponte de rodillas con las manos a la espalda.

Pietro sonrió, una sonrisa torcida, casi luminosa.

—Ni lo sueñes.

En ese instante, Martí y Sandra aparecieron al pie de la escalinata, apuntando hacia arriba. Pietro desvió la mirada hacia ellos, solo un segundo, pero suficiente. Clara, en un acto desesperado, impulsada por el instinto más primario, echó la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas. El golpe en el rostro fue seco. Pietro se tambaleó, perdió el equilibrio y dio un paso hacia atrás.

Carles no dudó.

El disparo retumbó entre las paredes de piedra, mezclándose con el trueno que estalló en el cielo. Pietro cayó al suelo como una marioneta sin hilos, su cuerpo inmóvil aún con la pequeña espada de mármol en la mano. Carles siguió apuntando unos segundos más, el arma humeante, el pecho agitado, mientras el agua caía sobre él como un diluvio.

Y en ese instante, en medio de la tormenta, supo que todo había terminado.

Corrió hacia ella, resbalando en la piedra mojada, y se arrodilló a su lado. Sus manos temblaban mientras deshacía los nudos que la mantenían inmóvil. Clara, aún en shock, apenas podía moverse. Cuando por fin quedó libre, se lanzó hacia él con un sollozo

ahogado, abrazándolo con una fuerza desesperada. Carles la rodeó con los brazos, hundiendo el rostro en su cuello, y aunque la lluvia le corría por las mejillas, no pudo evitar que algunas lágrimas se mezclaran con ella. Había estado a un suspiro de perderla. Y en ese abrazo, en ese temblor compartido, comprendió lo mucho que la quería, lo mucho que la había querido desde hacía tanto tiempo sin atreverse a admitirlo.

A unos metros, Martí y Sandra observaban en silencio, sin atreverse a interrumpirlos. Cuando Clara y Carles se separaron un poco, respirando al unísono, los dos agentes se acercaron despacio. Clara se incorporó y ellos la abrazaron también, con un cariño sincero, como quien recupera a alguien que creía perdido.

El silencio de la noche se rompió de golpe con el estruendo de sirenas acercándose. Las luces azules, rojas y amarillas se reflejaron en las fachadas antiguas, tiñendo la escalinata y el convento de un resplandor casi irreal. La policía acordonó la zona, los forenses se acercaron al cuerpo de Pietro, y la escena se llenó de voces, pasos, órdenes y el murmullo constante de la lluvia.

A Clara la condujeron a una ambulancia. Los sanitarios la examinaron con rapidez: tenía golpes, magulladuras y un fuerte impacto en la cabeza, pero su vida no corría peligro. Aun así, una contusión podía traer complicaciones posteriores, así que decidieron trasladarla al hospital. Carles subió con ella, sentándose a su lado mientras la camilla se deslizaba hacia el interior. Clara, tumbada, lo miraba con los ojos aún húmedos, y él le tomó la mano con suavidad, pero con firmeza como si temiera perderla. El silencio dentro de la ambulancia era cálido, íntimo, solo roto por el ronroneo del motor y el golpeteo de la lluvia sobre el techo.

La noche se desvaneció lentamente, y cuando amaneció, el cielo estaba limpio, de un azul casi insolente. Era 20 de diciembre, y la ciudad parecía despertar con una calma nueva, como si la tormenta se hubiera llevado consigo la sombra de Pietro. En la habitación del hospital, Carles abrió los ojos con dificultad. Le dolía todo el cuerpo,

especialmente la cabeza, donde cinco puntos cerraban la herida que Pietro le había provocado con la piedra. Se incorporó despacio en el sofá donde había dormido, rígido y estrecho, pero aun así sonrió. Clara estaba viva. Él estaba vivo. Y el mundo, por primera vez en días, parecía en orden.

Unos minutos después, la puerta se abrió y Matteo apareció en el umbral. Se quedó allí, observando a Clara, justo cuando ella giraba la cabeza hacia él y le dedicaba una sonrisa cansada pero luminosa.

—Matteo... —susurró ella.

Él se acercó con pasos suaves.

—¿Cómo te encuentras?

—He tenido días mejores —respondió Clara con un hilo de humor—, pero después de todo lo que ha pasado... no me puedo quejar. Por fin todo ha terminado.

Matteo asintió, con una ternura que pocas veces dejaba ver.

—Me alegro de verte bien. Eres fuerte, Clara. Siempre lo has sido y estoy muy orgulloso de ti.

Los ojos de Clara se llenaron de lágrimas, no de dolor, sino de emoción. Nunca había oído esas palabras de él, y sintió que algo dentro de ella se acomodaba en su sitio.

Matteo se volvió hacia Carles.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Carles, llevándose una mano a la cabeza—. Esta vez solo ha sido un golpe con una piedra... no un disparo.

Matteo sonrió.

—Así me gusta. Vamos mejorando, le dijo guiñándole un ojo.

—Os dejo solos. Me alegro de que estáis bien... Os deseo una pronta recuperación.

—¿Y tú qué harás ahora? —preguntó Clara antes de que se marchara.

—Quedarme un par de días más, para ver Girona con calma y sin que nadie me persiga, ambos soltaron una carcajada.

—Luego volveré a Roma.

—No te vayas sin despedirte —dijo ella.

—Dalo por hecho —respondió él—. Te llamaré.

La puerta se cerró tras él, y la habitación quedó envuelta en una quietud suave.

Horas después, ya por la tarde, Carles y Clara regresaron a casa de ella. Les habían dado el alta, y por primera vez en mucho tiempo podían simplemente... descansar. Encendieron el fuego, abrieron una botella de vino tinto —una de las buenas— y se sirvieron una copa en la cocina antes de sentarse en el sofá. Brindaron en voz baja, casi en un susurro.

—Por nosotros —dijo Clara.

—Por seguir vivos —añadió Carles.

—Y por un futuro juntos —concluyó ella.

Dejaron las copas sobre la mesita entre el sofá y la chimenea. El fuego crepitaba con un ritmo lento, hipnótico, llenando la estancia de un calor que parecía abrazarlos. Se miraron durante unos segundos que se hicieron eternos, como si el mundo se hubiera detenido para ellos. Carles se inclinó hacia ella, despacio, con una delicadeza que parecía temer romper el aire. Clara respondió al gesto, y sus labios se encontraron en un beso suave, casi tímido, cargado de ternura y de deseo.

Se besaron como si fueran de cristal, como si cada caricia fuera un descubrimiento, un alivio, una promesa. Las manos de Clara recorrieron el rostro de Carles con una ternura infinita, y él la sostuvo como si temiera que pudiera desvanecerse entre sus brazos. La chimenea seguía ardiendo, acompasando sus movimientos, iluminando sus cuerpos con destellos cálidos. Hicieron el amor en el sofá, sin prisa, sin urgencia, como dos almas que por fin se

encuentran después de haber estado demasiado cerca del abismo. Y cuando el cansancio los venció, se quedaron dormidos allí mismo, envueltos en una manta, con el fuego apagándose lentamente y la noche cayendo sobre ellos como un susurro de paz.

El amanecer del día siguiente llegó sin prisas, como si el mundo quisiera regalarles unas horas más de descanso. La luz entraba por las rendijas de las cortinas con un tono dorado, tibio, que acariciaba las paredes, la calefacción del apartamento se había encendido anunciando que ese 21 de diciembre iba a ser frío. Clara abrió los ojos primero, pero no se movió. Sentía el cuerpo pesado, pero por primera vez en mucho tiempo, su mente se sentía ligera. Carles dormía a su lado, respirando con calma, y ella se permitió observarlo unos segundos, como si necesitara asegurarse de que seguía allí, de que todo lo vivido la noche anterior no había sido un sueño extraño.

Se levantaron hacia las nueve, más tarde de lo habitual, pero sin remordimientos. Se lo habían ganado. Caminaban por la casa en pijama y bata, arrastrando los pies con esa pereza dulce que solo aparece cuando uno se siente a salvo. El sol entraba por la ventana de la cocina, pero el frío del invierno seguía pegado a los cristales. Clara preparó unas tostadas mientras el olor del pan dorándose llenaba el aire, mezclándose con el aroma del café recién hecho. Era un olor a hogar, a calma, a vida que vuelve a su sitio.

Clara se sirvió una taza de café humeante y se fue al sofá, donde aún quedaba el calor remanente de las ascuas de la noche anterior. Se acurrucó allí unos segundos, respirando hondo, dejando que la taza le calentara las manos. Carles, en cambio, decidió que hoy no quería café. Le apetecía un vaso de leche con cacao, como cuando era pequeño. Calentó la leche en un cazo pequeño, luego la vertió en una taza, añadió una cucharada generosa de cacao y removió con paciencia hasta que no quedó ni un solo grumo. Se sentó en la mesa de la cocina y dio un sorbo largo, cerrando los ojos como si aquel sabor lo transportara a un lugar seguro de su infancia.

—¿No vienes a comerte la tostada? —preguntó, mirándola desde la mesa.

Clara levantó la vista, con expresión distraída.

—Sí, ahora voy... —respondió en voz baja—. Estaba pensando en Alba. La echo tanto de menos...

Se levantó despacio y caminó hacia la mesa. Antes de sentarse, se inclinó para darle un beso suave en los labios, un gesto pequeño pero lleno de cariño. Luego se acomodó frente a él. Desayunaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, pero era un silencio bueno, un silencio que hablaba de paz, de futuro, de un hogar que empezaba a construirse entre ellos.

Después de vestirse, salieron hacia la comisaría. Querían ver a sus compañeros, y agradecerles a todos el esfuerzo. Al entrar por la puerta principal, la comisaría quedó en silencio. Clara y Carles avanzaron unos pasos, hasta que un aplauso solitario rompió el aire. Luego otro. Y otro. En cuestión de segundos, toda la comisaría estaba aplaudiendo, un estruendo cálido que les erizó la piel. Carles se giró hacia ellos, conmovido, y levantó las manos para pedir calma.

—Este aplauso es para todos vosotros —dijo, con una sonrisa que les iluminó el rostro—. Todos habéis contribuido a cerrar el caso, a acabar con el asesino, y nos habéis salvado la vida, a Clara y a mí, así que gracias.

Los agentes sonrieron, algunos con los ojos brillantes. En ese momento, vieron a Martorell en el umbral de su despacho, también había estado aplaudiéndoles, con una expresión de orgullo y alivio.

Se saludaron, se dieron la mano, y el comisario les preguntó cómo se encontraban. Ambos respondieron al unísono que bien. Carles añadió que pensaba cogerse unos días de vacaciones. Martorell asintió sin dudar.

Clara también se tomaría unos días. Necesitaban desconectar, alejarse de todo lo que olier a mármol, a arte, a sombras del

pasado y a crimen. Necesitaban respirar y mirar al futuro.

Al salir de la comisaría, Carles recibió una llamada. Era su hermana Anna. Le dijo que esa misma tarde llegaba a Girona, que había seguido todo el caso desde la distancia y que no había podido venir antes por estar fuera del país por trabajo, pero que ahora ya había regresado y necesitaba verlo, abrazarlo, asegurarse de que su «hermanito» seguía entero después de todo lo sucedido. Le propuso quedar a las seis de la tarde para pasear y cenar algo. Carles aceptó encantado, y mirando a Clara de reojo, añadió con tono travieso:

—Siempre que Clara no se ponga celosa...

Clara puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír. Allí estaba de nuevo el Carles de siempre, con su humor ligero, devolviéndole a la normalidad.

Mientras paseaban por el casco antiguo, Clara recibió una llamada de Matteo. Le explicó que esa noche cogía el vuelo de regreso a Roma, le preguntó si podían verse por la tarde, para tomar algo y despedirse. Clara aceptó encantada y propuso un bar del casco antiguo. Acordaron la cita y colgaron.

Clara miró a Carles con una sonrisa traviesa.

—Parece que no serás el único con una cita hoy —dijo, guiñándole un ojo.

Carles soltó una carcajada, y ambos siguieron caminando, ligeros, como si por fin el mundo les perteneciera de nuevo.

Carles caminaba junto a Anna por las calles del Casco antiguo, con las manos hundidas en los bolsillos y el abrigo bien cerrado. El aire frío de diciembre les enrojecía las mejillas, pero la conversación fluía, como si ambos necesitaran ese respiro después de tantos días de tensión y angustia. Anna le hablaba de Eduard, de lo rápido que crecía, de las travesuras que había hecho últimamente, de cómo preguntaba por el «tiet» con una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera. Carles la escuchaba con una mezcla de ternura y alivio, agradecido por esa normalidad que volvía a su vida como un regalo.

También hablaron de cosas sin importancia, de esas que llenan los silencios con una comodidad familiar: del frío que calaba hasta los huesos, de la humedad de Girona que volvía indomable el pelo de Anna, de lo bonitas que eran las luces de Navidad que colgaban sobre las calles estrechas, tiñéndolo todo de destellos de todos los colores y vida. Entre comentario y comentario, Anna mencionó que hacía demasiado tiempo que no compartían una cena de Nochebuena o una comida de Navidad, ni siquiera un chocolate caliente el día de Reyes. Carles sonrió, sorprendido por lo mucho que le apetecía esa idea; hacía años que no se reunían en esas fechas, siempre por trabajo, por horarios imposibles, por la vida que se interponía sin pedir permiso.

Hablaron de preparar algo sencillo, de juntarse, de recuperar una tradición que habían dejado marchitarse sin darse cuenta. Era una conversación que para Carles cada palabra era un bálsamo, un recordatorio de que la vida seguía ahí, esperándolo al otro lado de la oscuridad.

Mientras tanto, en otro punto del casco antiguo, Clara llegaba al bar donde había quedado con Matteo. El local era pequeño, acogedor, con luces cálidas y una música suave que llenaba el ambiente. Matteo ya estaba allí, esperándola en la puerta, con su inseparable maletín de cuero colgándole como una extensión más de su cuerpo. Al verla, la recibió con una sonrisa amable. Entraron y se dirigieron a una de las mesas.

—Clara —dijo con esa voz suya, siempre tan serena—. ¿Qué te apetece tomar?

—Una cerveza, por favor —respondió ella, dejándose caer en la silla.

—Perfecto. Yo tomaré mi té de siempre.

Matteo se dirigió a la barra. El camarero sirvió primero la cerveza y la dejó sobre la barra. Matteo esperó unos instantes el té, pero al ver que aún tardaría un par de minutos, tomó la cerveza y la llevó a

la mesa, dejándola frente a Clara. Luego volvió a esperar por su té, negándose a que el camarero se lo llevara.

—No es molestia —dijo Matteo con cortesía—.

Cuando el té estuvo listo, regresó a la mesa con la taza humeante entre las manos. Se sentó, levantó su taza y propuso un brindis.

—Por los nuevos comienzos —dijo.

Clara alzó su cerveza. Las copas chocaron con un sonido suave. Ambos bebieron un sorbo y Matteo sonrió, pero había algo extraño en esa sonrisa, algo que Clara no supo descifrar.

Dejaron las bebidas sobre la mesa. Matteo se disculpó.

—Voy un momento al baño. No tardo.

Clara asintió, pero en cuanto él desapareció por el pasillo, algo dentro de ella —una intuición, un impulso, un presentimiento— la empujó a mirar el maletín. No quería hacerlo. Sabía que no debía. Pero sus manos se movieron solas. Abrió la cremallera con cuidado.

Dentro solo había un cuaderno de piel, el cuaderno de Matteo, el mismo que había generado confusión al inicio de la investigación.

Lo abrió.

Al principio no vio nada extraño. Bocetos, anotaciones, estudios anatómicos. Pero entonces, las luces de ambiente del bar se tornaron azules, parecidas a la luz ultravioleta que se usa para detectar la sangre en los crímenes. Y algo emergió en el cuaderno, como tinta invisible revelada por arte de magia.

Clara sintió que el corazón se le detenía.

Allí estaban las posturas, idénticas a las del cuaderno de Pietro, no una simple coincidencia, eran exactas, calcadas. Y junto a ellas aparecían anotaciones minuciosas: instrucciones sobre cómo inmovilizar, cómo sedar, cómo disponer cada cuerpo, cómo exponerlo... cada gesto, cada paso, cada crimen descrito al milímetro. En ese instante Clara comprendió la verdad: el cuaderno auténtico no era el de Pietro, sino aquel que tenía entre las manos,

el de Matteo, cuidadosamente oculto bajo capas de tinta invisible, esperando a ser revelado.

El mundo pareció inclinarse bajo sus pies. Intentó cerrar el cuaderno, meterlo de nuevo en el maletín, dejarlo todo como estaba. Sus manos temblaban. La cremallera se atascó. No podía cerrarla. En ese instante vio a Matteo aparecer al fondo del pasillo y retiró las manos, esperando que no se diera cuenta.

Él caminaba hacia ella con paso tranquilo.

Se sentó, la miró. Clara tenía los ojos muy abiertos, la piel pálida como el mármol. Luego el profesor miró el maletín. La cremallera estaba abierta.

—Así que lo has visto —dijo en voz baja, percatándose de que la luz azul del bar habría revelado la verdad oculta en el cuaderno.

Clara sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Matteo suspiró, como quien se quita un peso de encima.

—Sí, Clara. Yo he sido el artífice de todo. Pietro solo era... la mano ejecutora. Un instrumento en mis manos.

Clara abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

—Cuando ocurrió lo vuestro en la academia —continuó Matteo—, me culparon a mí por encubrirlo. Me expulsaron. Tú nunca lo supiste. Y mientras tú seguías con tu vida, yo... yo concebí algo más grande. Una obra que trascendiera. Una obra que hablara de la verdad que se oculta, del paso del tiempo, del dolor y la venganza. Pietro solo siguió mis instrucciones. Y tú eres la pieza final.

Clara sintió un mareo repentino. No podía hablar. La sala empezaba a darle vueltas. Matteo la observó con una calma escalofriante.

—La droga tarda unos veinte minutos en hacer efecto completo —dijo—. La puse en tu cerveza. No sentirás dolor. Solo sueño. Y luego... terminaré con mi obra y contigo para siempre.

Clara intentó levantarse, pero las piernas no le respondieron. Matteo se inclinó para ayudarla a ponerse en pie, pero el camarero lo miró con el ceño fruncido.

—¿Todo bien?

—Sí —respondió Matteo con una sonrisa impecable—. No se encuentra muy bien. La llevaré a casa.

Dejó a Clara sentada un segundo para coger el maletín. Ella intentó agarrarlo, detenerlo, decir algo, pero apenas pudo mover los dedos. Matteo ya estaba listo para llevársela cuando la puerta del bar se abrió.

Joan entró.

Matteo lo reconoció al instante. Era el novio de Alba. Maldijo por dentro. De todos los bares de Girona... tenía que entrar en este. Ahora no podía cargar con Clara. Debía huir.

Se colocó el sombrero, bajó la cabeza y salió apresurado. Un taxi lo esperaba en la puerta, el mismo taxi que debía llevarlo a él y a Clara al casco antiguo para terminar su obra. Subió.

—Cambio de planes —dijo—. Al aeropuerto. Rápido.

Dentro del bar, Joan se acercó a la barra. El camarero señaló con la cabeza hacia Clara.

—La chica de ahí atrás... creo que no está bien.

Joan se giró. Y se quedó helado.

—¡Clara!

Corrió hacia ella. Clara apenas podía enfocar, pero logró murmurar una palabra, apenas un hilo de voz que se escapó entre sus labios entumecidos:

—Matteo...

Joan no entendió nada, pero no había tiempo para preguntas. Sacó el móvil con manos temblorosas y llamó a una ambulancia. El camarero, nervioso, describió al hombre que había estado con ella.

Joan apretó los dientes. Era el hombre del sombrero con el que se había cruzado en la entrada. Podría haberlo detenido. Podría haberlo parado. Pero ya era tarde, de nada valía lamentarse.

La ambulancia llegó en pocos minutos. Se llevaron a Clara de urgencia. Mientras la camilla desaparecía entre las puertas del vehículo, Joan sintió que el mundo volvía a tambalearse. Ya había perdido a Alba.

Y ahora su mejor amiga estaba entre la vida y la muerte.

Los médicos no sabían con qué sustancia la habían envenenado, así que decidieron tratar los síntomas a medida que aparecían, a la espera del análisis de sangre.

Carles y Anna seguían paseando por el casco antiguo cuando sonó el teléfono. Carles respondió aún con la sonrisa que le había provocado la última anécdota de su sobrino. Pero la voz al otro lado no traía sonrisas.

Era Joan.

Y estaba gritando.

Carles se detuvo en seco. Anna vio cómo el color se le escapaba del rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, alarmada.

Carles no respondió. Escuchaba. Y cada palabra que llegaba desde el otro lado del teléfono era un golpe directo al estómago.

—¿Cómo era? —logró preguntar, con la voz rota.

Joan describió al hombre: abrigo largo y oscuro, sombrero, maletín de cuero, un poco más bajo que él.

Carles sintió que el mundo se detenía.

—¡Es Matteo! —susurró, como si decirlo en voz alta pudiera romper algo dentro de él—. Clara había quedado con él a esta hora.

Anna lo miró horrorizada.

—¿El profesor?

—Anna ve al hospital —le dijo gritando mientras se alejaba corriendo a gran velocidad—. Quédate con Clara. Yo tengo que detener a Matteo.

Anna asintió, temblando, y se alejó en dirección contraria.

Carles llamó a comisaría mientras corría hacia el coche patrulla. En cuestión de minutos, él y dos agentes más estaban en la carretera, dirección al aeropuerto de Girona. Matteo había mencionado que volvía a Roma esa noche. Era su única pista y última oportunidad de detenerlo.

Pero cuando llegaron, el vuelo ya había despegado.

Carles golpeó el mostrador de información con rabia. No podía creerlo. No podía aceptar que se le hubiera escapado.

Pidieron acceso inmediato a las grabaciones de seguridad. Los técnicos del aeropuerto, alertados por la policía, los llevaron a una sala pequeña donde varias pantallas mostraban imágenes de las puertas de embarque.

—Rebobinad hasta el vuelo de Roma —ordenó Carles.

Las imágenes retrocedieron.

La cámara enfocaba la cola de pasajeros pasando el control de embarque justo antes de entrar en el avión.

—Ahí —dijo uno de los agentes—. Ese es Matteo.

Carles se inclinó hacia la pantalla.

Sí. es él.

Pero entonces, algo más fue desvelado por las imágenes.

Un segundo hombre, situado justo a su lado, con el que parecía conversar con la naturalidad de quien ya se conoce desde hace tiempo.

Carles sintió un escalofrío helado recorrerle el cuerpo entero.

—No puede ser... —murmuró.

El técnico amplió la imagen.

El rostro del segundo hombre quedó algo borroso, pero reconocible.

—Pietro... —susurró uno de los agentes, incrédulo.

Carles negó con la cabeza, retrocediendo un paso.

—Pietro está muerto. No puede ser él.

Pero la pantalla no mentía.

El hombre que iba con Matteo tenía el mismo perfil, la misma mandíbula, la misma forma de caminar. El mismo pelo.

—¿Qué está pasando...? —dijo Carles con un hilo de voz.

Nadie respondió.

En la sala solo se oía el zumbido de los monitores y la respiración contenida de los agentes.

En la pantalla, Matteo y el hombre que parecía Pietro desaparecían rumbo al avión.

Carles apoyó las manos en la mesa, incapaz de apartar la vista de la imagen congelada con la cara de ese hombre en primer plano. Y mientras el avión se perdía en el cielo, comprendió que lo que creían resuelto...

...no había hecho más que comenzar.

FIGURA DE LAIA MARTÍ



EL EXTÁSIS DE SANTA TERESA

FIGURA DE PAULA GARCÍA



EL RAPTO DE PROSERPINA

FIGURA DE ALBA SANZ



DAVID

FIGURA DE LA CHICA BRITÁNICA



APOLO Y DAFNE

FIGURA DE CLARA RIERA



LA VERDAD DESVELADA POR EL TIEMPO
